



LLEGASTE  
PARA  
*Quedarte*

CAROL S BROWN



Llegaste para  
quedarte

Carol S. Brown

Primera edición en digital: julio 2017  
Título Original: Llegaste para quedarte  
©Carol S. Brown 2017  
©Editorial Romantic Ediciones, 2017  
[www.romantic-ediciones.com](http://www.romantic-ediciones.com)  
Diseño de portada: SW Dising  
ISBN: 978-84-16927-51-7

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



A mi madre,  
la mujer más fuerte que he conocido.

A menudo el sepulcro encierra, sin saberlo, dos corazones en un mismo ataúd.

**Alphonse de Lamartine**

# Capítulo 1

## Condado de Kent, 1830

—¡Cassie! ¡Te vas a romper el cuello!

Elliot, segundo hijo del duque de Lennox, miró a su hermano mayor James, actualmente marqués de Lanley y futuro heredero del ducado familiar, para comprobar si él había escuchado el mismo grito estruendoso, proveniente de algún punto a su derecha. Por el ceño fruncido, supuso que él estaba pensando lo mismo: ¿Quién demonios estaba recorriendo su nueva propiedad a gritos?

El joven divisó a lo lejos su nueva casa con visible desgana. Si alguien le hubiese avisado de lo que se le avecinaba, hubiese huido para que no le encontraran. Le halagaba que el viejo duque de Weston hubiese decidido heredarle su título —hecho que todavía no comprendía del todo—, pero no albergaba deseo alguno en ser duque. Era muy feliz en su vida de segundón, donde hacía lo que quería sin preocuparse de las consecuencias. Al que habían preparado para ello era a James, no a él.

Ahora era duque. Solo con pensarlo se mareaba.

Sin embargo, su padre y su hermano trataban de convencerlo para que aceptase la herencia, porque su padre consideraba a Weston un primo muy querido al que hacía tiempo que no veía, pero con el que se había mantenido en permanente contacto. El hombre había enviudado sin que su mujer le diera descendencia y no había vuelto a casarse de nuevo. Así que, tras su muerte, el título debía pasar a otra persona de la familia, y ese parecía ser él.

Pero Elliot no quería nada de aquello, ni aunque fuera el mismísimo trono de Inglaterra. Estaba cansado y no necesitaba nuevas responsabilidades. No tenía interés por nada desde hacía casi un año, cuando su vida había dado un giro radical. Tampoco sentía deseos de tenerlo.

Apartó la mirada de su nueva e indeseada casa de campo, la propiedad estrella del ducado, e intentó escudriñar entre los árboles que crecían a su derecha para averiguar el origen de todo aquel alboroto.

—¿Vamos a ver qué pasa? —preguntó su hermano con el recelo pintado en sus ojos avellanados. Se bajó del caballo y Elliot lo imitó, atándolos a uno de los árboles cercanos.

Ambos se encaminaron hacia allí, donde en ese momento resonaba otra vez aquella voz clara y autoritaria, atravesando los árboles.

—¡Baja de una vez!

Al aproximarse, ambos hermanos vieron a una mujer delgada, que parecía estar gritándole a la copa de uno de los árboles más anchos que había en los alrededores. Miraba hacia arriba todo lo que le permitía el cuello, y hacía cómicos aspavientos con los brazos. Sin entender la situación, Elliot interrumpió los exabruptos de la mujer.

—¿Qué hace ahí? —preguntó, poniéndose a su altura en un par de zancadas.

La mujer se giró hacia él, sorprendida, y Elliot vio que era más joven de lo que parecía a simple vista. Antes de que pudiera responderle, se escuchó un terrible crac desde algún punto por encima de su cabeza y un bulto cayó con fuerza sobre él, derribándolo de un golpe y tirándolo al suelo sin remedio. Por un segundo se quedó sin resuello.

Oyó las exclamaciones ahogadas de su hermano y la mujer, pero Elliot estaba demasiado ocupado intentando salir de aquella marea roja que acababa de envolverlo. Tras un momento, comprendió que era una persona lo que había caído desde las alturas, aplastándolo. Sintió sobre él lo que parecía una figura femenina, cálida y delgada. Encontró su cintura y la rodeó con las manos, sintiendo cómo un escalofrío recorría la espalda de ella.

Con dificultad, levantó la cabeza y se encontró con unos ojos grises que lo miraban con arrepentimiento. Elliot se sumergió en ellos durante unos instantes, recordando los días de viento en Londres, cuando el cielo amenaza con descargar una tormenta. Esta vez fue él quien sintió un ramalazo de deseo recorriendo su columna vertebral. Intentando recuperar la cordura, se incorporó, ayudando a la chica a ponerse también en pie.

Una vez separados, la observó con más detenimiento. Tenía una larga cabellera pelirroja, que brillaba bajo la luz del sol como si fuese una llamarada. Era menuda, pero Elliot tenía la impresión de que su aspecto ocultaba una gran fortaleza. El joven vio brillar la determinación en sus ojos y pensó que debía de tener mucho carácter. Bajó la vista hacia su cuerpo, lleno de voluptuosas curvas y sus... ¡Santo Dios! ¿Llevaba pantalones?

Intentando no fijarse en la preciosa forma que la tela daba a sus piernas, subió de nuevo la mirada hacia la cara de la joven, algo sonrojada al sentir su atento escrutinio.

—¿Estás bien, Cassie? —La mujer se acercó a la muchacha, preocupada por la caída. Elliot casi se había olvidado de que tenían público. Casi.

—Sí... —respondió todavía mirándole a él—. La rama se ha partido.

Elliot miró hacia arriba donde, efectivamente, una de las ramas más bajas

estaba rota por la mitad y uno de los trozos colgaba peligrosamente unido al tronco, sin duda incapaz de resistir el peso de la joven. Reprimiendo un bufido, se preguntó qué clase de locura la habría poseído para jugarse la vida de aquella forma.

—Espero que esté bien, señor —respondió la mujer rubia, girándose hacia él. Antes de que pudiera informar de que no se había partido ningún hueso, hecho digno de mención, la muchacha pelirroja intervino con el ceño fruncido, visiblemente recuperada por el susto de la caída.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó poniendo los brazos en jarras, y mirándoles con los ojos entrecerrados.

—¡Cassie! —la reprendió la mujer de inmediato—. Deberías disculparte por caer encima de este caballero.

La muchacha la ignoró y siguió mirando a los dos hermanos como si fuera la dueña del lugar y todos tuvieran que hacer su voluntad en el acto, sin ningún tipo de réplica. Elliot arqueó una ceja, tentado de responderle que no era de su incumbencia, pero su hermano se adelantó antes de que pudiera abrir la boca.

—Somos James y Elliot Wise, señorita —respondió con una educada inclinación de la cabeza—. Somos los hijos del duque de Lennox y estamos aquí por instancia del fallecido duque de Weston.

La reacción de la chica fue impresionante. Impresionantemente extraña. Se puso tan roja como su cabellera y los ojos reflejaron furia, acercando tormenta. Elliot vio cómo apretaba los puños con fuerza a los costados, temblándole el cuerpo por la rabia contenida. El joven se preguntó, asombrado, a qué venía aquella repentina animadversión hacia ellos.

—Entonces, desde luego que no voy a disculparme —replicó sin más, antes de salir corriendo de allí en dirección a la casa, dejando a ambos hombres de piedra.

La mujer suspiró abatida, mirándoles apenada con sus grandes y bonitos ojos verdes. Llevaba el pelo rubio bien sujeto en un moño estricto, y su ropa era oscura y sobria, dando la impresión de ser una mujer muy autoritaria. Elliot calculó que no tendría más de treinta, pero tuvo la impresión de que causaría terror como profesora.

—Ruego la perdonen, desde que su excelencia murió anda algo... rebelde. —Dijo señalando con la cabeza a la muchacha, que tan solo era un punto diminuto en la lejanía. Acto seguido, realizó una reverencia perfecta, saludándoles—. Permítanme presentarme. Soy la señora Clark, la institutriz de la familia.



Su impresión inicial no había sido equivocada. Elliot tardó un par de segundos en comprender lo que la mujer había dicho y las implicaciones que aquello tenía. Miró a su hermano, que mantenía su expresión neutral, y comenzó a sospechar que había algo que no sabía en todo aquel asunto.

—¿Alguien más vive aquí? —preguntó con cautela, no muy seguro de querer saber la respuesta.

La señora Clark miró a Elliot desconcertada, y después a James de forma inquisitiva, que negó con la cabeza en su dirección, comunicándose con ella sin mediar palabra. ¿Qué demonios estaba pasando allí? Elliot cada vez entendía menos de aquella extraña reunión en medio de los amplios terrenos de la propiedad. ¿Estaría soñando y no lo sabía?

Su instinto le decía que sería mejor estarlo.

—Será mejor que vayan a la casa, donde el abogado del duque, el señor Miller, les explicará todo —dijo con firmeza, tras unos segundos de silenciosa conversación con James. Se puso en marcha hacia la residencia del duque y se giró hacia ellos sin dejar de andar—. Si tienen la amabilidad de seguirme...

Ambos hombres recuperaron los caballos y se apresuraron a ir tras ella, que los condujo a través de la enorme propiedad que conformaba Weston Manor hasta la enorme casa. La fachada era blanca, y estaba bien cuidada, con tres pisos llenos de ventanas y terrazas. Elliot creyó ver movimiento en la planta de arriba, un destello pelirrojo que se movía de un lado a otro con rapidez. Jamás hubiese pensado que esa muchacha viviría allí y aún menos que tuviese habitación propia. Sus modales y aspecto dejaban mucho que desear. ¿Quién sería?

Dos hombres jóvenes se encargaron rápidamente de sus caballos, que iban a ser cuidadosamente atendidos después del viaje que habían hecho desde Londres. Elliot estaba tan exhausto como los animales.

Entraron por la puerta principal y un amplio y elegante vestíbulo les dio la bienvenida. Era luminoso, de suelo claro y brillante. El servicio al completo los estaba esperando para ofrecer sus respetos al nuevo dueño, con el mayordomo a la cabeza. El susodicho se presentó como Richard Farley, y les dio la bienvenida en nombre de todos. Elliot tuvo que saludarlos cortésmente, tal y como dictaba el protocolo. Que no quisiese el ducado no significaba que tuviese que ser maleducado, así que procuró comportarse correctamente.

Cuando hubieron terminado, los miembros del servicio se dispersaron rumbo a sus tareas y Farley se encargó de sus capas, guantes y sombreros. Los dos hermanos siguieron a la señora Clark hacia una habitación lateral, que daba a

un enorme despacho de muebles caoba, de estilo visiblemente masculino. Sin duda la guarida del viejo duque. Un hombre de pelo canoso estaba escribiendo una carta en el enorme escritorio y se levantó de la silla al verlos entrar. Sus ojos azules, casi grises, mostraban amabilidad.

—Señora Clark... —saludó a la mujer con una sonrisa antes de encararse a los recién llegados—. Ustedes deben de ser los hijos del duque de Lennox. Mi nombre es Charlie Miller, abogado del duque de Weston.

Los hombres se estrecharon la mano con formalidad y el letrado los instó a que tomaran asiento ante el escritorio, en unos sillones oscuros. La institutriz, mientras tanto, se marchó sin decir nada, dejando a los tres hombres hablando de temas banales.

—Vamos al grano, Miller —intervino Elliot en ese momento, cansado de tanta ceremonia y dejando a un lado las formalidades que no llevaban a ningún sitio—. ¿Para qué quería que viniésemos con tanta rapidez?

El abogado carraspeó con fuerza antes de adoptar una pose profesional, con la que seguramente realizaría todos los pormenores de los asuntos que trataba. Sacó un fajo de folios de uno de los cajones del escritorio y los miró con fijeza, pensando en cómo comenzar la reunión. Elliot registró vagamente que ahora ese hombre sería su abogado, si aceptaba el título.

—Tengo que informarle de algunas cláusulas del testamento del duque que no vi conveniente tratar por carta —comenzó el hombre antes de comenzar a desdoblar documentos, uno tras otro.

Las alarmas se encendieron en la mente de Elliot. Algo le decía que no le gustaría lo que iba a decir aquel hombre. Miró a su hermano, que permanecía sumido en un tranquilo silencio y miraba a su interlocutor como un mero espectador de una obra de teatro. Esa actitud no le gustó un ápice.

—Verá, el duque puso dos condiciones al adquirir el título —siguió el hombre colocándose unas feas gafas y leyendo los papeles—. Una de ellas es bastante sencilla, usted debe tener Weston Manor como residencia principal.

No le sorprendió, porque tenía entendido que la casa solariega era muy querida por la esposa del viejo duque, y juntos la convirtieron en la bella y productiva propiedad que es ahora. Pero no creía que Miller lo hubiese hecho venir con tanta premura solo para contarle eso. A él le daba exactamente igual vivir en Kent que en Londres, ya no le importaba nada. Quizá fuera hasta mejor. Londres le traía demasiados recuerdos, todos ellos tristes.

—¿Y la otra es...? —le instó con un tono de voz que no le gustó ni a él.

—Bueno... debe usted cuidar de la pupila del fallecido duque y procurar que

no le falte nada hasta que se case —respondió el abogado como si fuera evidente, aunque pudo ver la preocupación en los ojos del letrado—. La muchacha es hija de unos amigos de su excelencia, que murieron cuando la niña tenía tres años. Desde entonces, la ha cuidado como si fuera su propia hija.

Elliot arqueó las cejas, asombrado por aquella inesperada noticia de la que, evidentemente, el abogado pensaba que tenía conocimiento.

—¿Pupila? No sabíamos nada de su existencia —Miró a James buscando su conformidad, pero su hermano carraspeó con indisimulada incomodidad. Frunció el ceño, comenzando a atar cabos—. ¿Tú sí lo sabías?

No hizo falta que respondiera, su elocuente silencio fue suficiente para Elliot. Resopló e hizo ademán de levantarse, pero James lo retuvo por el brazo con firmeza. No sabía de dónde venía aquella rabia, pero estaba inundándolo a marchas forzadas como un fuerte torrente. Ahora entendía la extraña actitud de su hermano.

—Padre me lo contó antes de irnos —le explicó todavía sujetándole mientras Elliot luchaba contra las emociones que sacudían su interior—. Si te lo hubiese dicho, no habrías querido venir.

Aquello era el colmo.

—Tienes razón, ¡no hubiese venido! —exclamó Elliot soltándose de su agarre y saliendo del despacho totalmente airado—. Me vuelvo a Londres.

Los dos hombres lo siguieron rápidamente y lo alcanzaron en el vestíbulo. James se encaró a su hermano, que en esos momentos parecía un toro rabioso. Cualquiera hubiese retrocedido al ver la furia que emanaba de Elliot en oleadas, pero James lo conocía demasiado bien y sabía cómo tratarle. Vio por el rabillo del ojo cómo Charlie Miller se secaba el sudor de la frente con un pañuelo, totalmente nervioso.

—¡Escúchame Elliot! Somos la única familia que le queda a Weston. Si no aceptas el título, todo irá a parar a un pariente lejano que, por lo que me han dicho, tiene muy mala reputación. Dios sabe lo que hará con la chica —le explicó su hermano con paciencia mientras el abogado asentía enérgicamente a su espalda, dándole la razón con determinación.

Sentía deseos de golpear algo. Su hermano parecía un buen objetivo.

—¡No es mi problema! —Se sentía engañado, como si hubiese caído de cabeza en una trampa de la que no podía salir por mucho que se esforzara. Y lo sabía—. ¡No pienso encargarme de una mocosa que ni siquiera conozco! —añadió con rabia.

—En eso estamos de acuerdo —dijo una voz a sus espaldas.

Los tres hombres se giraron bruscamente y vieron a la muchacha pelirroja de antes, que ahora parecía otra persona bien distinta. Si no fuera por el pelo rojo y los inconfundibles ojos grises, Elliot hubiese pensado que era otra mujer la que bajaba la escalera con la elegancia de una reina. Se había recogido la larga melena en un peinado elegante pero informal, y había cambiado los pantalones por un vestido morado claro, que se amoldaba a su figura a la perfección. En ese momento, Elliot comprendió ante quién se encontraba.

—La pupila de Weston, supongo —alegó, rechinando los dientes.

—Mi nombre es Cassie Price —respondió ella con altanería, atravesándole con la mirada—. Y sí, soy la pupila del duque.

Se enfrentaba a él sin miedo ni tapujos, con la determinación de una leona defendiendo a su cachorro. Elliot tuvo que admitir que esa actitud la hacía todavía más irresistible, como si su notable belleza no fuera suficiente. La muchacha siguió hablando como si fuera la dueña y señora del lugar.

—No pienso dejar que me trate como un estorbo en la suela de su bota —le dijo enfadada cuando llegó a su altura—. Vuélvase a Londres y déjeme tranquila. No le necesito.

Las palabras flotaron hasta él, frías y contundentes. El abogado miró hacia el techo, como pidiendo un milagro al cielo o que cayera un rayo que impidiera que ocurriera alguna tragedia. Sin duda, el hombre estaba pensando que la señorita Price se estaba cavando su propia tumba. El orgullo de la muchacha era innegable y aquello debía de traerle muchos problemas. A su pesar, Elliot estaba intrigado por aquella chica pelirroja, y con mucho gusto recogería el guante que acababa de lanzarle con tanta osadía.

—Ah, ¿sí? A mí no me ha dado esa impresión —respondió él, componiendo su mejor sonrisa burlona, marca Elliot Wise. La señorita Price entornó los ojos, furiosa—. Por lo que yo entiendo, depende usted completamente de mi buena voluntad.

Si quería guerra, la tendría.

—Yo no dependo de nada ni de nadie —replicó ella, cada vez más enfadada, levantando la barbilla con altanería. Su diversión aumentó y lo dejó traslucir en su cara, hecho que irritó aún más a la señorita Price. Hasta ella tenía que saber que lo que decía era imposible, pero admiraba su tenacidad—. Repito. Váyase.

—¡Cassie! Basta —la reprendió la señora Clark, que en ese momento aparecía desde Dios sabe dónde, con un tono de voz que parecía ocultar algo más que

solo podía entender su pupila. La mujer le lanzó una mirada de advertencia que la señorita Price pasó por alto con soltura.

Elliot tenía la impresión de que la muchacha era perfectamente capaz de quedarse discutiendo con él para toda la eternidad y no cambiaría de opinión ni por todo el oro del mundo. Era muy terca. No tenía muy claro por qué se exponía a sí misma a arruinarse solo por una cuestión de orgullo, pero contra todo buen juicio, eso le gustó. Por primera vez en mucho tiempo, Elliot sintió una chispa de emoción en su pecho, algo que lo dejó completamente anonadado. Aquella exasperante mujer había conseguido lo que nadie había logrado un año: interés por su parte.

—Pues, ¿sabe qué le digo, señorita Price? —las palabras salieron de sus labios antes de que pudiera pararlas, antes de que pudiese pensárselo mejor y salir por la puerta dirección a Londres, que es lo que alguien con sentido común debería haber hecho—. Que no tengo intención de irme. Acepto las condiciones, Miller —añadió dirigiéndose al abogado, que pegó un salto sobresaltado.

El alivio del hombre fue tan hondo, que hasta Elliot lo sintió llegar en oleadas hasta él. La habitación pareció destensarse poco a poco, y hasta su hermano parecía contento por su decisión, así como la señora Clark. Ya hablaría con él más adelante para recordarle que los hermanos deben avisar previamente de ciertas cosas importantes.

Solo una persona no parecía compartir la alegría común.

—¡No! —exclamó la joven, totalmente enfadada. Dio un golpe con el pie en el suelo, un acto totalmente inadecuado en una dama y más propio de una niña pequeña, y se marchó furiosa en dirección a los jardines.

—Parece que se lo ha tomado bien —intervino Elliot cuando hubo desaparecido de su vista. Parecía totalmente relajado, aunque por dentro se estaba preguntando si había hecho lo correcto.

En el fondo, le gustaba la decisión que había tomado, pero no sabía muy bien por qué. Ocuparse de una muchacha no era su ideal de vida, pero le buscaría un buen marido y la casaría pronto. Así ya no tendría que preocuparse más por ella y habría cumplido las condiciones de Weston. Él podría seguir con sus actividades autodestructivas en paz y todos contentos.

Sí, era una buena idea.

## Capítulo 2

Cassie recorría de un lado a otro el enorme invernadero con pasos fuertes y firmes, totalmente enfadada con el mundo. Se había escondido allí después de haber perdido la batalla y que aquel hombre tan irritante aceptase el ducado y, por consiguiente, hacerse cargo de ella.

Como si fuera un animal desvalido.

Resopló, frustrada. Estaba furiosa con los recién llegados, con su padre — porque ella consideraba a Weston algo más que un simple padrino—, con ella misma y con todo aquel que se atreviese a decirle algo en ese momento. Sabía que su actitud era desacertada e ilógica, pero no podía evitarlo. Siempre habían sido su padre y ella. Cassie había tenido la absoluta certeza de que el duque la ayudaría siempre. Ahora se había ido y no era capaz de creerlo todavía, aunque hiciera más de un mes de aquel nefasto día.

Y, por si fuera poco, acababa de caer bajo la tutela de ese hombre antipático, maleducado y totalmente exasperante. Era para perder el juicio. Ese hombre venía a quedarse con el título de su padre, y todo porque ella no era lo suficientemente capaz de cuidarse sola en esa sociedad llena de leyes y normas absurdas. A veces, envidiaba a los hombres por todas las libertades de las que gozaban.

Su padre siempre le había permitido tomar sus propias decisiones hasta ese momento, en el que había decidido su futuro sin consultarla. Sabía que había sido por su bien, pero eso no le impedía sentirse traicionada por alguien en quien confiaba ciegamente. ¿Quién le decía que ese hombre no la encerraría en algún sitio tras recibir el título y todos los bienes? ¿O que la casara contra su voluntad con algún tipo desagradable?

Se estremeció ante aquel último pensamiento. Debía admitir que no era la primera vez que aquello pasaba por su cabeza desde que supo del contenido del testamento. Si eso pasaba, haría lo que fuese por impedirlo a toda costa. No iba a permitir que aquel desconocido dirigiera su vida a su antojo, como si tuviera derecho a hacerlo. Nunca.

La señora Clark entró en ese momento seguida de Winter, su perrita. Cassie había encontrado al pequeño animal herido de una pata cerca del bosque y lo había recogido para cuidar de él. Cuando estuvo curada, le había cogido demasiado cariño y no tuvo corazón de dejarla libre de nuevo, así que la

adoptó como su mascota. Winter no parecía tener queja alguna, pues siempre la saludaba con una adorable sonrisa perruna y un enérgico movimiento de la cola.

Cassie le acarició la peluda cabeza con delicadeza y la perrita jadeó satisfecha. Le puso Winter por el color blanco de su pelaje, que le recordaba a la nieve que se amontonaba en el suelo y en los alféizares de las ventanas de Weston Manor en los días más fríos.

—No es tan malo. —La mujer rompió el incómodo silencio y Cassie puso los ojos en blanco, demostrando su total desacuerdo con aquella afirmación. La mujer frunció el ceño—. ¿Prefieres quedarte en la calle? ¿Que yo lo haga también? ¿O esos chicos?

Aquellas palabras la aplacaron. Una cosa era jugar con su propio futuro y otra condenar el de otras personas. Su institutriz había cuidado de ella desde hacía años, armándose de paciencia cuando Cassie no tenía deseos de aprender normas de protocolo y consolándola cuando lo necesitaba. Se había esforzado por convertirla en una dama, aunque ella pensara que no estaba en su naturaleza serlo. Le debía mucho y no quería perjudicarla de ninguna forma. Ella era otra persona a la que debía proteger, pues sabía que su institutriz no tenía a dónde ir tras haberse quedado sola hacía ya tantos años.

Y luego estaba aquel otro asunto. Quizá era la única razón por la que no le había roto un jarrón en la cabeza a aquel presuntuoso. Debía proteger aquella casa y a todos los que vivían en ella. No se lo perdonaría jamás si los dejaba en la estacada. Su institutriz le había advertido veladamente sobre eso, pero ella la había ignorado en favor de su furia, que en aquel momento le había parecido mucho más lógica.

—Tienes razón —claudicó por fin, mirándola arrepentida—, pero me enfurece la idea de estar en manos de ese hombre.

La mirada de la mujer se suavizó y le dio un abrazo que la reconfortó mucho. Se sentía desdichada y echaba mucho de menos a su padre. Parpadeó con fuerza para impedir que las lágrimas cayeran de sus ojos. No quería llorar. No se había permitido hacerlo cuando su padre murió y no lo haría ahora. Llorar era una pérdida de tiempo, no servía para nada.

—Una cosa es que ese hombre tenga que ocuparse de ti, y otra bien distinta que le pongas las cosas fáciles —dijo la institutriz, guiñándole un ojo a su alumna con complicidad, acto nada propio de ella.

Cassie se carcajeó, totalmente de acuerdo con ella. Desde luego que no iba a ponérselo fácil. ¿Desde cuándo ella era de trato fácil?



Cassie estaba en la biblioteca leyendo, o intentándolo al menos, cuando la puerta se abrió y el hermano del nuevo duque entró en la habitación. Por primera vez, se fijó en él. Era alto y fuerte. Tenía la nariz recta y era de mandíbula marcada. Tenía el cabello negro y los ojos amables, de un color avellanado más claro que los de su hermano y, desde luego, mucho más accesibles. Cassie frunció el ceño al darse cuenta de que se había fijado en aquel detalle sin pretenderlo.

Avanzó hasta ella levantando las manos, como queriéndole indicar que venía en son de paz. Cassie arqueó una ceja, pero no dijo nada, esperando que su interlocutor diera el primer paso. Cuando estuvo a su altura, el hombre hizo una reverencia cortés.

—¿Puedo sentarme un momento con usted, señorita Price? —preguntó, señalando una mullida butaca que había frente a ella—. Espero no importunarla.

—Como quiera, excelencia —respondió Cassie encogiéndose de hombros, aparentando una indiferencia que no sentía. Lejos de recordar que una mujer soltera no podía estar a solas con un hombre que no fuera de su familia, se sentía nerviosa en la presencia de aquellos dos indeseados visitantes por razones bien distintas a las cuestiones de protocolo.

Él rio ante el distintivo.

—El duque es mi padre, yo todavía no merezco tal trato. Soy el marqués de Lanley —alegó presentándose formalmente antes de tomar asiento. La miró con fijeza mientras ella fingía leer y habló sin tapujos, sorprendiéndola—: Supongo que nos odia.

Cassie levantó la vista y cerró el libro, dejándolo sobre su regazo. De todas formas, no estaba concentrada. Le devolvió la mirada a su interlocutor sin demostrar ninguna emoción en el rostro. Su padre le había enseñado a no mostrar sus cartas antes de tiempo, solo cuando merecía la pena hacerlo.

—¿Odiarles? No. —La joven negó con la cabeza, poniendo énfasis a sus palabras—. Que no quiera que estén aquí no significa que les odie.

Lord Lanley sonrió con amabilidad ante su respuesta, como si no creyera una palabra de lo que decía. Tenía una sonrisa bonita, que relajó interiormente a



Cassie. Asombrada, no se había dado cuenta hasta ese momento de que estaba tensando la espalda. Una parte de su mente registró el hecho de que un hermano le diera ganas de gritar y el otro la serenara sin apenas darse cuenta.

—Me alegra oírlo —intervino entonces él, interrumpiendo sus confusos pensamientos—. No me gustaría que la convivencia fuera complicada. Soy consciente de que solo somos unos extraños para usted, pero pondremos de nuestra parte para que se sienta a gusto con nosotros.

Cassie casi sonrió.

—Quizá usted, pero no creo que su hermano sea de la misma opinión. — Cassie frunció el ceño recordando la sonrisa burlona de Elliot. Menudo idiota.

Lord Lanley esbozó una mueca.

—Ruego que le disculpe, Elliot ha pasado momentos muy duros y ha cambiado bastante este último año —respondió, con la mirada algo ensombrecida por los recuerdos—. Antes era divertido y alegre, aunque ahora cueste creerlo.

A su pesar, Cassie sintió curiosidad por aquello. Aquel Elliot que describía lord Lanley no concordaba en su mente con el que había conocido hacía unas horas. Parecían dos personas totalmente distintas. ¿Qué puede transformar de esa forma tan radical a un hombre?

—¿A qué se refiere? —preguntó, procurando que su voz no dejara traslucir su curiosidad.

Pero él negó con la cabeza.

—Eso es algo que tiene que contar Elliot, no me corresponde a mí —sentenció levantándose e inclinándose levemente como signo de despedida—. Debo atender unos asuntos, le ruego que me disculpe.

Cassie asintió con la cabeza y él se marchó, dejando a la joven intrigada y llena de preguntas sin respuestas. Volvió a coger el libro, pero seguía sin ser capaz de concentrarse. Tras leer el mismo párrafo cinco minutos sin comprender absolutamente nada, se rindió por fin y dejó el libro en una de las mesitas auxiliares que había cerca.

Pensó en la conversación que había tenido con lord Lanley. Quizá debajo de aquella fachada de hombre duro e insensible había un alma herida, pero ¿qué le había pasado a lord Elliot Wise? Sacudió la cabeza, corrigiéndose. Ahora era el duque.

Aun así, nada de eso importaba. Nada de eso le importaba. Ella debía enfrentarse al hombre que era ahora, no al que fue en el pasado. Y, seguramente, aquel hecho le daría muchos más problemas en un futuro que se

presentaba difícil. Cassie sonrió para sus adentros.

Aceptaba el reto.

Decidió ir a buscarle para dejar claro que ella no era una mujer sumisa que se plegaría a sus órdenes sin protestar, en silencio. Le pareció importante hacer constatar ese hecho, demostrarle que no sería fácil tratar con ella. No sabía por qué, pero quería hacerlo.

Aquel hombre imponía y ella se sentía intimidada en su presencia, pero no dejaría que se apercibiera nadie. Se enfrentaría a él tantas veces como hiciera falta, como llevaba haciendo con el resto de la sociedad que la despreciaba porque, entre otras cosas, se había negado a debutar en Londres. Cassie no quiso una temporada como muchas de las damas de su edad y eso llevó a muchas discusiones con su padre, que terminó claudicando. Si hubiese debutado, la próxima temporada que empezaba en unos meses, sería la última para conseguir marido antes de ser considerada una mujer florero. Pero Cassie no tenía intención de casarse con ningún hombre estirado que solo la considerara un medio para aumentar su fortuna. Prefería ser una solterona para los restos.

Dados sus orígenes humildes, Cassie había tenido que luchar por hacerse en hueco en una sociedad que no terminaba de aceptarla por ser solo la hija de un comerciante. Rico, sí, pero no noble. El duque la trataba como a una hija, era cierto, pero eso no lo convertía en realidad. Las malas lenguas decían que ella era su bastarda, algo tan horrible como el hecho de no ser noble. La sociedad nunca dejaba pasar la oportunidad de recordarle que solo era descendiente de plebeyos. Aunque la mona vista de seda...

Al principio dolía, pero ya se había acostumbrado.

Buscó a Elliot por la planta baja y, al no encontrarle, decidió subir al primer piso, abriendo cada puerta sin preocuparse por llamar antes. Al final, tuvo una idea de dónde podría estar, y eso la enfadó. No llevaba ni cuatro horas allí y ya había invadido los aposentos de su padre. Se dirigió hacia allí con paso firme y entró sin llamar ni pedir permiso.

Lo que vio la dejó parada en el umbral.

Él estaba de espaldas a ella, desnudo de cintura para arriba. Una cicatriz grande y alargada le cruzaba la espalda, desde el hombro izquierdo hasta el costado derecho. Era profunda, aunque ya había cicatrizado, y Cassie no pudo ocurrírsele qué podría haberle provocado una herida así. Su mente comenzó a elucubrar rápidamente y no percibió el grito ahogado que se le había escapado hasta que él se giró con rapidez, con una expresión en el rostro que le heló la

sangre.

—¿Sabe que es de mala educación entrar sin llamar en dormitorios ajenos, señorita Price? —preguntó, acercándose a ella como un tigre al acecho de su presa.

Cassie tragó saliva, tratando de no fijarse en los músculos, tensos y duros, que constituían su bien formado torso. Jamás había visto un hombre desnudo antes y la joven sintió cómo se le aceleraba el pulso ante la nada desdeñable visión. Era una injusticia divina que un hombre tan apuesto fuera a la vez tan detestable.

—¿Podría...? —balbuceó sin poder evitarlo—. ¿Podría vestirse? —Cassie intentó mantener la voz serena, pero le costaba horrores hacerlo.

Elliot interrumpió su avance y compuso esa sonrisa burlona que la muchacha comenzaba a aborrecer. Deseó cruzarle la cara de una bofetada y borrarla de un plumazo.

—Es usted quién ha invadido mi habitación, no creo que esté en posición de pedir nada —respondió él, arqueando una ceja. Sin embargo, se puso una camisa y Cassie respiró aliviada.

—Le estaba buscando —se excusó ella como pudo por su intrusión. Buscaba la ira que la había embargado hasta hacía un momento, pero esta parecía que se había evaporado sin dejar rastro.

Él se cruzó de brazos, y Cassie observó cómo se le tensaban todos los músculos. Sacudió la cabeza para concentrarse.

—Y ahora que ya me ha encontrado... —respondió Elliot, sin alterar el tono de voz—, ¿qué quiere?

¿Cómo podía estar tan sereno y Cassie ser un enorme nudo de nervios? Ella, que siempre había sido de las que mantenía la cabeza fría, su interior ahora era todo lo contrario a la calma. El enfado volvió e intentó recomponer su actitud inicial, recordando por qué estaba allí. Se escudó en su rabia para hacerle frente.

—¿Va a ocupar el dormitorio de mi padre? —preguntó frunciendo el ceño. Aquello no era lo que había ido a decirle, pero le parecía también importante. Él arqueó las cejas, ahora visiblemente sorprendido por su pregunta, como si aquello no fuera lo que esperaba oír—. ¿Qué pasa?

—Creía que iba a preguntarme sobre mi... espalda.

Cassie se encogió de hombros, aparentando un aburrimiento que no sentía en absoluto. No había pensado hacerlo, ni lo haría aunque muriera de curiosidad. Tampoco era de su incumbencia.

—Usted no iba a contármelo y no es asunto mío —respondió con firmeza—. ¿Para qué perder el tiempo entonces?

Elliot la miró como si fuera un acertijo particularmente difícil de resolver. Cassie se puso todavía más nerviosa, y decidió marcharse. Dio un paso atrás.

—Mejor le dejo solo —dijo, girándose para irse.

Pero Elliot la cogió del brazo antes de que pudiera dar un paso más y la acercó a él. Cassie chocó contra su pecho, las faldas de su vestido arremolinándose entre los dos. Contuvo el aliento y lo miró a los ojos, que en ese momento tenían el color del caramelo caliente. Observándole de cerca, Cassie se dio cuenta de que la mirada de Elliot tenía muchos más matices de lo que parecía en un primer momento: dorado y miel, con marrón en el borde. Era una mezcla fascinante.

—No debería irse antes de hacer lo que la ha traído aquí —alegó en un susurro.

Antes de que Cassie pudiera pensar una respuesta en condiciones, la mano de Elliot subió por su espalda hasta su cuello, pasando los nudillos por su mejilla y acelerándole el pulso en apenas segundos. La piel de Cassie se incendió con su tacto, dejándola totalmente paralizada. Sabía que debía apartarse, pero no lo hizo. No podía.

—Respondiendo a su pregunta —siguió hablando él sin dejar de tocarla, con una voz grave y ronca que le erizó el vello de la nuca y le cortó la respiración. Estaba demasiado cerca y todo su cuerpo era consciente de ello—, sí, ocuparé esta habitación, pero primero cambiaré los muebles. No son de mi gusto.

Aquello la sacó de su trance, y con un esfuerzo sobrehumano se obligó a apartarse de él, que la miró con una extraña expresión en el rostro que la muchacha no supo descifrar. Cassie trató de volver en sí, visiblemente afectada por aquel breve pero intenso contacto. Nadie la había tocado así nunca y se sintió... vulnerable. La rabia afloró de nuevo contra él y contra sí misma por ser tan débil. ¿Qué le pasaba? Intentando recomponerse, se dirigió a la puerta.

—Le advierto que no intente controlar mi vida —le dijo lo más fríamente que pudo, tratando de recuperar el orgullo que había perdido en aquellos pocos minutos que había estado a solas con él.

Antes de que Elliot tuviera oportunidad de responderle, la joven se marchó con paso firme, cerrando la puerta tras ella con un fuerte golpe.

## Capítulo 3

El fuego crepitaba con fuerza en la chimenea de la habitación del, hasta hace poco, viejo duque de Weston. Elliot estaba de pie ante la ventana, mirando hacia el jardín de la propiedad. Todavía no podía sentirse a gusto en aquella casa, que tan extraña era para él. Había pensado en salir por el pueblo cercano, Rochester, pero no se sentía con la disposición necesaria para proceder con sus acciones libertinas, que hasta hacía poco le habían procurado una fuente de liberación, permitiéndole olvidar sus fantasmas.

Su hermano tampoco había salido, aunque no es que le gustara hacerlo en demasía, encerrándose temprano en su propia habitación. Se había dado cuenta de que Elliot no estaba de humor, y no había intentado descubrir por qué, hecho que él le agradecía. No quería ni decirlo en voz alta.

Preferiría no pensarlo siquiera.

¿Cuándo una persona se da cuenta de que ha cruzado la línea que separa la decencia de la locura? Elliot no estaba seguro de ello. Quizá cuando, de repente, uno se encuentra a sí mismo seduciendo a una bella muchacha, pupila de un duque recientemente fallecido, a la que acaba de conocer y que le ha dicho por todos los medios que no lo considera bienvenido.

Quizá seducir fuera una palabra demasiado fuerte, pero el ramalazo de deseo que lo recorrió de pies a cabeza cuando la tuvo entre sus brazos, sintiéndola temblar contra él, sin duda fue demasiado fuerte. Por un momento, por un par de segundos, quiso besarla con desesperación. Elliot estaba seguro de que lo hubiese hecho si ella no se hubiese apartado en ese momento, asustada por su causa. Las manos le hormiguearon al recordar el contacto con su blanca y suave piel.

Se pasó la mano por el pelo castaño, frustrado. Llevaba demasiado tiempo sin pasar la noche con una mujer y le estaba pasando factura. Eso era todo, pensó con convencimiento. No había ninguna posibilidad, por remota que fuera, de que él se sintiera atraído por esa exasperante y testaruda mujer. Sin embargo, también sabía que hacía demasiado tiempo que no había deseado hacer algo con tanta intensidad como aquella tarde.

La señorita Price lo había desarmado completamente con su carácter fuerte y su capacidad para plantarle cara. Le costaba mucho mantener una pose fría, pero le gustaba aquella especie de reto que ella le había planteado. Era

estimulante, y a él le encantaba ver cómo sus ojos grises resplandecían de furia por su causa. No había sentido algo así desde... bueno, desde que la conoció a ella, hacía ya casi dos largos años.

Sacudió la cabeza con fuerza, no podía pensar en ella ahora, y mucho menos en la señorita Price. Era un maldito necio.

En ese momento, sintió que algo le arañaba la pernera del pantalón y bajó la vista, sobresaltado. Una especie de terrier blanco lo miraba moviendo la cola, contento de haber llamado su atención. En la boca llevaba algo que se parecía sospechosamente a una de sus corbatas, más concretamente la que llevaba puesta aquella mañana. ¿Cómo demonios la había conseguido el perro? ¿Cuándo se había metido en su habitación sin que él se diera cuenta?

Antes de que pudiera quitarle la corbata de la boca, o hacer algún movimiento, el perro salió corriendo con su tesoro y se internó en el pasillo con rapidez. “¡A ver si me coges!”, parecía decir.

Resoplando con disgusto, Elliot se dispuso a seguirlo sin perder un segundo para recuperar su prenda de ropa. No pensaba permitir ladronzuelos en su casa. ¿De dónde habría salido aquel animal? No lo sabía, pero iba a echarlo de allí en cuanto lo atrapara. El susodicho bajó las escaleras con rapidez y salió de la casa, en dirección al jardín. Maldiciendo audiblemente, Elliot corrió tras él. El perro era increíblemente rápido.

A lo lejos, divisó que el animal se metía en el gran invernadero acristalado. En un par de zancadas, el hombre alcanzó su destino y buscó a su objetivo en medio de la oscuridad, tratando de que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Por suerte había luna llena y se apreciaba el entorno. Gracias a ello, Elliot pudo ver una silueta que se agachó en ese momento hacia delante. Un ladrido salió de ese punto y el reciente duque se acercó con cautela.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz autoritaria.

La figura se quedó quieta, totalmente tensa. Cuando pudo distinguir por fin en la oscuridad al intruso, Elliot se dio cuenta de que era la figura de una mujer. Una voz femenina, que reconoció de inmediato, rompió el silencio.

—¿Qué hace usted aquí?

Se acercó a ella para verla mejor en medio de la penumbra. Estaba sentada en uno de los bancos que estaban repartidos por el lugar. Tenía el mismo aspecto que el de aquella tarde, aunque se había vuelto a soltar el pelo, que ahora caía en forma de ondulados rizos rojos por su espalda. El brillo plateado de la luna le daba un toque misterioso. Elliot no la había vuelto a ver, ya que se había excusado para la cena alegando que se encontraba mal. Él sabía que era

mentira, pero no había querido insistir. Quizá si no la veía podría olvidar lo que había estado a punto de hacer horas antes.

Y ahora la tenía allí delante, como una aparición. ¿Es que la casa no era lo suficientemente grande como para no toparse con ella? Maldito fuera aquel chucho ladrón de corbatas.

—¿El perro es suyo? —Indicó, sentándose a su lado en el banco sin esperar invitación, aunque dejando suficiente distancia para que ninguno de los dos se sintiese incómodo. Miró al animal, cómodamente asentado en el regazo de la joven. Ya no llevaba la corbata, que ahora ella sostenía con delicadeza.

—Sí, se llama Winter. —Respondió tendiéndole la prenda sin mirarle apenas —. Imagino que es suya. Siento que se la haya quitado, acostumbra a llevarse las cosas que le gustan y las esconde.

Cogió la corbata procurando no rozarle la mano. No estaba seguro de si el contacto acabaría con su cordura, como aquella tarde. Miró la prenda con aprensión, ahora visiblemente estropeada por la baba del animal. Suspiró y volvió a tendérsela al perro, que la cogió sin ningún rastro de remordimiento, mirándolo con alegría mientras movía la cola de un lado a otro. Se las ingenió para lamerle la mano sin soltar la corbata, y Elliot se esforzó por no sonreír.

—Debería enseñarle modales —dijo para romper el silencio que se había instaurado entre los dos. Ella había observado el intercambio entre animal y hombre sin decir nada, aunque sin perderse detalle.

La joven suspiró en respuesta, como si hubiese oído aquello cientos de veces, y estuviese cansada de responder siempre lo mismo.

—No crea que no lo he intentado, pero Winter es incorregible —alegó con un deje de resignación en la voz, aunque Elliot también distinguió el cariño que le tenía a aquel perro.

—¿Como su dueña? —sugirió sin poder evitarlo.

Era una pregunta descortés, pero a la señorita Price no pareció importarle. Una pequeña sonrisa asomó a los labios de la muchacha.

—Supongo que sí —respondió tranquila, parecía que estuviese acostumbrada a que la trataran de incorregible todos los días—. Gracias por dejarle la corbata, pero no es necesario —añadió con un deje de enfado, como si de repente hubiese recordado que tenía que ser antipática con él.

—No importa. De todas formas, ya la ha estropeado —respondió él encogiéndose de hombros, sin darle mayor importancia al asunto.

La señorita Price asintió con la cabeza y ambos volvieron a sumirse en un nuevo silencio, más agradable y distendido que el anterior. Elliot la miró,

meditando. La verdad era que no iba a ganarse su confianza con una actitud hostil. En ese momento, le parecía muy importante que ella confiara en él, aunque no sabría explicarse a sí mismo el porqué de dicho deseo. De todas formas, iba a casarla lo antes posible, así que en realidad solo debería tratar con ella lo estrictamente necesario, para que fuera más fácil sacarla de su vida. Sin embargo, al verla allí mirando hacia el cielo, con el cabello suelto sobre los hombros, conocerla mejor era lo único que quería.

Y aquello lo dejaba totalmente fuera de combate.

—Quizá deberíamos intentar mejorar nuestra relación, ¿no cree? —comenzó él, manteniendo un trono neutral. No sabía muy bien a dónde quería llegar con aquello, pero lo averiguaría pronto.

La señorita Price le miró de reojo, evaluándolo con la mirada.

—¿Y cómo sugiere que hagamos eso? —preguntó curiosa y, al parecer, dispuesta a considerar su propuesta.

—Podríamos encontrar el modo de saber más el uno del otro —sugirió él, tanteando el terreno sin que pareciese que intentaba cortejarla—. Yo le hago una pregunta, usted otra a mí, y así sucesivamente. Así se dará cuenta de que no soy ningún miserable que trata de apropiarse de todo esto.

Ella se mantuvo en silencio un largo rato, planteándose si aceptar aquella idea o no, y Elliot llegó a pensar que al final no respondería.

—Con una condición —dijo por fin, dando su brazo a torcer—: Que pueda negarme a contestar alguna pregunta si no me parece adecuada.

—Por supuesto... si yo obtengo el mismo trato —respondió con una inclinación de la cabeza. Ella asintió y Elliot esbozó una sonrisa; aquello podía ser divertido—. Las damas primero.

La joven meditó un buen rato, eligiendo con cuidado su pregunta. Elliot se sorprendió a sí mismo impacientándose ante la espera, deseando saber qué era lo que ella querría saber sobre él.

—¿Por qué aceptó el ducado? ¿Por la posición? —dijo al fin. Por el tono de su voz, el hombre tuvo la sensación de que le importaba mucho saber la respuesta.

Decidió ser sincero con ella... hasta cierto punto.

—Eso son dos preguntas —respondió, esbozando una sonrisa cuando ella lo fulminó con la mirada—. Mi padre y mi hermano me instaron a hacerlo, yo no quería. No necesitaba más dinero y no quería ser duque... —Cambió de postura en el banco, estirando sus largas piernas. Ella seguía sus movimientos con el rabillo del ojo—, pero me dijeron que éramos la única familia cercana



que le quedaba a Weston y no dejaron de insistir hasta que acepté.

Aquello último no era del todo cierto. En realidad, su familia también esperaba que el cambio de aires lo ayudara a cambiar su mala actitud y consiguiera salir del pozo en el que estaba metido hasta el cuello. Tampoco tenía por qué contarle que se había encontrado a sí mismo sintiéndose aliviado por abandonar Londres, aunque los fantasmas siempre lo acompañasen a donde fuera.

Eso era abrirse demasiado, y no estaba por la labor.

La señorita Price consideró sus palabras en silencio. Se mordió el labio inconscientemente y Elliot apartó los ojos de ella para no seguir mirando hipnotizado aquel gesto tan inocente y a la vez tan atrayente.

—Así que supongo que solo soy una molestia para usted —dijo entonces, interrumpiendo sus caóticos pensamientos. No había lástima en su voz, ni buscaba compasión, solo una sencilla afirmación.

—Eso no es una pregunta y, además, es mi turno —respondió él con ligereza. Ella claudicó, no muy convencida. Observó que se tensaba a la espera de su cuestión—. ¿Por qué está en el invernadero a estas horas?

—Me gusta estar aquí —respondió con rapidez, más relajada—. Todo está en silencio y nadie me molesta. Agradezco la soledad que me procura este sitio.

—Se giró hacia él, sin perder tiempo—. Soy un estorbo para usted, ¿sí o no?

Elliot sonrió, a su pesar, ante aquella pequeña guerrera que no dejaba pasar nada.

—No —respondió con naturalidad.

En su mirada vio que no le creía. En realidad, no era mentira, aunque aquella mañana hubiese pensado justo lo contrario. Ella había sido la única razón por la que no se había marchado a Londres en el primer medio de transporte que hubiese encontrado. Era la razón por la que seguía en aquel invernadero, sentado en un banco incómodo. Era la que había conseguido revolver su interior, que creía muerto.

Sin embargo, no cambiaría sus planes respecto a su futuro. La casaría con alguien que pudiera mantenerla y cuidarla. Él no era la persona adecuada para ello, porque lo que necesitaba era un marido. Había días en los que ni siquiera se soportaba a sí mismo. Pero calló, no creía que a ella le gustara saber aquello.

—¿Qué estaba haciendo en aquel árbol? —le preguntó él entonces.

Puede que fueran imaginaciones suyas, pero creyó verla ruborizarse. No había suficiente luz para saberlo seguro, pero lo intuyó por el modo que tuvo de

bajar la vista hasta su regazo. El gesto le resultó encantador, deseando tocar sus mejillas encendidas. ¿Qué diablos le ocurría?

—Devolver un pájaro a su nido —le respondió al fin, algo vacilante—. Se había caído del árbol y no podía volar, así que trepé para llevarlo de vuelta a su rama. Debe pensar que soy una salvaje.

No esperaba aquella respuesta. En ningún momento había pensado que podía ser algo como aquello. La miró desde un nuevo prisma, la muchacha amante de los animales. Mirando lo contento que parecía aquel perro, todavía en el regazo de su ama mirándole con la corbata en la boca, no ponía en duda la veracidad de su historia. Aquella nueva faceta de la señorita Price le gustó más de lo que debería.

—En absoluto —respondió con total sinceridad.

—¿Tiene segundo nombre? —preguntó ella sin darle tiempo a decir nada más. Parecía estar deseando zanjar el tema del pájaro.

—No tengo —respondió él, algo extrañado por la pregunta. ¿Qué importaba su segundo nombre? Ante la mirada interrogante de la muchacha, sonrió—. ¿Cuál es el suyo?

La vio fruncir el ceño, visiblemente molesta por el camino que había tomado aquel interrogatorio.

—Siguiente pregunta.

—¿De verdad? —dijo arqueando las cejas, sorprendido ante su contundente negativa. Ahora sentía curiosidad por saber la respuesta—. Pero si es de las fáciles. Ahora siento mucha curiosidad, dígame cuál es —la animó con voz persuasiva.

Ella lo observó exasperada, diciéndole con la mirada que no insistiera en aquello. Pero Elliot también era de los que no dejaba pasar nada y la vehemente postura de la señorita Price lo había dejado en ascuas. Devolviéndole la mirada con idéntica firmeza, esperó a que la joven claudicara.

—Cassandra Ellen Price —respondió con mucha reticencia tras un largo silencio, casi como si estuvieran preguntándole cuál era el color de sus enaguas—. Ríase si quiere. Es horrible.

Él frunció el ceño sin entender a qué venía tanto alboroto.

—No veo dónde está la gracia. La bautizaron con los nombres ingleses de dos princesas de Troya —respondió él, provocando que ella lo mirara sorprendida. Elliot se encogió de hombros, restándole importancia—. Me gusta la mitología.

—A mí madre también le gustaba, por lo que sé —replicó ella, resoplando molesta—. Y una provocó una guerra y a la otra la maldijo un dios. Vaya cosa.

Elliot no pudo contenerse y soltó una carcajada, provocando que la joven lo fulminara con la mirada, visiblemente irritada.

—Disculpe, es que me resulta graciosa su indignación —se excusó él levantando las manos, interrumpiéndola antes de que hablara para insultarle o algo por el estilo—. Mírelo de este modo. Ellen fue la princesa más hermosa que tuvo Troya y Cassandra trató de salvar la ciudad, profetisa como era, a pesar de que nadie la creía. Creo que es una combinación nada desdeñable: belleza y valentía.

Cassie sopesó sus palabras durante unos segundos, mirándolo con una expresión extraña en el rostro y, finalmente, esbozó una sonrisa, mostrando su conformidad ante aquel argumento. No una reticente o amarga, una sonrisa de verdad, de las que iluminan el rostro y calientan el alma. Y Elliot deseó que sonriera siempre así.

Que le sonriera a él.

La imaginó en la cama, vestida solo con aquella sonrisa, y la piel sonrosada por el placer que él le procuraría. Sintió un tirón bajo los pantalones. Sacudió la cabeza para eliminar aquella imagen de su mente. Agradeció la parcial oscuridad que le otorgaba la luna y se removió inquieto en el asiento, procurando que Cassie no notara su creciente incomodidad.

—Supongo que tiene razón —dijo algo más contenta, mientras él intentaba controlar el rumbo de sus pensamientos, que estaban descarrilando con rapidez. Ella lo miró con una sonrisa traviesa en el rostro—. A veces, puede ser usted bastante agradable —murmuró, fingiendo sorpresa ante aquel increíble descubrimiento.

Elliot le dedicó una sonrisa ladeada.

—Solo a veces, no se acostumbre —respondió en tono conspiratorio, como si estuviera contándole un secreto de suma importancia—. Ya he tocado fondo, me es difícil ser agradable.

La muchacha sonrió, levantándose con Winter en brazos, dispuesta a marcharse ya. Él se levantó también, fiel al protocolo. Con la mirada serena, lo observó con detalle, dando la impresión de que podía traspasar su cuerpo hasta llegar a su alma. Quiso que dejara de mirarlo así, pero cuando lo hizo, se sintió vacío.

—Mírelo de este modo —intervino ella, ya en la entrada del invernadero,

devolviéndole sus anteriores palabras—. Tal y como yo lo veo, si ha tocado fondo ya no puede bajar más. Solo le queda subir.

Dicho esto, se marchó con paso rápido en dirección a la casa, una sombra pelirroja en la oscuridad de la noche. Elliot, tras quedarse mirándola unos segundos, sonrió con reticencia antes de seguir sus pasos.

Le gustaba aquella mujer.

Y aquello podría resultar su perdición.

## Capítulo 4

Una semana después, todos los habitantes de la casa seguían acostumbrándose a la nueva rutina. El desayuno vino acompañado de un enorme montón de sobres, que la señora Clark trajo con ella antes de tomar asiento junto a su alumna, en un lateral de la mesa. La mujer no había querido sentarse con los nuevos señores, pero Cassie había insistido, alegando que porque ya no estuviera su padre no iban a cambiar sus costumbres. Los hermanos tampoco pusieron inconveniente, así que no hubo más que discutir, aunque el ambiente entre ellos no era demasiado distendido todavía. Ni parecía que aquello fuera a cambiar de un día para otro.

Elliot miró la correspondencia con el ceño fruncido y una mueca aprensión, como si los sobres fueran una tarántula venenosa, grande y peluda, que fuera a trepar por su pecho de un momento a otro y avanzar por su cara.

—¿Todo esto es para mí? —preguntó con evidente disgusto.

—Sí, excelencia —respondió la señora Clark, mientras Cassie se ponía otro terrón de azúcar en el té aprovechando que no podía increparle. A la joven le gustaba demasiado el dulce y no podía evitar comerlo a todas horas—. Invitaciones a diversos actos, sobre todo bailes. La sociedad se ha trasladado al campo y desea conocer al nuevo duque de Weston.

Cassie crispó levemente los dedos alrededor de su taza. La señora Clark sabía por qué actuaba de ese modo. La idea de que otra persona obtuviera el título que siempre había sido de su padre le resultaba difícil de admitir. La institutriz quería ayudarla, pero era algo que tenía que entender sola. Esperaba que las aguas volvieran pronto a su cauce. Aunque con Cassie nunca se sabía qué podía pasar.

Elliot resopló. La señora Clark consideraba al nuevo duque como alguien complicado. Dotado de un notable sarcasmo, era también serio y poco accesible. Aun así, se comportaba justamente con el servicio y con ella misma. De momento, no tenía ninguna queja sobre él, y esperaba que siguiera siendo así. Cassie necesitaba que la ayudaran, aunque la mujer no estaba segura de quién necesitaba más ayuda, si su niña o el nuevo duque, que le daba la sensación de ser alguien muy atormentado.

En cuanto a su hermano, la institutriz veía una persona afable y seria, con una naturaleza competente. No solía hablar mucho y en esos momentos se hallaba

inmerso en la lectura del periódico, aparentemente ajeno a lo que pasaba a su alrededor. Sin embargo, la señora Clark sabía que en realidad estaba pendiente de todo lo que ocurría en la estancia. Eran ambos muy apuestos y ella no entendía cómo podían seguir solteros, pues sin duda serían solicitados por todas las madres con hijas casaderas. Se sorprendió a sí misma observando al marqués más tiempo del que exigía la cortesía.

—No me gustan los bailes —aseguró el duque con desagrado, sacando a la mujer de sus elucubraciones.

—Pero debería ir, es lo correcto —replicó ella intentando no utilizar su mejor tono de autoridad. No creía que al nuevo duque le gustara que le dieran órdenes—. Al menos a un par de ellos, para que la gente lo vea. Muchos de los habituales de las temporadas en Londres tienen residencias en Kent.

El hombre siguió mirando la correspondencia con visible horror en la mirada, como si deseara que de repente les crecieran patas a los sobres y se encaminaran por sí solos hacia la chimenea, convirtiéndose en ceniza.

—La señora Clark tiene razón —intervino lord Lanley sin levantar la vista de la prensa—. Es tu deber como nuevo duque.

Elliot puso los ojos en blanco, guardándose su opinión, y la institutriz se percató con una sonrisa del fuerte lazo que los unía. Le gustó que aquellos hombres estuvieran allí. Quizá pudieran ser los hermanos que su niña nunca tuvo. Había estado casi seis años instruyendo a esa chica y estaba muy orgullosa al ver a la mujer en la que se había convertido. La quería como a una hija y deseaba de corazón que fuera feliz. Ella sabía mejor que nadie que Cassie tenía una naturaleza indomable, pero estaba segura de que encontraría al hombre que complementara su forma de ser y la protegiera de sus locuras.

Miró de reojo a su pupila, que estaba inusualmente callada. Miraba al duque con una extraña expresión en el rostro, como si quisiera decirle algo, pero no acabara de atreverse a hacerlo. Parecía que la relación entre ella y Elliot se había destensado un poco, y ahora se trataban con fría cordialidad. Mejor aquello que lanzarse los platos a la cabeza. La mujer se preguntó qué habría cambiado para que se sucediera aquel cambio. Aunque ahora no era momento de elucubraciones, el deber la llamaba.

—Cassie, hora de la clase —le dijo mientras se levantaba. La chica apuró su taza de té y la siguió sin decir palabra—. Si nos disculpan... —añadió mirando a los dos hombres, que también se habían levantado al verlas marcharse.

Se giró una última vez antes de salir del comedor y vio en la expresión de

Elliot algo que no le gustó, como si el hombre hubiese bajado la guardia. Si le preguntasen, no habría sabido decir qué era, pero la señora Clark pensó que, fuese lo que fuese aquella sombra que cruzó por los ojos del duque, no presagiaba nada bueno.

Sí, quizá él necesitaba más ayuda que la propia Cassie.



Horas después, la institutriz fue a buscar un libro a la biblioteca para la clase del día siguiente. Entró rápidamente, ya que siempre tenía mucho que hacer y nunca el tiempo suficiente. Además de institutriz, la mujer había asumido el papel de ama de llaves a petición del viejo duque, cargo que aceptó con honor. Así pues, los sirvientes solían acudir a ella cuando tenían alguna duda, y le gustaba sentirse útil. Sabía que dentro de poco, Cassie ya no precisaría de sus servicios y le consolaba saber que todavía podría seguir en aquella casa, que había acabado aceptando como un hogar.

Aunque solo tenía veintiocho años, ya era viuda. Su marido fue un soldado que murió en batalla cuando apenas llevaban un año de matrimonio. Ya habían pasado ocho años desde aquello, pero todavía pensaba en él cada día. Ni siquiera había podido quedarse embarazada para tener un precioso hijo de su Phillip. Su familia cuidó de ella, pero la institutriz estaba cansada de no hacer nada más que languidecer poco a poco así que, a los dos años de morir su marido, decidió entrar a trabajar en Weston Manor y así sentir que era de ayuda para alguien. Y lo había conseguido.

Sus padres habían fallecido ya años atrás y ya no le quedaba nadie, solo su vida en aquella casa. Y, aunque se sentía bien estando segura y protegida, sentía un vacío en su pecho de forma permanente, como si le faltase algo.

Cogió el pesado libro y ya se disponía a salir, cuando una voz la frenó, sobresaltándola un poco.

—¿No saluda, señora Clark? —La voz del nuevo duque surcó la estancia. La mujer se giró y vio a su interlocutor cómodamente sentado en una de las butacas, con un libro en el regazo. Ni siquiera se había percatado de su presencia—. Necesito hablar con usted, si tiene un momento.

La mujer asintió y se acercó a él con cautela, quien la invitó a sentarse. La institutriz miró inquisitiva a su interlocutor, que no parecía tener prisa alguna

por decir aquello que tuviera que contarle. Pensando en todas las tareas que aún debía hacer, comenzó a impacientarse. Quizá el duque lo sintió, pues sonrió antes de hablar.

—Disculpe la indiscreción, pero ¿cuál es su nombre de pila?

La señora Clark arqueó las cejas sorprendida por aquella inesperada pregunta.

—Mi nombre es Alice —respondió todavía confusa—. ¿Por qué quiere saberlo?

El hombre se encogió de hombros, como si no tuviera importancia.

—Me gusta saber el nombre de la gente que vive conmigo —dijo sin más—. También quisiera preguntarle por qué alguien tan joven ejerce de institutriz o si es usted viuda, como sospecho, pero prefiero respetar su intimidad —añadió con una atractiva sonrisa que habría hecho suspirar a la mitad de las féminas de Londres.

La joven estuvo tentada de responderle con grosería, pero calló. Algo le decía que Elliot no había querido ser indiscreto, aunque pareciera todo lo contrario. La pena que veía en los ojos del hombre era parecida a la que ella había vivido en su día. O quizá más profunda. Guardó silencio y esperó.

—Ahora que ya nos conocemos mejor, me gustaría saber su opinión sobre un asunto referente a Cassandra —continuó él, sin apenas apercibirse de la reacción de la institutriz.

Si antes estaba sorprendida, ahora la inundaba el asombro. El duque hablaba de Cassie con total confianza y no entendía por qué. ¿Cassie lo habrá dejado llamarla por su nombre? No lo creía. Moría de curiosidad, pero no le preguntó. Sospechaba que ni él mismo se había dado cuenta de su desliz.

—Usted dirá —respondió en cambio.

Elliot la miró durante unos instantes, como evaluándola.

—Quiero casarla cuanto antes —dijo él con total naturalidad, como si en realidad estuvieran conversando sobre las noticias del día—, y me gustaría que me ayudara a elegir un marido adecuado para ella.

Así que era eso lo que el nuevo señor planeaba hacer con Cassie. La señora Clark frunció el ceño, molesta, y pensó muy bien las palabras que iba a decir a continuación.

—¿Piensa obligarla? —preguntó procurando no rezumar hostilidad.

El hombre se encogió de hombros, mostrando indiferencia, como si lo único que se estuvieran jugando fuera un reparto de tierras y no el futuro de una persona. Su pasividad enfureció a Alice.



—No era mi intención, pero si es necesario lo haré —respondió sin un ápice de remordimiento en la voz. ¿Qué le había pasado a aquel hombre para que acabase así? ¿O antes también era así de frío?—. Yo no podré cuidar de ella como quería su padre. Créame, destruyo todo lo que toco.

La institutriz lo miró desconcertada y deseó saber más que nunca qué era aquello tan malo que le ensombrecía el alma, qué era aquello que le hacía pensar que era tan destructivo. No era una manera de pensar demasiado halagüeña. Sin embargo, no podía estar de acuerdo con aquel plan detestable. Los matrimonios de conveniencia eran el pan de cada día en la sociedad, pero no para Cassie. Y mucho menos por las razones equivocadas.

—Lo siento, excelencia, pero no voy a colaborar para que Cassie haga algo en contra de su voluntad —dijo firmemente, levantándose como un resorte. Él hizo lo mismo—. Puede hacer lo que quiera, pero no pienso ayudarle. Despídame si le place —añadió antes de dirigirse a la salida todo lo dignamente que pudo.

—Quizá debería hacerlo —susurró Elliot antes de que la mujer cerrara la puerta a sus espaldas. Le pareció percibir en su voz algo parecido a la diversión. No estaba segura.

Cuando pudo serenarse, pues respiraba entrecortadamente por el enfrentamiento, Alice miró hacia un lado, donde Cassie estaba de pie, con el desconcierto pintado en la cara. Era un mal presagio.

—Lo has oído, ¿verdad? —le preguntó la institutriz.

Ella asintió, reaccionando por fin a su presencia. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza regañarla por escuchar detrás de las puertas. En sus ojos brillaba la furia y la mujer estaba segura de que haría cualquier cosa para impedir que el duque llevara a cabo sus planes. Sin mediar palabra, Cassie dio media vuelta y se encaminó al exterior de la casa como un animal enfurecido.

—No sabe la que le espera —se dijo Alice con un deje de diversión en la voz, pensando en el duque—. En el fondo lo compadezco.



Elliot se dejó caer en la butaca, completamente agotado. Había tenido la esperanza de que Alice Clark lo ayudara a capear el fuerte temporal que era la señorita Price. Pero la institutriz había preferido ser más leal a su discípula

que a él. No se lo reprochaba.

Elliot hubiese hecho lo mismo.

Sin embargo, no tenía más opción que continuar con aquello. Cassandra jamás estaría segura con él, que ni siquiera era realmente capaz de cuidar de sí mismo. Al final, acabaría haciéndole daño, aunque fuera inconscientemente. Y no quería que eso pasara, ella no lo merecía. No quería que la historia volviera a repetirse.

Aunque su familia le hubiera repetido hasta la saciedad que él no tuvo la culpa de lo que pasó hacía casi un año, Elliot no podía evitar sentirse responsable. Él fue la que la convenció para verse aquel día que preferiría olvidar, pero con el que tenía pesadillas casi todas las noches. Él fue el causante de que ella estuviera allí, donde jamás debería haber estado.

Él era el único culpable. Él es el que no debería seguir respirando.

Elliot sabía lo que era tocar la felicidad con los dedos y que esta, de repente, se esfumase como el humo, en apenas segundos. Tenía una cicatriz en la espalda que se lo recordaba cada día, como una burla permanente y profunda. No iba a permitirse hacerle daño a nadie más.

Hacerle daño a Cassandra.

La joven había penetrado en su coraza demasiado rápido, con demasiada eficacia. Había conseguido lo que nadie había logrado en mucho tiempo: que lograra sentir algo que no fuera esa extraña apatía que lo envolvía como un manto desde aquel mísero día. Le gustaba su presencia, y eso lo asustaba demasiado. Así que, cuanto antes la alejara de él, mejor para ella.

Ojalá lo entendiera. Pero Elliot sabía que no se lo pondría fácil. Estaba totalmente seguro de ello.

Bien, él tampoco iba a rendirse sin luchar.

## Capítulo 5

Odiaba los bailes. Le parecían únicamente una forma para lograr que la estirada aristocracia inglesa se exhibiera ante los demás como si de un circo se tratase. Aunque en estos bailes las normas no eran tan estrictas como en la capital, la joven veía el luminoso y reluciente salón como un campo de minas en el que un paso en falso podía hacerte volar por los aires ante los ojos de la sociedad, tan fría e implacable con quienes se salían, aunque fuese solo un poco, de la línea marcada.

Ella lo había intentado, de veras que sí. Cuando su padre vivía, se había esforzado en aprender las numerosas reglas de etiqueta y protocolo que estaban vigentes entre la aristocracia. Aunque no debutó, sí había asistido a algunos bailes fuera de Londres. Intentaba encajar en ellos con todas sus fuerzas, pero era inútil. Por mucho que se portara como la perfecta dama inglesa, siempre sería la plebeya que había tenido la suerte de ser la protegida de un duque. Y ahora que el duque en cuestión ya no estaba, ni siquiera estaba segura de que los nobles se guardasen las murmuraciones para sí mismos.

Pero nada de aquello importaba. Ya no le importaba nada. Antes lo hacía por su padre, por lograr que se sintiera orgulloso de ella. Pero Cassie no estaba hecha para seguir la etiqueta, simplemente todo le salía mal sin ni siquiera intentarlo. Era una de sus habilidades innatas: ser torpe.

Sin embargo, lo último que deseaba era que los demás notaran su inquietud. Eso solo les daría pie a atacarla con más ahínco. Así pues, la muchacha entró con la cabeza bien alta en el baile que organizaban los condes de Durmont y saludó con cortesía a la pareja de anfitriones, que recibieron con muchísimo más entusiasmo a los dos hombres que la acompañaban en la velada.

Cada vez que Cassie miraba a Elliot, recordaba la conversación que había escuchado a hurtadillas en la biblioteca, y le hervía la sangre. No había sido su intención espiar, pero se había detenido ante la puerta entornada al escuchar su nombre. Sus peores temores se habían confirmado: iban a casarla a la fuerza. Y ella no tendría nada que opinar al respecto.

Eso nunca. No pensaba permitirlo.

Se alisó las faldas del vestido color malva, que se había puesto para la ocasión. Ella no era pariente directo del fallecido duque, así que no tenía por qué mantener el luto riguroso, además de que sabía que a su padre nunca le

había gustado que usase vestidos negros. Si querían criticarla, que lo hicieran con una razón. Su acompañante, la señora Clark, se acercó a ella en ese momento con una sonrisa.

—Estás preciosa —le dijo y Cassie sonrió—. Vas a estar muy solicitada.

—Gracias, pero no lo creo —le respondió Cassie con una sonrisa resignada—. Un año más y seré una florero; tampoco es que me importe.

Antes de que la institutriz pudiera replicar, un caballero se acercó a la joven pelirroja para pedirle bailar. Un cazadotes, pensó Cassie mirando al barón con el ceño fruncido. Sin duda, el contenido del testamento de su padre ya había pasado de boca en boca por todo el condado y parte de Londres, el cotilleo ardiendo como la pólvora. Se planteó negarse, aunque eso sería de todo menos decoroso, cuando vio por el rabillo del ojo que Elliot los observaba con fijeza, sin duda evaluando si aquel hombre podría ser quien se quedara con su carga. Con ella.

Enfadada, ofreció una deslumbrante sonrisa al barón y aceptó su invitación con fingido entusiasmo. Ella se iba a encargar de que no volviera a pedirle bailar de nuevo, pensó, mientras las primeras notas del vals comenzaban a sonar.



Elliot intentaba averiguar por qué estaba furioso. Debería sentirse satisfecho de que Cassandra tuviera pretendientes con los que bailar. Entonces, ¿por qué deseaba estrangular a ese tipo? Tratando de refrenar esos pensamientos irracionales, echó un vistazo a la amplia estancia. El salón estaba muy concurrido y el hombre sentía más miradas sobre él de las que deseaba. Era la nueva atracción de feria y no le hacía ninguna gracia.

En Londres era popular por ser el segundo hijo de un duque, pero ahora acababa de adquirir un título y eso lo convertía en un partido mil veces mejor. Contuvo una maldición.

Volvió a fijarse en la pista de baile, donde muchas parejas giraban al compás de la música. Ella sonreía a su acompañante, hablando con él animadamente. Quizá demasiado. Su cabello brillaba como el fuego bajo la luz de las velas.

Estaba preciosa y, si él fuera quien estuviera bailando con ella, a quien le sonriera así, no pondría esa cara de idiota como la que llevaba aquel tipo

pintada en el rostro. Él la llevaría a un rincón oscuro y la besaría hasta que no pudiera recordar ni su nombre.

¿Qué le estaba pasando? Sacudió la cabeza, desconcertado. Desde hacía unos días, no podía eliminarla de su mente, por mucho que lo intentara. La noche anterior, incluso, había soñado con ella, despertándose bañado en sudor y con la tela de los pantalones tirante, tras haberla desnudado y tumbado en la cama. Su mente estaba jugándole una mala pasada. Hacía mucho que no soñaba algo que no fueran las pesadillas de siempre y, lejos de aliviarlo, lo llenaba de angustia.

Cerró los ojos unos segundos antes de volver a posarlos en ella, que se perdía bailando entre las numerosas parejas que llenaban la pista. Era inútil negarlo, la deseaba. Cada vez que la veía por la casa, quería volver a acariciar su piel. Pero no podía hacerlo, no debía hacerlo. Ella no merecía aquello. Debía alejarla de él lo antes posible.

Pero tampoco quería dejarla en manos de cualquiera.

—¿Qué le parece ese hombre? —preguntó acercándose a Alice Clark, que lo miró frunciendo el ceño. La mujer no parecía haberle perdonado por su última conversación—. ¿Es de fiar?

La mujer arqueó una ceja, apoyándose en la pared, sin quitarle la vista de encima a su alumna, como una acompañante eficiente. Buscó a su hermano con la mirada, que había desaparecido entre la multitud en apenas segundos, pero no consiguió verlo entre tantos invitados.

—Solo pienso responderle porque me ha preguntado qué me parece y no quién es —respondió ella con calma.

—¿Tanta diferencia hay? —preguntó arqueando las cejas.

—La hay. Con ello me indica que al menos se preocupa algo por ella. —Antes de que pudiera replicar aquello, o al menos debatirlo, Alice continuó—: Es lord Husman. Un cazadotes nada sutil.

Elliot frunció el ceño. Evidentemente no era de fiar.

—¿Y la deja bailar con él?

—No tengo por qué prohibirle nada, ella es suficientemente adulta como para tomar sus propias decisiones —aseguró ella con tal convencimiento que Elliot no quiso discutir—. Mi deber es vigilarla, no ser su carcelera. Eso solo conseguiría que se empeñara en hacerlo todavía con más ahínco.

Elliot estuvo de acuerdo. Había tenido ya el placer de comprobar por sí mismo la cabezonería de Cassandra. Volvió a mirar hacia la pista de baile, donde la música acababa de finalizar. Miró a la joven hacerle una reverencia

al barón, que correspondió al gesto con torpeza y huyó rápidamente de la pista, como si hubiese tenido una visión horrible. Algo no había ido bien. Intentó no alegrarse demasiado por ello.

La muchacha en cambio, mostraba una expresión serena y satisfecha en el rostro, como la que esboza alguien que siente que ha hecho un buen trabajo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó la institutriz cuando Cassandra llegó hasta donde estaban ellos. Ella también se había dado cuenta de la extraña actitud de ambos bailarines—. Parece que ese hombre haya visto al mismísimo diablo.

Ella hizo ademán con la mano, restándole importancia.

—Oh, no. Tan solo le he hablado al barón sobre lo mucho que me gusta dormir subida a un árbol —dijo de forma natural, como si se limitara a afirmar que el cielo es azul.

Elliot y Alice intercambiaron una mirada de asombro.

—Tú no duermes en los árboles, Cassie —replicó la institutriz con el ceño fruncido, mirándola como si se hubiese vuelto loca de atar.

La muchacha mostró su sonrisa más inocente, esa que esbozan los niños cuando quieren pedir una galleta más de postre. Una expresión angelical en el rostro que no engañaba a nadie.

—Pero eso él no lo sabe —dijo simplemente.

—Lo ha espantado —intervino Elliot, comprendiendo la jugada de la joven. Estaba a punto de perder los nervios, e intentó respirar hondo para contener su temperamento.

Ella se giró hacia él con otra sonrisa, más tirante que la anterior. Sin embargo, sus ojos eran fríos cuando lo miraron con indiferencia.

—Premio para el caballero.

Ambos se observaron durante un momento, como verdaderos contendientes, evaluándose con enfado y frialdad. Estaba furioso con ella por no ponerle las cosas fáciles y estaba furioso consigo mismo, porque sabía que era él quien había provocado aquella situación. Mientras, la señora Clark reprendía a Cassandra por su comportamiento a la vez que rezaba porque el tema no trascendiera y su pupila no se convirtiera en la comidilla del baile y de toda la sociedad.

Elliot imaginaba que no le importaba lo más mínimo qué dijese de ella.

—¿Cómo se te ocurre?! —exclamó, pasando a tutearla sin darse cuenta. Vio que algunas personas se giraban a mirarlos con expresión curiosa y bajó la voz. Lo último que necesitaban era crear un escándalo—. No puedes ir por ahí destrozando tu reputación.

Cassandra endureció el gesto, fulminándolo con la mirada de tal forma que parecía que deseaba partirlo por la mitad con una espada y después quemar sus restos en la hoguera. Pero a su vez también vio algo más, oculta tras toda aquella furia.

Soledad. Tristeza.

Aquello lo dejó más noqueado que cualquier otra cosa.

—Me da exactamente igual mi reputación, y a usted también —le espetó ella enfadada, cruzándose de brazos—. En realidad, lo único que le importa es que no me devalúe ante los posibles hombres que lo libren de la carga de tenerme en su casa.

Las dos últimas palabras estaban cargadas de ironía, dándole a entender que no lo consideraba más que un intruso. Sus palabras, hirientes, transmitían el dolor y la humillación que sentía. Él se sintió culpable por ella, pero no reculó en su decisión. En realidad, no entendía por qué no quería casarse. ¿No era eso lo que querían todas las muchachas solteras? ¿Por qué Cassandra Price iba a contracorriente del resto del mundo?

De repente, se sintió muy cansado de todo aquello. En otra situación, le hubiese respondido algo a la altura de su provocación, pero en aquel momento no se sentía con ganas de lidiar con ella.

Había tenido suficiente por esa noche.

—Señora Clark, llévela de vuelta a Weston Manor —le dijo a la institutriz, que asintió sin protestar—. Mi hermano y yo iremos más tarde, mande el carruaje de vuelta cuando hayan llegado.

Vio cómo la joven pelirroja abría la boca para replicar, pero Alice decidió interceder y se la llevó de allí con firmeza, pero sin provocar las miradas de ningún invitado. Agradecía al cielo lo que fuera que había hecho que la mujer se hiciera cargo de la situación. Era demasiado pronto para marcharse, pero no importaba que esa noche rompieran una regla de protocolo más.

Echó un nuevo vistazo por el salón y por fin localizó a James. Respiró hondo para tranquilizarse y se dirigió hacia la terraza, hacia donde un momento antes había visto salir a su hermano. Por el camino, tuvo que pararse a hablar con muchas personas que querían conocer al nuevo duque y necesitó que hacer gala de todo su autocontrol para no mandarlos a todos al diablo.

Su hermano lo saludó con una sonrisa, y enseguida frunció el ceño al ver su expresión sombría. Sin duda, James era una de las pocas personas que conocía bien a Elliot y sabía de qué humor estaba en cada momento. Y, sobre todo, cómo capear el temporal.

—¿Qué te pasa?

—La señorita Price no quiere casarse —se limitó a decir, resoplando.

James arqueó las cejas y rio con ganas, irritando más a su hermano, si aquello era posible.

—¿Y qué esperabas? ¿Que te hiciera una reverencia y aceptara sin más? —replicó el hombre con ironía—. Si te has molestado en conocerla un poco desde que estamos aquí, deberías haberte dado cuenta ya de que jamás funcionaría.

—¿A qué te refieres? ¡Todas las mujeres quieren casarse! —exclamó Elliot, frustrado consigo mismo y con aquella exasperante mujer.

Su hermano negó con la cabeza lentamente, como si lo diese por perdido.

—Muchas sí, pero ella no es como las demás, y no le gusta que venga un desconocido a dirigir su vida. Tiene demasiado carácter para eso y el viejo duque no intentó cortarle las alas —explicó como si entendiese a la perfección la mente de Cassandra, hecho que molestaba a Elliot por alguna razón que no acertaba a comprender—. Va a intentar impedirlo como sea.

El duque gruñó enfadado, dándole la razón a James, que amplió su sonrisa socarrona. Como si no se lo hubiese dejado claro ya con su pequeño acto de rebeldía.

—No me importa.

—Pues debería —le advirtió su hermano, señalándole con un dedo—. Quizá hayas encontrado por fin la horma de tu zapato.

—Quizá deberías casarte tú con ella —replicó Elliot mirándole de reojo para ver su reacción.

James rio de nuevo con ganas.

—De eso nada. Estoy pasándolo demasiado bien como para ponértelo tan fácil, hermanito —dijo bromeando—. Además, ya sabes que no pienso casarme con la primera mujer que vea, si no con la que yo desee. Y que me quiera a mí, claro.

—No entiendo cómo es posible que seamos hermanos, señor romántico —bufó Elliot, poniendo los ojos en blanco.

Antes de que James pudiese responder, un tercer hombre se unió a ellos sin que ninguno de los dos se percatara de su repentina presencia. Elliot sintió cómo se le contraía el estómago al ver a John Howard, conde de Rutland, saludándolos con efusividad. Más de la que esperaba.

—¡James! ¡Elliot! —exclamó, estrechándoles la mano con firmeza—. Cuando escuché quién era el nuevo duque de Weston, no podía creerlo.



—Yo tampoco —respondió el aludido, sonriendo con cortesía. No es que no le gustara Rutland, pero se sentía incómodo en su presencia—. ¿Cómo se encuentra?

Observó al conde, que sonreía con alegría. Debía de tener unos cincuenta años, y era alto y bien formado. El pelo negro comenzaba a encanecerse por las sienes, y sus ojos oscuros estaban opacos, velados por la pérdida de su único hijo. La culpa afloró en el interior de Elliot de nuevo. Se sentía culpable por demasiadas cosas, era un desastre como persona.

“Si ha tocado fondo solo le queda subir”.

Entrecerró los ojos al recordar las palabras de Cassandra y reprimió el impulso de gritar.

¿Y si no sabía cómo subir?

—Bien, me instalé en Kent permanentemente hace casi dos años —respondió el viejo conde con naturalidad—. Londres me trae demasiados recuerdos de Leo y no he vuelto desde... aquello.

Elliot entendía lo que quería decir, a él le sucedía lo mismo. Cada vez que salía de su casa en Londres recordaba todas las veces que había paseado por sus calles en compañía de ella.

Y ahora Leo también volvía a su vida gracias a su padre. Había sido su mejor amigo desde que eran niños, se lo confiaban todo. O eso creía él. Sus últimos meses de vida comenzó a comportarse de forma extraña con él y a rehuirle. Elliot intentó hablar varias veces con Leo, pero se negaba a contarle qué le pasaba. Un día lo avisaron de que lo habían encontrado muerto en el sótano de su propiedad, en Rutland House. Se había ahorcado. Nunca supo qué era aquello que tanto lo martirizaba.

Desde entonces, se preguntaba si podría haberlo impedido de alguna forma.

Antes de que pudiera decir algo más, como disculparse inútilmente, John Howard estaba hablando de nuevo, mirándolo con fijeza. Trató de concentrarse en sus palabras.

—Siento lo que te pasó Elliot, no pude decírtelo en su día. —El duque se puso rígido, deseando que Rutland no hubiese sacado el tema. Algo extraño brilló en los fríos ojos del conde—. Fue verdadera mala suerte que aquella serpiente se cruzara en el camino.

Elliot lo miró sin decir nada, manteniendo una expresión neutral. Rutland fue llamado por un grupo de hombres, que querían jugar a las cartas, y se marchó tras despedirse de los dos y ofrecerles su ayuda si la necesitaban. Pero el duque no escuchó casi nada de sus palabras de cortesía, porque su mente

estaba trabajando a mil por hora. Miró a su hermano, que tenía el ceño fruncido, claramente pensando lo mismo que él.

—¿Has oído eso? —preguntó James—. Nunca se dijo lo de la serpiente. Nadie lo conocía.

—Lo sé —respondió Elliot con el ceño fruncido—. Entonces, ¿cómo lo sabe? Apretó los puños para evitar que temblaran las manos. ¿Qué estaba pasando? James lo miró y le puso una mano en el hombro, con gesto tranquilizador. Elliot se contuvo para no apartarlo bruscamente. Su hermano no tenía la culpa que de repente quisiera romper cualquier cosa que se pusiera a su alcance.

—Voy a investigar —le aseguró con la determinación pintada en sus ojos—. Averiguaré por qué Rutland ha dicho eso.

Elliot asintió sin decir palabra y acto seguido se dirigió a la salida sin despedirse de nadie. No estaba de humor para ceremonias.

Ya había recibido suficientes visitas del pasado por una noche.

## Capítulo 6

Alice se frotó el dolorido cuello, cansada. Había dejado a Cassie durmiendo, tras escucharla con paciencia una hora entera echando pestes del duque. Al final, la institutriz había conseguido que se calmara y que se acostara, pues necesitaba dormir con urgencia. Pero, ahora, era ella quien se había desvelado y sabía que no lograría conciliar el sueño fácilmente.

Decidió ir a su lugar favorito de aquella casa: la biblioteca. Fue lo primero que le enseñó el viejo duque cuando comenzó a trabajar allí y también la estancia que la enamoró completamente. Estar rodeada de aquellos tesoros de papel siempre la tranquilizaba, y así quizá lograría dormir al menos unas pocas horas.

Pensó en Cassie y Elliot. Sabía que el duque no dejaría las cosas como estaban y que la recriminaría por su rebelde comportamiento. Alice no podía dejar de entender a la joven, pero no creía que aquella estrategia fuera lo más sensato. Entre la aristocracia lo más importante era la reputación. Si la manchabas, estabas socialmente muerto. Y ella no quería eso para Cassie, aunque la propia interesada quisiera arrojar todo por la borda sin ningún miramiento. Ya era suficientemente difícil para ella sin tener que propiciar su caída social.

Pero, ¿cómo hacérselo ver? Alice sabía mejor que nadie que cuando Cassie quería ser terca, nada ni nadie la hacía cambiar de opinión. Y se había propuesto molestar a Elliot todo lo que pudiera y más.

Cuando por fin entró en la biblioteca, suspiró de alivio. La fragancia de los libros, su olor favorito, inundaba la estancia con suavidad. Allí se sentía en paz con el mundo y con ella misma. Se acercó a un estante, donde había varios libros que ya había leído. Le apetecía releer algo que la transportara con facilidad a otro mundo. Antes de que pudiese elegir algún volumen, una voz recorrió la estancia.

—Buenas noches, señora Clark.

Alice pegó un salto, sobresaltada, y se giró hacia el origen de la voz. James la miraba fijamente mientras se acercaba a ella a paso lento. ¿De dónde había salido? Frunció el ceño.

—¡Maldita sea! ¿Qué pasa con usted y su hermano? ¿Tienen como afición aparecer por sorpresa para matar a la gente de un ataque al corazón? —

exclamó enfadada, olvidándose de los modales. A la próxima ocasión que entrase en la biblioteca, pensaba revisarla de arriba abajo antes de hacer nada más.

El hombre, por su parte, soltó una carcajada mientras la observaba con evidente interés. Alice pensó fugazmente que nunca la había mirado de ese modo hasta esa noche. La luz de las velas marcaba sus hermosas facciones, dándole un aspecto misterioso. Iba todavía vestido con el traje que había llevado al baile y Alice se encontró admirando lo bien que le sentaban las ropas a su esbelto cuerpo, hecho que ni se le había pasado por la cabeza registrar horas antes. Tampoco sabía por qué lo hacía ahora. Cuando sus ojos se encontraron, la mujer sintió una sacudida en el estómago, que nada tenía que ver con su cansancio.

—Estaba allí mismo —dijo él rompiendo el silencio y devolviendo a la institutriz a la realidad mientras señalaba a sus espaldas la ventana del otro lado de la estancia, donde una vela iluminaba aquel rincón—. Me sorprende que no me haya visto, aunque parecía distraída.

Ella se preguntaba lo mismo, porque el futuro duque no era alguien que pasase desapercibido. Miró una vez más su imponente figura y después carraspeó, decidida a responderle. Quería hablarle de sus preocupaciones, pero no lo vio oportuno.

—No podía dormir —susurró en cambio. Una verdad a medias.

James la miró con curiosidad, sus ojos reflejando la tenue luz.

—Yo tampoco, qué coincidencia —respondió él con una sonrisa deslumbrante—. Tengo demasiadas cosas en la cabeza. Si quiere nos hacemos compañía mutuamente.

Aquello no estaba bien, se dijo. Sin embargo, no fue capaz de decirle que no a aquella expresión amable, y finalmente se sentó en una de las butacas. Él tomó asiento también frente a ella, sin ningún amago de acercarse demasiado, hecho que Alice le agradeció. Ambos se miraron largo rato, hasta que la joven institutriz deseó que él dijera algo, cualquier cosa, para dejar de sentirse tan nerviosa. Tan expuesta.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí trabajando? —preguntó él, para inmenso alivio de ella. Aquella pregunta era terreno seguro.

—Casi seis años —respondió, intentando no retorcerse las manos sobre el regazo.

¿Por qué estaba tan alterada? No era la primera vez que se encontraba a solas con un hombre. Sin embargo, ninguno la había mirado así, como si quisiera

conocer todos sus secretos.

Sacudió la cabeza. Ninguno no. Solo uno.

Hasta ahora.

—¿Y su marido? —preguntó con la curiosidad patente en la voz. Al ver la expresión sombría de la mujer, se apresuró a disculparse—. Siento la indiscreción. No debería haber...

—Falleció —lo cortó Alice rápidamente. No sabía por qué le estaba contando aquello. Él guardó silencio, la pregunta bailando en sus ojos—, al poco tiempo de casarnos. Han pasado ocho años.

—Lo siento —dijo con sinceridad, mirándola con una expresión que no supo interpretar. Ella asintió con la cabeza, no quería la compasión de nadie.

—No se preocupe, estoy bien. —Sonrió para demostrarlo—. Ya no duele, al menos no tanto.

James le devolvió la sonrisa. Alice se obligó a mantenerse firme, luchando por no dejarse arrastrar por esa mirada color avellana, que la estaba comenzando a hipnotizar. Se obligó a concentrarse.

—Es una mujer muy fuerte —afirmó él con la admiración patente en la voz—. Mi hermano debería aprender algo de usted.

Las sospechas de Alice se confirmaron. Aquello que consumía a Elliot era más grave de lo que él quería dejar entrever. Había perdido a alguien muy importante para él y no era capaz de superarlo. Asintió inconscientemente, para sí misma, y James sonrió complacido.

—Veo que lo ha notado. —No era una pregunta.

—Sí, las señales son visibles si sabes cómo buscarlas —respondió ella con firmeza, pasándose un mechón del rubio cabello por detrás de la oreja—. Y el duque lo lleva prácticamente escrito en la frente.

—Estoy de acuerdo con usted, aunque jamás se me ocurriría contradecir a una dama —aseguró. Ella frunció el ceño y él rio entre dientes—. Ojalá entre todos podamos ayudarlo a recuperarse. Porque realmente me preocupa.

Alice negó con la cabeza. Recordó con pesar el primer año tras la muerte de su marido. Levantarse sin que él estuviera a su lado era una tortura continua. Seguir con su vida era demasiado duro y solo quería estar tumbada en la cama y llorar sin que nadie la molestara. Su familia intentaba ayudarla, pero ella no dejaba que traspasaran la burbuja que se había autoimpuesto. Su tristeza era inmensa y había llegado a pensar que jamás dejaría de doler. Pero, un día sin más, se levantó con la certeza de que no podía seguir así. Por ella y por su marido, que no hubiese querido verla derrotada.

—Es él quien debe salir del pozo en el que está hundido —le respondió seria—. Se lo digo por propia experiencia.

James asintió, como dándole la razón.

—Sin embargo, no creo que esté de más un empujón. —Le guiñó un ojo con descaro y Alice sintió cómo se le aceleraba el pulso.

—Supongo que no —coincidió, levantándose como un resorte y acercándose a la primera estantería que vio. Cualquiera cosa con tal de dejar de mirarlo. Sentía sus ojos atravesándole la espalda—. Voy a ver si encuentro algo para leer.

Incluso ella notó los nervios en su voz. ¿Qué le pasaba? Se estaba comportando como una muchacha que acababa de debutar y quería golpearse por ello.

Se giró con rapidez para dirigirse a otro estante y se tropezó con un muro sólido, que resultó ser el pecho de James. Tragó saliva con rapidez antes de levantar la vista. Él la estaba mirando con intensidad, mientras la sostenía entre sus brazos con fuerza para que no perdiese el equilibrio. Ninguno de los dos llevaba guantes, y su cálido contacto la estremeció de pies a cabeza a través de la tela del vestido. Debía apartarse, lo sabía, pero no podía moverse.

—Señora Clark... —comenzó.

—Alice —lo corrigió ella, sin saber por qué. Ni siquiera se había parado a pensarlo.

Él la miró sorprendido, pero sonrió con dulzura. Era demasiado familiar, demasiado indecoroso. Cada parte de su cuerpo estaba en contacto con el de él, dejándola sin aliento.

—Alice —comenzó él de nuevo mientras la mente de ella giraba como un torbellino. Paladeó su nombre con dulzura y ella adoró cómo sonaba en su boca—. Supongo que no está bien que haga esto, pero ahora mismo me es imposible pensar en lo que es correcto o no.

Inclinó la cabeza hacia ella y Alice comprendió sus intenciones demasiado tarde.

Quería besarla.

Pero lo peor de todo era que ella quería que lo hiciera. Cada poro de su cuerpo clamaba por juntar sus labios con los de él. Se dio cuenta de que llevaba deseándolo desde el momento en el que lo había visto en la biblioteca, con la tenue luz de las velas iluminando sus atractivos rasgos.

Aquella certeza la asustó.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, puso las manos en el pecho de él y se apartó, creando distancia entre ellos. James la miró asombrado y algo dolido por el rechazo. Pero ella no podía permitirse sentirse culpable en ese momento.

—No puedo. Lo siento, milord —susurró con voz débil, usando aquel título para imponer más distancia entre ellos. Él era un marqués que se convertiría en duque y ella una simple institutriz.

Si él insistía, no se creía capaz de volver a impedirselo, pero si algo tenía claro es que no quería ser la distracción de nadie. Podía buscarse a otra que satisficiera sus necesidades.

Sin esperar respuesta, se dirigió con rapidez a la salida, rumbo a su habitación. La expresión de James la acompañó durante todo el camino.

Ahora sí que no iba a poder dormir.



James mantuvo la vista fija durante unos segundos en la puerta que acababa de cerrarse tras Alice Clark. Había estado a punto de besarla, sin poder evitarlo, como si una fuerza exterior lo hubiese poseído y no quisiera descansar hasta haber probado su boca. Pero no era así; solo era él siendo un imbécil.

Volvió a mirar por la ventana, hacia el tranquilo y silencioso jardín apenas iluminado por la menguante luna, analizando los últimos minutos. La había asustado con su actitud, haciendo que huyera despavorida de él. Quiso que se lo tragara la tierra. ¿En qué estaba pensando? La respuesta era fácil: en nada. No pensaba absolutamente en nada más que en la placentera sensación de tenerla pegada a su cuerpo. En el deseo de responderse a la pregunta que rondaba por su cabeza desde que ella lo había mirado a los ojos. Si sus labios serían tan tentadores como parecían.

Recordó la fortaleza en sus enormes ojos verdes cuando hablaba de su marido fallecido, sin esperar compasión ni lástima. En el rubio cabello recogido en un moño que le hubiese gustado liberar y acariciar lentamente la cabellera suelta. Quería quitarle ese horrible vestido que tan poco la favorecía y descubrir cada una de sus curvas.

No sabía por qué de repente lo había invadido aquel fuerte deseo. Antes de aquello no la había mirado dos veces. Simplemente era la institutriz de Cassie,

alguien eficiente y de gran utilidad para todos. No obstante, al hablar con ella había visto algo más, había visto a la mujer que se escondía tras aquellas capas de estricto protocolo.

Y le gustaba mucho su nuevo descubrimiento. Quería seguir indagando hasta averiguar cada uno de sus secretos. Desenvolverla como un niño que abre con ilusión sus regalos de Navidad.

Pero no era lo correcto. Ella había hecho bien parándole los pies. Él volvería a Londres para dedicarse a sus futuras propiedades como heredero del ducado de Lennox y no podía satisfacer su deseo para acto seguido marcharse. Esa fuerte mujer no lo merecía.

Se apartaría de ella, tal y como había hecho desde que se habían conocido. Todavía no podía volver a la capital, porque debía ayudar a Elliot en todo lo que pudiese, pero mientras estuviese en Kent, se comportaría como un perfecto caballero con Alice Clark.

Sí, eso podía hacerlo.



## Capítulo 7

*Elliot observó sin disimulo a la preciosa mujer que pronto sería suya ante la ley, aprovechando que estaba mirando ensimismada por la ventana del carruaje. Los rizos color oro, que tanto le gustaba acariciar, brillaban ante la luz del sol que entraba desde el exterior. Los ojos azules, ahora abiertos de par en par, reflejaban el deleite de quien es totalmente feliz.*

*Él se sentía igual, pues estaba seguro de que no podía amarla más de lo que ya lo hacía. La quería con locura y era increíble que se hubiese dado el milagro de que aquella encantadora criatura también estuviese enamorada de él.*

*En ese momento, ella notó que la observaba y lo miró sonriendo con timidez. Sus adorables mejillas estaban arrojadas.*

*—¿Por qué me miras así? —le preguntó algo cohibida.*

*—Pensaba en lo mucho que te quiero —respondió él con naturalidad.*

*La joven se sonrojó y Elliot sonrió, encantado por su reacción.*

*—Y yo a ti —respondió con una amplia sonrisa.*

*Esas últimas palabras fueron lo último que escuchó antes de que todo se volviese negro.*

Elliot se despertó por enésima vez, sobresaltado y respirando con rapidez, totalmente alterado. Apenas amanecía cuando decidió por fin levantarse de la cama tras haber pasado la peor noche que recordaba en mucho tiempo. Las pesadillas lo habían acosado con fuerza, dejándolo exhausto, pero incapaz de dormirse de nuevo. Cada vez que cerraba los ojos, los recuerdos sucedían tras sus ojos y la cicatriz de la espalda le molestaba, como si siguiera abierta y sangrando.

No podía dejar de darle vueltas a lo que había dicho el conde de Rutland con tanta ligereza. ¿Por qué lo había dicho? ¿Sabía algo que él no conocía? No, no era posible. Habrían sido unas palabras casuales, solo eso. Sacudió la cabeza. Llevaba mucho tiempo pensando que el destino le había jugado una mala pasada y ahora se estaba volviendo paranoico de nuevo. Pero, ¿y si fue premeditado? Tan solo pensarlo lo ponía enfermo.

Se estaba volviendo loco.

Decidió salir a cabalgar para despejarse. Necesitaba un respiro, y esperaba que sentir el viento en el rostro y la adrenalina de la velocidad lo calmaran

para dejar de darle vueltas a lo mismo una y otra vez. Se vistió con rapidez y se dirigió a las caballerizas con premura. Cuando llegó, no había nadie, pues todavía era demasiado temprano.

Echó un vistazo a los nobles animales y al final eligió un macho fuerte y hermoso, que lo miraba con desafío, como esperando a que alguien lo montara para acto seguido lanzarlo al suelo como símbolo de rebeldía. Acarició su negro pelaje mientras miraba el nombre de su placa: Darkness.

Muy apropiado.

—¿Me dejarás cabalgar contigo, amigo? —le preguntó. El caballo sacudió la cabeza en una especie de rápido asentimiento, como si lo hubiese entendido perfectamente.

Elliot sonrió, decidido a tomarse aquello como un sí.

Con eficiencia, ensilló a Darkness sin que el animal le diera problemas, quedándose quieto. Quizá no fuera tan malo como su nombre indicaba y una vez más las apariencias eran un engaño. Seguro que se llevarían bien. Estaba amarrando la última cincha cuando oyó que la puerta se abría y entraba alguien.

Se giró, pensando que era un mozo de cuadra, y se quedó de piedra al ver a Cassandra, vestida de nuevo con pantalones y botas, dirigiéndose al primer caballo de las caballerizas, de un color tostado claro. Llevaba el pelo suelto, tan solo recogido con un pequeño pasador, que le caía por los hombros como una roja cascada. Por su expresión, parecía que tenía mucha prisa. Con rapidez, ensilló ella misma la montura con sorprendente habilidad y, sin percatarse de su presencia en ningún momento, se aupó con ligereza y salió de allí al galope.

Frunció el ceño, disgustado y curioso a partes iguales. ¿A dónde demonios iba Cassandra tan rápido, tan temprano y completamente sola? No la había visto desde que la noche anterior discutieran en el baile, y le preocupaba que pudiera hacer alguna tontería. Todo indicaba que sí, dadas las horas y el sigilo con el que estaba actuando. Había prometido cuidarla, aunque ella se negara en redondo a ello.

Sin pensarlo dos veces, Elliot montó en Darkness y salió tras ella a una distancia prudencial para que no lo descubriera. El caballo resopló, contento por salir a cabalgar de nuevo. La divisó al salir de la propiedad a toda velocidad. Enseguida la siguió dejando una distancia prudencial, pero sin llegar a perderla de vista. La curiosidad lo invadía. Quería saber qué se traía entre manos aquella rebelde sin remedio.



Cassie se detuvo frente a la casa que conocía tan bien. Estaba en medio del campo, algo escondida gracias a un bosque cercano, pero lo suficientemente cerca de Rochester para que sus habitantes pudiesen ir a pie. Era una casa sencilla de paredes blancas, pero llena de vida. Tenía dos plantas y era lo suficientemente grande como para albergar a una familia numerosa, aunque nunca llegaría al nivel de las residencias de los nobles. Sin embargo, esa casa era muy especial para ella. Le gustaba venir aquí a menudo y sentía como si le faltase algo cuando no lo hacía. A causa de la llegada del nuevo duque no había podido volver y, tras el desastroso baile de la noche anterior, necesitaba ir a comprobar cómo iba todo por allí.

Cruzó el pequeño jardín con rapidez y desmontó su caballo, que enseguida marchó a la pequeña caballeriza en busca de heno que comer. En ese momento, un muchacho de unos catorce años salió de la casa y se dirigió a ella.

—¡Señorita Cassie! —la saludó el muchacho con entusiasmo—. Me alegra verla de nuevo.

—Hola Charlie. ¿Te encargas de Cheese? —le preguntó señalando a su caballo, que olisqueaba los alrededores con curiosidad.

—Seguro, señorita —asintió él y ella sonrió como agradecimiento. Llevaba el pelo negro algo largo por los hombros y un aire desgarrado que la hacía sonreír. Era un muchacho muy simpático, con la honestidad pintada en sus ojos oscuros—. Están levantándose todos, seguro que se emocionan al verla.

Dicho esto, Charlie se fue a cuidar de Cheese y Cassie se acercó a la puerta de la casa, contenta por haber vuelto por fin a su segunda casa.

Antes de que tuviera tiempo de tocar siquiera la puerta, la madera se abrió y una rubia cabecita se asomó a la entrada, con una sonrisa desdentada dirigida a ella.

—¡Cassie! —exclamó Jack con alegría, enganchándose a ella con sus bracitos, cortos pero fuertes.

Ella lo levantó con una carcajada y él se enroscó como un mono a su cintura. A sus seis años, Jack era todo un revoltoso y a ella le encantaba jugar con él. Ya se había vestido como un pequeño caballero y ahora la miraba con la alegría dibujada en sus bonitos ojos azules.

—Has tardado mucho en venir —le dijo con un mohín de reproche—. Te he echado de menos.

A Cassie se le encogió el corazón.

—Y yo a ti —le respondió acariciándole el pelo—. Pero ahora ya estoy aquí.

Se oyó un grito excitado desde el interior de la casa y Jack se dejó caer al suelo para correr raudo hasta la fuente del ruido, dejándola sola en el umbral. Sonriendo, Cassie entró y cerró la puerta tras ella. Observó el familiar vestíbulo, pequeño pero acogedor, y se dirigió a la cocina, que en ese momento hervía de actividad. La joven saludó a Anna, la chica que vivía y ayudaba también en la casa y le preguntó por la señora Castle.

—Está arriba —dijo con un deje de ironía, sin dejar de amasar el pan que estaba preparando—, asegurándose que los pequeños monstruitos se vistan.

Cualquiera que no la conociera pensaría que Anna hablaba en serio, pero Cassie sabía el cariño que sentía por todos los niños que vivían allí.

—Subiré a ayudarla entonces —respondió la pelirroja, dirigiéndose a la escalera.

—¡Que Dios te asista! —le gritó Anna burlona y ella rio entre dientes.

Cassie subió a la planta de arriba y se dirigió a la última habitación del pasillo, desde donde emergía todo el ruido. Vio a la señora Castle perdiendo la paciencia por momentos, como cada mañana. Hasta que la mujer no se enfadaba, los niños no hacían caso a nada, gritando y persiguiéndose los unos a los otros.

—¡Basta! —gritó la mujer, logrando que por fin todos los chicos callaran y la miraran arrepentidos—. Os quiero listos en cinco minutos y, ¡ay de vosotros si vuelvo y seguís sin vestir!

Dicho esto, la mujer salió de la estancia mientras, a su espalda, comenzaba un verdadero terremoto. La señora Castle puso los ojos en blanco y Cassie rio.

—Hay cosas que nunca cambian, ¿verdad Hope?

La mujer la miró y sonrió mostrándose de acuerdo con ella. Era ella quién había montado el orfanato sin ayuda de nadie, tras morir su marido. Cassie nunca le había preguntado por él, porque tenía la sensación de que no quería hablar de ello. Había utilizado lo que su marido le había dejado para cuidar de los niños, pero la ayuda del duque le había venido como caída del cielo. Aquel lugar se había convertido en una opción mejor que los orfanatos que se encontraban en otros lugares, donde los niños recibían un trato inhumano.

—Buenos días, Cassie —dijo alisando su vestido verde oscuro, sin dar muestras de asombro ni censura por los pantalones con los que se había

vestido ella. Hope tenía un rostro bonito, de rasgos suaves y ojos pardos. Llevaba la larga cabellera negra recogida en un moño informal. Tenía veintinueve años—. Ya sabes que aquí siempre es así. Son solo siete y parecen cincuenta. —La mujer esbozó una sonrisa—. ¿Los vigilas mientras miro cómo les va a las niñas?

Cassie asintió contenta y Hope se marchó a la habitación de enfrente, al otro lado del pasillo. Entró en la habitación y se encontró a los cinco niños en fila, totalmente vestidos. Eran de diferentes edades, pero todos formaban un bonito conjunto.

—¡Cassie! —gritaron, acercándose a ella con alegría, hablando todos a la vez. Era como un gallinero.

—¿Veis? ¡Os dije que había venido y no me creíais! —exclamó Jack desde algún punto en el abrazo conjunto, haciéndose oír por encima del barullo.

—Sí, Jack, tampoco hace falta que lo restriegues —replicó Bran, de siete años, mirándolo molesto.

Vio a Jack a punto de replicar y Cassie decidió atajar una posible discusión antes de que se desatara la guerra.

—Haya paz, chicos —les dijo acariciando sus cabecitas—. Ahora todos a desayunar, que yo os vea.

Los chicos bajaron corriendo por las escaleras e invadieron la cocina, para consternación de Anna. La joven sonrió y vio a Hope salir de la otra habitación seguida de Sophie y Mary, las dos pequeñas que residían también allí y completaban el grupo de niños.

—¡Buenos días, Cassie! —la saludaron al unísono, antes de bajar la escalera para reunirse con los demás niños.

—Me quejo de sus modales, pero sin sus travesuras esto sería demasiado triste —intervino Hope a su espalda y ella estuvo de acuerdo. Los niños llenaban de vida esas paredes. De repente, la seriedad ensombreció sus rasgos—. ¿Has hablado con el nuevo duque?

Cassie negó con la cabeza.

—Las cosas seguirán como están —le aseguró ella y Hope asintió no muy convencida.

Bajaron a ayudar a Anna antes de que los siete niños destrozaran la cocina, y pronto estuvieron todos sentados a la mesa. Queen, la mascota oficial de la casa, subió al regazo de Cassie y se acomodó con un ronroneo. Ella acarició a la gata blanca entre las orejas con alegría. Encontraron a Queen en la cocina un día, rebuscando en la alacena, y los niños habían rogado para que se

quedase allí. Hope aceptó con la condición de que la cuidasen ellos y hasta entonces todos habían cumplido su promesa con eficiencia, procurando que no le faltase de nada. Era una gata muy independiente, que iba y venía a voluntad. Charlie apareció en esos momentos desde la cuadra y todos comenzaron a comer entre un enorme bullicio. Antes de que Cassie pudiera dar un bocado, llamaron a la puerta con fuerza.

—Yo abro —dijo la pelirroja adelantándose a Hope, que ya hacía ademán de levantarse. Dejó a Queen en el suelo y se dirigió a la entrada de la casa.

Preguntándose quién sería, Cassie abrió la puerta y se encontró cara a cara con la última persona que esperaba ver allí.

Elliot.

Parpadeó por la sorpresa, sin poder reaccionar. Él la miraba sin decir palabra, a la vez que observaba el espacio que había tras ella, intentando averiguar qué demonios era aquel sitio.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó ella enfadada—. ¿Me ha seguido?

—Eso mismo podría preguntarle yo —respondió él con calma, sin mostrar ningún signo de culpabilidad—. Y sí, la he seguido.

Aquello era el colmo. Ya no solo se había adueñado de Weston Manor, sino que ahora ese dichoso hombre venía a invadir también el otro lugar que consideraba un hogar. No podía permitirlo.

—Márchese —le espetó con toda la furia que fue capaz de reunir.

Elliot abrió un poco los ojos por la sorpresa antes de volver a colocarse su máscara de frialdad. Cassie se sintió satisfecha de haberlo descolocado al menos un poco. Mantuvo su postura fría, con la intención de echarlo de allí con contundencia lo más rápidamente posible.

Quizá hubiese funcionado... si no hubiese aparecido Hope.

—¿Cassie, qué...? ¡Oh! —exclamó ella son sorpresa al ver al duque—. ¿Quién es usted?

La muchacha respondió antes de que él pudiese abrir la boca.

—El nuevo duque de Weston —dijo casi gruñendo, como si fuera un insulto. Elliot la fulminó con la mirada y ella no tuvo reparos en devolverle el mismo ataque.

En segundos, la mujer comprendió la actitud de Cassie y se apresuró a hacerse cargo de la situación.

—Buenos días, excelencia —lo saludó con una reverencia—. Soy la señora Castle, la dueña del hogar.

—Es un placer —respondió él inclinándose cortés, como si supiera

exactamente con quién estaba hablando—. Y, por favor, deje las formalidades. No son necesarias.

Cassie, mientras tanto, observaba el intercambio con el ceño fruncido.

—Ahora que ya se han saludado, ¿por qué no se marcha por donde ha venido?

—¡Cassie! ¿Dónde están tus modales? —la reprendió Hope—. Por favor, pase. Estamos desayunando.

—Muchas gracias, señora —aceptó él con una inclinación de la cabeza, mirando a Cassie de reajo para ver cómo reaccionaba.

Derrotada, la joven siguió a sus dos acompañantes de vuelta a la cocina, resignada a que el duque descubriera otra parte de su vida que hubiese preferido que siguiera en secreto. Aunque, en el fondo, sabía que tarde o temprano tendría que saberlo.

Todos los presentes en la cocina callaron y los miraron al verles llegar. Los niños en especial observaron a Elliot, una figura alta e imponente, con una mezcla de curiosidad y respeto. Si no estuviera tan enfadada, Cassie hubiese reído ante sus cómicas expresiones.

—Niños, saludad al nuevo duque de Weston —dijo Hope con su mejor tono de institutriz—. Es una amistad de Cassie, así que dadle la bienvenida.

¿Una amistad? De eso nada.

Hubo un silencio en el que no se escuchó ni el vuelo de una mosca. Después, todos los niños comenzaron a hablar al mismo tiempo.

—¿Estáis prometidos? —preguntó Mary entusiasmada, para consternación de Cassie.

—¿Llevas pistola? —apuntó Bran al mismo tiempo.

—¡Qué va a llevar pistola! —dijo Dean, otro de los niños, como si fuera lo más evidente del mundo—. ¿Tú ves que vaya vestido de soldado?

—¡Podría ir de incognito! —le replicó el otro antes de comenzar a discutir.

Elliot los observaba a todos con una mezcla de perplejidad y diversión. Por un momento, la joven casi sintió pena por él a causa del bombardeo al que estaba siendo sometido.

Casi.

—¡Silencio! —gritó Hope, callando a todo el mundo—. ¿Qué os he enseñado sobre recibir visitas?

Los niños se miraron unos a otros con inquietud mientras ella ponía los brazos en jarras, frunciendo el ceño. La escena tenía su punto gracioso.

—Siempre saludar con cortesía y no hablar sin permiso —dijeron todos al unísono al fin, como un bien entrenado y pequeño ejército ante su capitana.

—Entonces, ¿qué se dice? —siguió diciendo Hope.

—Buenos días, excelencia —respondieron ellos a coro.

—Buenos días, chicos —dijo Elliot con una sonrisa, mientras Hope sonreía satisfecha ante la obediencia de sus pupilos—. Espero que no os importe que me lleve a la señorita Cassie un momento, tengo que hablar con ella de algo importante.

Los niños se miraron de nuevo, como debatiendo mentalmente entre ellos los pasos a seguir. Al final, Jack se adelantó, y lo miró a los ojos con seriedad desde su pequeña altura, como un eficiente representante del grupo.

—Como llore por su culpa, se las verá con nosotros —afirmó con los brazos cruzados, muy serio, mientras los demás asentían convencidos con la cabeza, apoyándolo.

Cassie se emocionó ante aquellos pequeños valientes que la defendían con tanto ímpetu. Elliot por su parte, se agachó hasta quedar a la altura de Jack y le tendió la mano como si tratara con un hombre de su edad.

—Trato hecho, amigo —le prometió—. Prometo no hacer nada que pueda molestarla.

Jack se sorprendió, pero mantuvo una expresión que él consideraba de lo más seria y le estrechó la mano con un aire de solemnidad que hizo sonreír a todos los adultos presentes.

—Pero nadie me ha dicho si se van a casar. —Oyó Cassie susurrar a Mary, apesadumbrada.



## Capítulo 8

Elliot estudió detenidamente el rostro de Cassandra una vez hubieron salido de la casa y alejado un poco de la entrada. Ella lo condujo hacia las pequeñas caballerizas, que quedaban fuera de la vista de cualquiera que intentase observarlos por alguna ventana.

Una vez la joven paró para encararlo, Elliot la observó con detenimiento. Su expresión mostraba un profundo fastidio por su presencia, dándole a entender que odiaba que sus actividades clandestinas ya no fuesen un secreto. Sabía que no le había gustado que él la siguiera, pero jamás se hubiese imaginado que la joven se dirigiría a un sitio como aquel. De nuevo lo había sorprendido, como cada vez que descubría otra de sus escondidas facetas.

—¿Un orfanato? —preguntó a bocajarro, cuando ya no pudo aguantar más el silencio.

Ella descruzó los brazos, que había mantenido fuertemente apretados desde que se habían encontrado en la puerta, como si quisiera protegerse de él. Aquel gesto defensivo lo molestaba, pero debía admitir que se lo había ganado a pulso. A pesar de su baja estatura y de sentirse expuesta, mantenía una mirada firme y fulminante sobre él. Sin duda era una pequeña guerrera, pensó sonriendo sin darse cuenta.

—¿De qué se ríe? —contraatacó la muchacha con enfado.

—De nada —respondió él acercándose un poco. Cassandra no retrocedió, como había supuesto—. Y no cambie de tema.

La joven suspiró con resignación, admitiendo la derrota.

—Sí, es un orfanato. Casi todos son hijos ilegítimos abandonados por sus padres —explicó al fin con un deje de reticencia. Elliot asintió, se había imaginado algo así—. Hope, la señora Castle quiero decir, y Anna se ocupan de ellos hasta que son lo suficientemente mayores para marcharse. Yo vengo a ayudar de vez en cuando y mi padrino solía buscarles un trabajo cuando tenían la edad adecuada, en el caso de que el que los ha traído aquí no vuelva a por ellos.

—¿Y cómo dio con este sitio? —preguntó él. El lugar estaba algo apartado, y parecía que solo se encontraba si ya sabías de antemano dónde estaba, pues los caminos no estaban muy bien definidos.

Cassandra sonrió con ironía, como si supiese algún secreto que él también

debería conocer.

—Bueno, esta es mi casa.

Él enarcó las cejas, volviéndose a mirar la propiedad con nuevos ojos.

—¿Su casa?

Cassandra asintió con sequedad.

—No exactamente. Aquí viví con mis padres hasta que ellos murieron. Eran comerciantes a los que les gustaba vivir en el campo —Entrecerró sus ojos grises con desafío y alzó la barbilla, como si lo retara a decirle que ser comerciante fuera motivo de vergüenza—. Un día mi padre le salvó la vida a mi padrino tras caer de su caballo y desde entonces se hicieron grandes amigos. Cuando mis padres murieron fui a vivir con mi padrino, pero en lugar de vender la casa, la incluyó entre sus propiedades.

»Un día me acerqué hasta aquí porque quería verla y me encontré con la señora Castle y un par de niños. Ella se disculpó, ya que creía que la casa estaba abandonada a causa de su deterioro. Hablé con el duque y les permitió quedarse, además de reformar la casa. Poco a poco se corrió la voz y ahora muchos nobles saben de la existencia de este sitio. Lo único que se mantiene en secreto es la participación del ducado.

—Así que, en realidad, ahora es mi casa —concluyó él, ganándose una fría mirada por parte de su interlocutora.

—¿Es lo único que ha retenido? Si se hubiese molestado en averiguar en qué consistía su herencia, lo sabría. —Se acercó a él, rabiosa, hasta que estuvieron a pocos centímetros de distancia. Lo miró con la determinación de una guerrera—. No permitiré que los eche de aquí.

Elliot frunció el ceño, visiblemente molesto por aquella provocación.

—¡Ni se me había pasado por la cabeza! ¿Qué clase de monstruo crees que soy, Cassandra? —La cogió por los brazos, olvidándose de que debería contenerse. Ella lo miró sorprendida, como si no se le hubiese ocurrido que iba a ofenderlo. Más calmado, le susurró—: Jamás haría eso.

Ella bajó la cabeza, mirando al suelo, algo avergonzada.

—¿Qué quiere que piense cuando lo único que intenta hacer es deshacerse de mí? —dijo con la voz temblorosa. Su actitud dura y fría se había roto, mostrando a una chica vulnerable. Se odió por hacerle daño.

Le levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos. Parpadeaba rápidamente, esforzándose por no llorar delante de él, provocándole una sacudida en el pecho. Su mirada le recordaba a un día lluvioso, como los que le gustaban cuando era niño y veía caer las gotas de agua por la ventana de su habitación.

Pero también veía rabia por no poder evitar derrumbarse delante de él.

—No es lo que piensas —susurró Elliot con premura—. Quiero lo mejor para ti, y estar cerca de mí no lo es. Solo atraigo las desgracias.

Ella lo miró sin comprender. No la culpaba, ni él mismo se entendía. Bajó la cabeza hacia su rostro, con los labios de ambos a pocos milímetros de tocarse. Su olor lo inundó, a limpio y a lavanda, nublándole los sentidos. Notó cómo la respiración de ella se aceleraba ante su proximidad.

—Ahora mismo te besaría, mi princesa guerrera, pero no debo hacerlo —siguió diciendo él, acariciándole suavemente el mentón con el pulgar. Sus propias palabras le sorprendieron, aunque en realidad fueran totalmente ciertas.

Cassandra lo observaba con ojos brillantes, aguados por las lágrimas contenidas. Pero en su mirada había algo nuevo, que sobresalía sobre todo lo demás: resolución.

—Deja que sea yo quien decida eso —respondió ella. Y entonces, lo besó.

En cuanto sus labios se tocaron, Elliot dejó de pensar en nada que no fuera acercarla más a él. La abrazó con fuerza, y ella se abrazó a sus hombros, provocándole una placentera caricia que le recorrió todo el cuerpo. Poseyó sus labios con pasión, como había querido desde el primer momento en que la vio, tras caer de aquel árbol.

Aunque era ella la que había dado el primer paso, fue Elliot quien llevó el ritmo del beso. Sin embargo, Cassandra no se quedó atrás. A pesar de su inexperiencia, sus labios y sus manos le incendiaban la piel allá donde lo tocara. Le mordió el labio inferior y ella soltó un gemido, aferrándose más a él como si temiera perder el equilibrio.

Profundizó el beso, aprovechando que Cassandra había separado los labios, para dejar que su lengua explorara su boca, encontrándose con la de ella. La oyó gemir y el sonido fue directo a su entrepierna.

El corazón de Elliot iba a mil por hora, sin poder controlarlo. Aprovechó que se había separado de ella para tomar aire y la miró. Todavía tenía los ojos cerrados y el pecho le subía y le bajaba con rapidez. Tenía los labios rojos y algo hinchados por el beso, y las mejillas adorablemente sonrosadas.

Estaba preciosa. Y la deseaba con desesperación.

“Apareceré para hacer de tu vida un infierno”.

Aquellas palabras, grabadas a fuego en su mente desde hacía un año, aparecieron de repente. Fue como si un jarro de agua fría le cayera encima con fuerza, devolviéndolo a la realidad de un plumazo. Se maldijo mentalmente

por el rumbo que estaban tomado sus caóticos pensamientos. ¿Qué demonios estaba haciendo? No podía pasarle de nuevo lo mismo. Otra vez no. Y lo que era más importante, no podía hacerle eso a Cassandra.

Volvió a colocarse su máscara de frialdad antes de enfrentarse a ella.

—Tengo que irme —le dijo. Ella abrió los ojos de golpe, confusa. Quiso abrazarla, pero se contuvo. No podía permitir dejarse llevar de nuevo—. No vuelvas tarde.

Dicho esto, sin dejar que ella pudiera replicar, montó en Darkness y se marchó al galope de allí, intentando huir de sus demonios. Pero estos siempre estaban presentes allá donde fuese.



—¿Te siguió hasta allí? —exclamó Alice sin poder creérselo, abriendo mucho los ojos por la sorpresa. Estaba ordenando inconscientemente las figuritas que había encima de la chimenea de la habitación de la joven y, al oír su relato, dejó las manos en suspenso, visiblemente conmocionada.

Cassie asistió con la cabeza, apesadumbrada. Tras pasar la mañana con los niños, había vuelto a Weston Manor temerosa de encontrarse con Elliot, pero al llegar, no lo había visto por ningún lado, hecho que ella agradecía enormemente.

No hubiese sabido qué decirle.

—¿Y qué va a hacer? ¿Va a echarlos? —siguió preguntando su institutriz con un deje de alarma en la voz que trataba de disimular sin éxito. La institutriz era consciente, como Cassie, de que aquellos lugares no solían estar en una propiedad nobiliaria. El orfanato de Hope era una excepción.

—No estoy segura —respondió ella encogiéndose de hombros. Intentaba aparentar indiferencia, pero en realidad estaba hecha un manojo de nervios—. Él dice que no, pero no sé si creerle.

Estaba demasiado confusa. Lo único que Elliot había demostrado desde que había aterrizado en su vida, era que ella sobraba en su perfecta y personal ecuación. Una de las razones por las que se había tragado el orgullo y había dejado de luchar para que Elliot no aceptara la herencia era que, si perdía de vista las propiedades de su padre, cualquiera tendría potestad para echar a la señora Castle de la casa y con ella a todos los niños. No podía permitir que

esos chicos acabaran en la calle. Se sentía impotente por no poder ayudarlos de otra forma.

Había tratado de mantener en secreto la existencia del hogar, pero ahora el duque lo sabía todo. ¿Cómo había sido tan estúpida? ¿Cómo no se había dado cuenta de que la seguía? Y ahora no era capaz de creerle cuando le decía que nunca los echaría de esas tierras, de la casa de sus padres. No había tenido reparos en mentirle aquella noche en el invernadero diciéndole que no era un estorbo para él y, acto seguido, comenzar a planear su boda con un completo desconocido.

Y luego estaba aquel beso, lo único que no le había contado a su institutriz. Había sido una descarada, pero en aquel momento no pensaba con claridad. Él estaba demasiado cerca y, por un segundo, había pensado que no tendría otra oportunidad para besar a un hombre y averiguar qué se sentía con ello. Había escuchado comentarios en voz baja de muchas damas de la sociedad, acompañados de risitas y movimientos de abanico. Cassie siempre las miraba con desdén, creyendo que no era para tanto.

Así que no pensaba que iba a ser tan... intenso. Todo su cuerpo había pedido a gritos el contacto del de Elliot y la satisfacción la había inundado al ver que él la correspondía de esa forma.

Ahora con solo recordarlo moría de vergüenza. Él se había marchado sin apenas despedirse, demostrando que aquello había sido un enorme error. Se sentía humillada. Elliot le había devuelto el beso, había alterado todos sus sentidos, para luego dejarle claro que no era lo suficientemente buena para él. Que solo era la protegida plebeya de un duque.

No iba a permitir que le afectara. Nunca más.

—Deberías hablar con él. —Alice la sacó de golpe de su ensimismamiento—. Convencerlo de que no lo haga.

Cassie vio en los ojos de la mujer el reflejo de su propia preocupación. Ella también adoraba a los niños del orfanato e iba a veces a visitarlos o llevarles cosas que necesitasen. Cassie sabía que su institutriz trataría de proteger el orfanato como fuera.

—No creo que me escuche —replicó la joven, sacudiendo la cabeza levemente—. Seguro que...

Unos golpes en la puerta las interrumpieron. Ambas se miraron durante unos segundos antes de que Alice abriese la puerta. En el umbral estaba esperando Elliot, con una expresión tan sombría en el rostro que helaba la sangre.

—¿Puedo hablar un momento con la señorita Price? —preguntó a la institutriz

educadamente.

Que diga que no, por favor.

En circunstancias normales, Alice no hubiese aceptado, ya que no era correcto ni decoroso que un hombre y una mujer no emparentados estuvieran a solas en la habitación de dicha mujer. Pero Weston Manor nunca había rezumado normalidad y este caso no iba a ser una excepción. La joven maldijo mentalmente a las institutrices poco convencionales.

Alice lanzó a Cassie una significativa mirada antes de marcharse y dejar la puerta abierta tras ella. Al menos en eso, actuaban correctamente. Cassie se obligó a mantenerle la mirada a su interlocutor, y a poner una expresión lo más neutral posible, aunque lo que en realidad quería era ponerse a gritar. O a golpearle.

—¿Y bien? —preguntó finalmente al ver que Elliot no hablaba. No soportaba la tensión que imperaba en el silencio de la habitación.

Él se aproximó un paso antes de parar y mirarla fijamente. Llevaba el pelo despeinado en múltiples direcciones, como si se hubiese pasado la mano repetidamente por la cabeza. Pero eso, lejos de afearlo, lo hacía todavía más atractivo.

Cassie maldijo también a los duques guapos y sinvergüenzas.

—Lo que ha pasado esta mañana... —comenzó Elliot en voz baja.

—Esta mañana no ha pasado nada —lo cortó ella con un ademán de la mano. No quería oírle decir que había sido un error—. Si es a eso a lo que ha venido, excelencia, no es necesario que siga.

Tratarle de nuevo formalmente la ayudaba a distanciarse, a crear de nuevo la barrera que él había traspasado con tanta facilidad, aprovechando que ella había bajado la guardia.

El duque la miró un momento con una expresión inescrutable, antes de asentir, expresando su conformidad con lo dicho. Aquel gesto le dolió más que si lo hubiese expresado con palabras.

No se entendía.

—Aun así, también quería decirte que no voy a echar de mis tierras a esos niños... —Elliot recalcó el posesivo, dando a entender que era él quien tenía la sartén por el mango. A pesar de todo, Cassie abrió la boca para darle las gracias cuando él volvió a hablar—: Con una condición.

La joven frunció el ceño, confusa, y sus alarmas internas se dispararon. Había algo en Elliot que había cambiado desde aquella mañana. Lo observó, bien buscando el origen de dicho cambio, y se dio cuenta de que su mirada se había

vuelto todavía más fría. Cassie comenzó a preocuparse.

—¿Qué condición? —preguntó a sabiendas de que no querría oír la respuesta. Los segundos en los que él tardó en responder se le hicieron eternos.

—Que te cases con quien yo disponga.

Aquellas pocas palabras fueron como un jarro de agua fría para Cassie, que miró a Elliot con los ojos muy abiertos, esperando que todo aquello fuera una broma de mal gusto. Pero la expresión de él era implacable, sin espacio para la comedia.

—Dijo que jamás los echaría —se aventuró a decir con la voz débil. Se odió por ello.

Ni siquiera cambió su expresión un ápice. El Elliot de aquella mañana, el que había logrado sacar a la luz, se había marchado para no volver. Ya no había ningún rastro de calidez en él, solo desapego.

—Te mentí.

La joven tragó saliva, intentando encontrar las palabras. Sentía como si la estuviesen asfixiando, como si la jaula en la que Elliot la estaba metiendo fuese real y los barrotes la obligaran a encogerse hasta hacerse diminuta.

—Eso... —consiguió balbucear por fin, tragando saliva—. Eso es rastrero. Y nada propio de un caballero.

Él sonrió por primera vez desde que había entrado, pero la sonrisa fue fría y no le llegó a los ojos. Aquella sonrisa carecía de alma.

—Por desgracia para ti, yo no soy un caballero.

Dicho esto, se marchó de la habitación rápidamente. El chasquido de la puerta al cerrarse retumbó en la mente de Cassie como si fuera una bomba. Cayó de rodillas al suelo, completamente anonadada por lo que acababa de pasar.

Le habían dado un ultimátum. Y se sentía como un ratón encerrado en una ratonera. Sin posibilidad de luchar por su libertad. Sin oportunidad de escapar.



Elliot se apoyó en la puerta de la habitación de Cassandra y enterró la cara entre las manos, agotado.

Lo que acababa de hacer lo hacía sentirse como un hombre de la peor calaña, pero no había encontrado otra solución mientras cabalgaba durante horas por

el bosque, hasta que dejó a Darkness al borde de la extenuación. Debía alejarla de él. Debía alejarse de ella. Y la única forma de que ella aceptara casarse por conveniencia era ofreciéndole un trato que no pudiese rechazar. Nunca echaría a aquellos niños de allí, pero ella no tenía por qué saberlo. Era mejor que pensara que él era un monstruo. Se sentía como tal. Recordó el dolor en los ojos de Cassandra y quiso volver a la habitación y decirle que retiraba todo lo que había dicho, que no era más que un cobarde. Pero así era mejor. Ella se alejaría de él y estaría a salvo de la oscuridad que lo rodeaba. Se había resuelto a actuar antes de que fuera demasiado tarde. Aquella mañana había sentido algo que no había notado desde hacía mucho tiempo. Y eso lo había asustado más de lo que le gustaría admitir. La última vez que una mujer le había importado más que a sí mismo, había muerto. No permitiría que volviese a pasar. No lo soportaría. Acabaría con lo poco que quedaba de él.



## Capítulo 9

—Traigo noticias de padre —exclamó James nada más entrar en el estudio.

Elliot apenas se giró hacia su hermano, molesto por la interrupción. Tampoco es que hubiese estado haciendo nada importante —mirar por la ventana mientras le daba vueltas a la cabeza una y otra vez—, pero había dado órdenes de no ser molestado. Debía de haber imaginado que James ignoraría las instrucciones con la profesionalidad que lo caracterizaba.

Había pasado ya una semana desde aquel día fatídico en el que cavó su propia tumba. Siete días desde ese beso y desde que se ganó el odio de Cassandra. Ella se mostraba fría cada vez que se encontraban en algún lugar de la casa y él procuraba comportarse de la misma forma para sostener su mentira. Elliot sabía que merecía su desprecio, ya que la había obligado a aceptar sus términos, de lo más injustos. Así que cada minuto debía resistir la tentación de pedirle que lo perdonara y que se olvidara de todo lo que había dicho aquella tarde.

Pero no podía hacerlo.

Sin embargo, había encontrado una enorme distracción que lo ayudaba a dejar de pensar. Recordando la acusación velada de Cassandra por no saber en qué consistían sus propiedades, decidió comenzar a comportarse como el duque y ponerse al día con los asuntos que dejó el viejo Weston. A principios de semana se reunió con su administrador para tratar problemas que hubiese que resolver y así hacerse una idea de sus nuevas responsabilidades. Estaba siendo difícil, porque no estaba tan acostumbrado como su hermano a dichos menesteres, pero Elliot estaba convencido de que poco a poco iría mejorando. De hecho, aquella misma mañana había asistido a una reunión con los trabajadores y arrendatarios de Weston Manor y no había ido nada mal. Aunque la mayoría se mostró suspicaz con el nuevo duque, Elliot los escuchó y prometió ayudarlos en todo lo que necesitasen.

Esperaba estar a la altura del título.

—Antes de que me eches de aquí de una patada —siguió diciendo James leyendo su expresión—, querrás escuchar esto.

—Tú dirás, entonces —respondió su hermano cruzándose de brazos.

James dejó una carta sobre el escritorio y se sentó, invitando a Elliot a hacer lo mismo, que negó con la cabeza y prefirió quedarse de pie. Su hermano puso

los ojos en blanco, pero no insistió.

—Para empezar, padre dice que Rutland estaba en el club de caballeros cuando le dieron aviso de... lo que te pasó —comenzó James con cautela—. O sea, que...

—Estaba en Londres aquel día cuando nos dijo en el baile que no había vuelto desde que Leo murió —acabó Elliot por él.

Su hermano asintió.

—Pero hay más. Al parecer, fue Rutland quien insistió en acompañar a padre a verte y se quedó allí mientras tú delirabas por la fiebre, debatiéndote entre la vida y la muerte —siguió contando James—. Dice que está seguro de que estaba presente cuando el cochero habló con padre sobre la serpiente, tras recuperar el conocimiento.

—Entonces tiene sentido lo que dijo en el baile —reflexionó Elliot.

—Padre asegura que Rutland lo ayudó mucho a llevar todo el asunto, sobre todo con la familia de...

—Ya lo he entendido —lo cortó de malos modos. No quería oír su nombre—. Lo que quiero saber es si fue Rutland quien me mandó aquella maldita nota. Eso demostraría que me intentaron asesinar, que no fue un accidente.

James sacudió la cabeza, sin dar crédito a aquella teoría. Como siempre. Dos semanas después de que pasara todo, Elliot comenzaba por fin a recuperarse de sus heridas cuando recibió una carta sin firmar. Más bien era una pequeña nota. Seguía recordando a la perfección cada palabra.

“Cuando creas ser feliz, apareceré para hacer de tu vida un infierno. Una y otra vez”.

En ese momento, no le dio importancia, demasiado sumido en el dolor por su pérdida. Pero, al volver a pensar fríamente, comenzó a creer que el curso de los acontecimientos que había repasado una y otra vez en su mente, y que había supuesto que condujeron a un accidente, podían haber sido provocados. Pero, ¿quién lo odiaba tanto para hacer eso? Por más que lo pensara, no conseguía llegar a ninguna conclusión. Su familia lo convenció de que aquella nota había sido una broma pesada de alguien con ganas de molestar y le restaron importancia. Elliot trató de hacer lo mismo, pero una parte de su mente todavía creía en la posibilidad de que hubiese sido un asesinato.

—Aquella nota fue una idiotez de alguien que no tenía nada mejor que hacer —le rebatió su hermano, como sabía que haría—. Además, ¿por qué iba Rutland a querer matarte? ¿O a...?

—No lo sé —lo interrumpió Elliot con nerviosismo, paseándose de arriba

abajo por la estancia—. Pero si fue él...

James le puso una mano en el hombro, calmándolo.

—No lo sabes. Ya has oído a padre —comenzó a hablar muy deprisa, asegurándose de que le escuchaba—. Si Rutland sabía lo de la serpiente, es completamente lógico que lo dijese en el baile.

Elliot se soltó del agarre de su hermano, reanudando su paseo, y James se cruzó de brazos, molesto por la terquedad de su hermano.

—Estoy empezando a pensar que tu obsesión por buscar un culpable solo es una excusa para dejar de culparte a ti mismo —le espetó sin miramientos. Elliot vio en sus ojos enfado y sincera preocupación por él.

—Te equivocas —replicó él, parando su paseo de nuevo y negando con la cabeza en su dirección—. Nunca dejaré de culparme a mí mismo.

Su hermano suspiró, derrotado, antes de dirigirse a la puerta para marcharse a atender otros asuntos.

—Ese, querido hermano, es el verdadero problema de todo esto.



Alice suspiró de alivio sentada en la terraza del primer piso de Weston Manor. Había terminado su clase con Cassie y había decidido relajarse un momento antes de reanudar sus tareas en la casa. Necesitaba aire fresco, porque últimamente el ambiente en la mansión era irrespirable. Cassie no había querido contarle qué era lo que había hablado con Elliot aquella fatídica tarde, pero Alice imaginaba que fuera lo que fuese había terminado con cualquier acercamiento que hubiesen podido tener en el pasado.

Como estaba sola, decidió soltarse el pelo unos minutos porque el tirante recogido comenzaba a molestarle mucho. Mientras la rubia cabellera le caía por la espalda, pensó que su vana esperanza de impedir aquella estúpida boda se evaporaba por momentos. Alice pensaba que si la relación de ambos mejoraba, Elliot decidiría no casar a Cassie por obligación, pero parecía que eso no iba a suceder jamás.

Se apoyó en la barandilla y observó absorta el paisaje. Los jardineros hacían un trabajo espléndido cuidando el jardín, que tenía zonas verdaderamente preciosas. Una de sus favoritas era la que rodeaba al enorme cenador blanco, que servía para tomar el té en verano o sentarse a leer a la luz del sol, cosa

que Alice nunca tenía tiempo de hacer por sus constantes quehaceres. Pero en realidad no le importaba, le gustaba sentirse útil.

En ese momento, vio aparecer a James por el sendero que conducía a las caballerizas. Iba con paso calmado y una expresión seria en el rostro. Parecía preocupado por algo. Alice lo recorrió con la vista, de forma descarada. Notó cómo se acaloraba al recordar el cálido contacto de su cuerpo aquella noche en la biblioteca.

Como si supiera que lo estaban observando, James giró la cabeza y redujo su paso. Cuando sus miradas se encontraron, el pulso de Alice se aceleró sin poder impedirlo. Tragó saliva. ¿Qué le pasaba con ese hombre?

Él sonrió y se desvió de su camino, acercándose a ella. Lo observó aproximarse a paso vivo sin poder quitarle la vista de encima. Paró bajo la terraza y la miró con alegría, como un antiguo trovador que está preparándose para cantar a su damisela. Alice se imaginó la escena, con James tocando algo parecido a un laúd, y tuvo que hacer muchos esfuerzos por no soltar una enorme carcajada ante la cómica idea.

—Buenos días, señora Clark. —James hizo una reverencia breve para saludarla. Alice sonrió en respuesta. Una parte de su mente se preguntó qué dictaba el protocolo para ocasiones como aquella—. Voy a la ciudad a hacer unas gestiones, pero no he podido evitar parar a saludarla. ¿Qué hace ahí?

Alice tuvo que luchar para no poner los ojos en blanco.

—¿Usted qué cree? —replicó con ironía—. Ya ve, tras mucho meditar, he decidido terminar con mi vida lanzándome al vacío.

Él arqueó las cejas, divertido.

—Pues sería muy desconsiderada para con el servicio, que tendría que limpiar el desastre que provocase —replicó él, igual de serio. Al ver la irritada expresión de Alice, rio—. Estoy bromeando, Clark.

Ella frunció el ceño, molesta porque se hubiese quedado con la última palabra.

—No debería tomarse esas confianzas, milord —dijo ella indignada.

El aludido se encogió de hombros, restándole importancia a su acusación.

—Usted empezó —respondió finalmente con una sonrisa ladeada que hubiese derretido una escultura de hielo en apenas segundos—. Además, me gusta tomarme confianzas. Es divertido.

Se giró para irse, pero cuando ya estaba a mitad de camino, volvió a parar su paseo y se dirigió de nuevo a ella, mirándola por encima del hombro con una sonrisa traviesa pintada en el rostro.

—Me gusta mucho que lleve el pelo suelto —le confesó—. Es una pena que se lo tenga que recoger siempre.

Dicho esto, se marchó sin esperar respuesta, dejando a Alice entre divertida y confusa.

# Capítulo 10

No podía dormir. Por mucho que lo intentara, Cassie no dejaba de dar vueltas en la cama sin éxito alguno. Así que, al final se dedicó a mirar el vacío techo blanco de su habitación con los ojos abiertos como platos y ninguna posibilidad a la vista de caer rendida en brazos de Morfeo.

Un mes después, todavía no podía creer cómo Elliot había sido capaz de utilizar el orfanato en su contra. Le era difícil incluso mirarlo a la cara en las escasas ocasiones en las que se lo encontraba. Por muchas vueltas que le diese, no podía entender aquella actitud cruel y despótica. ¿Tan insoportable la consideraba? Aquella pregunta le provocaba una dolorosa punzada en el pecho, porque en el fondo conocía la respuesta. Si no fuera así, no querría deshacerse de ella.

Frunció el ceño con disgusto, mientras daba una nueva vuelta en la cama. Golpeó el almohadón, frustrada. ¿Por qué tenía que ponerse triste? Debería de estar enfadada por el hecho de que ahora los caballeros solo se acercasen a ella por su más que generosa dote. Quizá cuando su padre vivía también fuera así, pero saberlo ahora lo hacía mucho más difícil. Se preguntaba quién sería el candidato más probable para ser su futuro marido. Estaba segura de que, fuera quien fuese, no despertaría en ella aquel ardor en el pecho que le provocaba cierto duque canalla.

Suspiró. El destino era demasiado irónico para su gusto.

Desistiendo de intentar dormir, se levantó de la cama, exasperada consigo misma, y se acercó hasta la gran ventana de su habitación, buscando algo que la distrajera de sus sombríos pensamientos. Winter dormía a pierna suelta a los pies de la cama y Cassie envidió al animal por estar libre de preocupaciones. Salió a la terraza y se apoyó en la barandilla de mármol. La fría piedra le puso la piel de gallina, pero no se apartó. Aquel gélido contacto la ayudaba a despejar la mente. En el cielo, la luna brillaba completa en el cielo e iluminaba el entorno, bañándolo de un mar plateado.

De repente, oyó la puerta principal de la casa abrirse y, tras unos segundos, un fuerte estrépito seguido de una maldición. Se puso tensa. ¿Ladrones? Sin pararse a pensarlo demasiado, cogió el atizador de la chimenea de su habitación y bajó en silencio a investigar. Quizá el hierro no le sirviera de mucho, pero se sentía mejor con algo en la mano; sólido y capaz de dejar

herida, a ser posible.

Con cautela, se asomó por un lateral de la escalera y miró hacia el vestíbulo, que estaba iluminado por unas cuantas velas que otorgaban al lugar una extraña luminosidad repleta de extrañas sombras en las paredes. Pero aquello no fue lo que sorprendió a Cassie.

Elliot estaba tirado en el suelo en toda su estatura, tratando de levantarse sin éxito. Parecía que le había pasado por encima un carruaje, dejándolo hecho polvo. Cassie vio trozos de porcelana rota en el suelo y dedujo que pertenecían al jarrón que, hasta hacía cinco minutos, se hallaba encima de uno de los muebles de la entrada.

Bajó las escaleras con rapidez, preocupada a su pesar por aquel hombre insufrible. Se agachó a su lado justo cuando él intentaba levantarse de nuevo, poniéndose de rodillas. Se había cortado la mano izquierda con los pedazos del jarrón y la sangre manaba abundantemente por la herida abierta. La muchacha sintió un fuerte olor a alcohol que surgía de él e hizo una mueca de desagrado: estaba borracho.

—Elliot, ¿qué...? —preguntó asombrada cuando él se apoyó en la mano herida para intentar levantarse de nuevo. Masculló una maldición y se dejó caer de nuevo—. ¡Déjalo! ¿No ves que estás sangrando?

Miró a su alrededor, buscando algo con lo que taponarle la herida, pero solo encontró un pañuelo de tela en el bolsillo de su bata. Con cuidado, le cogió la mano y, tras ver que se hallaba libre de restos de porcelana, apretó la tela contra la herida, que se empapó enseguida de sangre.

—Tenemos que limpiarte la herida, quizá tengan que coserla —le explicó, sin dejar de apretar la tela con la esperanza de que dejara de sangrar. Miró la puerta abierta—. ¿A dónde pensabas irte así?

Él la miró confuso, como si acabara de darse cuenta de que estaba allí. Tenía los ojos rojos y el rostro desencajado. Debajo del aspecto ebrio, Cassie pudo ver en él una profunda tristeza que le encogió el corazón.

—Hoy hace un año —susurró con la voz rota. Cassie tuvo que agudizar el oído para poder entender lo que decía—, un año que se fue. Lillian...

Cassie contuvo el aliento sin decir nada, pues parecía estar hablando más para sí mismo que para ella. ¿Quién sería esa tal Lillian? Debía de ser alguien muy importante para él si estaba en ese estado por su causa. Sintió una punzada en el pecho para acto seguido recriminarse por su reacción. No podía estar molesta por alguien a quien ni siquiera conocía.

Lo vio cogerse la cabeza con las manos, en un gesto desesperado,

manchándose la cara de sangre. Él no parecía darse cuenta de que estaba herido.

—Fue culpa mía —dijo angustiado—. ¡Culpa mía!

Cassie podía palpar su dolor, saliendo en oleadas de él. No entendía qué estaba pasando por su cabeza, qué estaba recordando, pero quiso hacer algo, cualquier cosa, con tal de no verlo tan desolado.

—No fue culpa tuya —le aseguró con convicción, acariciándole el cabello para confortarle. No sabía qué más decir para ayudarlo, pero le pareció que necesitaba escuchar algo así.

Elliot la miró durante un momento antes de que, con un rápido movimiento que era un milagro que pudiese realizar en esas condiciones, la apresara en el suelo bajo el peso de su cuerpo. Lo miró a los ojos, asustada, y se tensó, preparada para golpearle si fuese necesario. ¿Qué pretendía? Cassie no estaba segura de que el hombre supiera lo que estaba haciendo. La miraba con una expresión extraña, como si quisiera pedir ayuda a gritos pero no pudiera hacerlo.

—Cassandra... —susurró en su oído. Ella contuvo la respiración. Estaba tan cerca que, con girar un poco la cabeza podría besarlo—. ¿Por qué siento esto?

No supo qué responder, no tenía idea de a qué se refería. Pensó en zafarse de su aprisionamiento, le había dejado suficiente espacio para hacerlo. Sin embargo, antes decidió tratar de razonar con él.

—¿Qué sientes, Elliot? —preguntó en voz baja, procurando sonar lo más serena posible.

Él parecía buscar las respuestas en su rostro.

—Como si estuviese roto por dentro —respondió al fin, y Cassie sintió que un nudo se formaba en su garganta. Se apartó un poco de ella, dejándole más espacio para mirarlo a los ojos—. Te deseo, Cassandra, pero no quiero hacerte daño. Y, sin embargo, es lo único que consigo una y otra vez.

Ella lo miraba sin comprender, intentando aceptar lo que había escuchado. ¿La deseaba? No sabía cómo sentirse ante la inesperada confesión, pero se dijo que estaba demasiado borracho como para saber lo que decía y que la había obligado a tener que casarse con otro.

—Pues no lo hagas —las palabras salieron de su boca antes de que pudiese pararlas. Su pecho subía y bajaba acelerado, entrando en contacto con el de él en cada inhalación.

Elliot esbozó una sonrisa resignada.



—Ojalá fuese tan fácil —susurró, como si aquellas palabras le causaran dolor.

Bajó el rostro hacia ella, con la clara intención de besarla. Ella quiso que se detuviese y, al mismo tiempo, que continuara. Anhelaba un beso suyo desde que probó sus labios por primera vez. Por la noche, cuando no podía dormir, recordaba cómo se había sentido entre sus brazos. Pero estaba ebrio y Cassie sabía que, en condiciones normales, Elliot no intentaría lo que estaba a punto de hacer.

Por eso se preparó para alejarse de él y respiró de alivio cuando una voz los interrumpió.

—¡Elliot! ¡Déjala! —La voz de James atravesó el vestíbulo. Sonaba enfadado—. Estás borracho y no sabes lo que haces.

Algo cambió en la mirada del hombre. La vulnerabilidad de antes había desaparecido en un abrir y cerrar de ojos. El duque rio con sequedad y se apartó de ella antes de levantarse con torpeza. Encaró a su hermano, que ayudó a Cassie a incorporarse. Ella le dio las gracias, pero James solo tenía ojos y oídos para Elliot.

—Qué manía tienes con querer sacarme del infierno, hermanito —replicó Elliot arrastrando las palabras, mirándolo con los ojos vidriosos—. Estoy muy bien ardiendo entre las llamas.

Dicho esto, se marchó hacia su despacho, tambaleándose de vez en cuando, sin dejar que su hermano respondiera. Cassie seguía mirando fijamente el punto donde lo había encontrado, arrodillado y destrozado. ¿Qué estaba pasando allí?

—Lo siento —habló James en ese momento, rompiendo el silencio. Parecía realmente apenado porque ella hubiese presenciado aquella escena—. Será mejor que vuelvas a tu habitación.

El hombre se marchó en pos de su hermano y Cassie subió de nuevo las escaleras, convenciéndose de que Elliot estaba en buenas manos. Pero era evidente que el problema era mucho más complicado que una simple borrachera.



Elliot salió de su inconsciencia, incapaz de moverse. Oía unos golpes rítmicos

que no sabía de dónde provenían y se estaba poniendo de los nervios. Necesitaba que pararan para poder seguir durmiendo en paz. En ese momento, notó más que escuchó, cómo una puerta se abría de golpe.

—Lárgate —le gruñó a quien fuera que hubiese entrado a molestar, pero más que enfadado, como pretendía, sonó totalmente agotado.

—Estás hecho un asco, hermanito —respondió entonces la voz de James desde algún lugar remoto, por debajo de los constantes golpes que oía en su cabeza.

—¿Quieres dejar de hacer ruido? —masculló con la voz pastosa. Parecía un cuervo graznando al cielo desde la rama de un árbol.

—¿Qué ruido? —Su hermano sonaba desconcertado desde la lejanía.

—Esos golpes que estás haciendo —replicó, intentando incorporarse sin demasiado éxito.

La enorme carcajada de su hermano le hizo despegar los ojos de golpe, provocando que la luz que entraba por las enormes ventanas lo cegara y tuviera que cerrarlos de nuevo, incapaz de mantenerlos abiertos. Maldición. La cabeza lo estaba matando.

¿Cómo había llegado a su cama?

—Creo que los golpes solo existen en tu cabeza, un efecto secundario de beberse todo el whisky existente en la casa —le explicó James con evidente tono de burla en la voz.

Elliot probó a abrir de nuevo los ojos, esta vez más despacio. Por fin consiguió incorporarse levemente y se llevó una mano a la frente, aunque el simple esfuerzo lo mareó todavía más. Parecía que un grupo de pájaros carpinteros se hubiesen reunido sobre su cabeza para hacer una fiesta y taladrar árboles con mucho entusiasmo. Hacía mucho tiempo que beber no lo dejaba tan fuera de combate.

—Dios... —masculló con evidente cansancio.

—Repito: estás horrible. —James se levantó a coger algo cercano a su cama antes de girarse hasta él con una mueca traviesa en el rostro—. Pero quizá esto te ayude.

Antes de que Elliot pudiese preguntar de qué demonios hablaba, un jarro de agua fría cayó sobre él, empapándolo de la cabeza a los pies. Literalmente, su hermano le había lanzado la palangana de agua por encima.

—James, ¿te has vuelto loco? —bramó enfadado, para acto seguido volver a llevarse la mano a la cabeza con un gemido de dolor. Demasiado alto para su estado actual.

—Bueno, por lo menos te has espabilado un poco —dijo contento, como si

fuera lo más natural del mundo ir por ahí lanzándole agua a la gente.

—¿Hay alguna razón para que necesites despertarme de esa forma a las...?

—Siete de la mañana —informó James.

—¿Siete de la mañana? —repitió estupefacto. Intentaba sonar enfadado, pero Elliot no podía levantar la voz sin que le doliese más la cabeza—. ¿Cuánto he dormido?

—Unas tres horas, más o menos —le comunicó James, irritantemente alegre—. Dada la cantidad de alcohol que ingeriste anoche, lo raro es que no sigas borracho.

Elliot gimió de nuevo y se restregó la cara, apartándose los mechones mojados que se le habían pegado a la frente. Intentó recordar qué había pasado ayer, pero le dolía demasiado la cabeza. Algunas imágenes llegaban a su mente sin orden ni concierto. Era el aniversario de la muerte de Lillian y había querido olvidarlo. Estuvo bebiendo en su despacho hasta muy tarde y lo siguiente que recordaba era que se había dañado la mano con algo en el vestíbulo de Weston Manor. Aunque en realidad solo recordaba el dolor de la herida al cortarse. Se miró la mano izquierda, donde tenía colocada una venda alrededor de la palma. Ahora, más consciente de ello, sintió un agudo pinchazo proveniente de la herida.

—Te curé después de que cayeras inconsciente en la cama —explicó su hermano al seguir la dirección de su mirada—. Menos mal que la señorita Price te taponó la herida con su pañuelo nada más cortarte o hubiese sido mucho peor.

Elliot levantó la cabeza de golpe para mirar a su hermano, y eso acentuó su dolor de cabeza.

—¿Cassandra? ¿Qué tiene que ver ella aquí? —preguntó con nerviosismo.

James lo miró con evidente sorpresa, y después sonrió de tal forma que las alarmas internas de Elliot se encendieron de golpe, advirtiendo de que algo no iba del todo bien. Y no era su dolor de cabeza.

—Así que no te acuerdas de lo que pasó ayer... —comenzó, socarrón.

—James, te juro que como no me cuentes qué demonios pasó anoche, te mataré con mis propias manos —comenzó Elliot mirando a su hermano mayor con toda la furia que pudo reunir, teniendo en cuenta que le dolían casi todos los músculos del cuerpo. La próxima vez que viera una botella de whisky, la arrojaría por la ventana sin miramientos.

Su hermano amplió su sonrisa burlona, inmune a sus amenazas, y se levantó, directo a la puerta de la habitación. Elliot se incorporó a su vez, dispuesto a

sacarle la información por la fuerza si fuera necesario.

—Creo que voy a dejar que recuerdes solo —replicó con alegría.

Aquellos que decían que los hermanos pequeños eran los que incordiaban a los mayores, no habían conocido a James en todo su esplendor.

Elliot se apresuró a seguir a su hermano, que ya se había escabullido por el pasillo, directo a la planta baja. Medio tambaleante, pero logrando recuperar el equilibrio antes de caer de bruces, Elliot alcanzó a su hermano en el vestíbulo, donde parecía estar todo en orden. Fuera lo que fuese que había pasado allí la noche anterior, ya había sido limpiado.

—James, para —espetó el duque. El agua que le había echado encima había conseguido que recuperara parte de su humanidad, y el imbécil de su hermano iba a arrepentirse de ello—. Dime qué demonios pasó.

—Mereces permanecer en la inopia por ser tan sumamente idiota —replicó su hermano—. Así que te aguantas.

Elliot contuvo como pudo las ganas que tenía de ponerse a maldecir en voz alta y de estrangular a su hermano, todo a la vez. Antes de que pudiera repetir su petición, esta vez con más contundencia, una voz altanera lo detuvo en seco.

—¿Así que ya puede mantenerse en pie? —Elliot se giró y vio a Cassandra en uno de los escalones de la enorme escalinata, con los brazos en jarras. Un poco más arriba, la señora Clark lo miraba con la reprobación pintada en la cara y algo más que no supo identificar. Le dolía demasiado la cabeza para ponerse a elucubrar.

—¿Señorita Price! —exclamó James en ese momento—. Me alegra verla. ¿Por qué no le cuenta al imbécil de mi hermano lo que pasó anoche?

Cassandra trató de mantenerse impassible, pero no pudo evitar que el rubor cubriera sus mejillas, encendiéndolas. Elliot quiso pegarse un puñetazo, aunque dudaba que algo pudiese empeorar su dolor de cabeza. ¿Qué demonios había hecho? ¿Se había puesto en ridículo? Seguro que sí, pero ahora ya no estaba muy seguro de querer descubrirlo.

—¿No se acuerda? —le preguntó ella con evidente sorpresa, como si no pudiera concebir que Elliot tuviese amnesia.

Así era el poder del whisky. Destructivo.

—No —respondió él a regañadientes, observándola en busca de alguna pista que le permitiera averiguar la verdad. Ella bajó la cabeza y miró a todos lados menos a él, incapaz de mantener el contacto visual. Demonios.

Por su parte, Alice Clark soltó una risita que le dijo dos cosas: la situación le

parecía de lo más irrisoria y, además, ella también sabía lo que había pasado ayer. Elliot comenzó a preguntarse cuánto público había tenido durante su función de teatro.

—¿Alguien va a decirme qué demonios hice anoche? —repitió una vez más, enfadado consigo mismo y con todos los que lo rodeaban.

—¿Por qué mejor no se baña y se viste adecuadamente antes de seguir sus averiguaciones? —preguntó la institutriz frunciendo los labios en un gesto de reproche, como si Elliot no hubiese cumplido sus expectativas—. Comienza a dar el espectáculo... otra vez.

Elliot miró por primera vez desde que había despertado su atuendo y se dio cuenta de que solo llevaba puestos unos pantalones. Llevaba el pecho descubierto, hecho del todo impropio para un duque, como muy bien le recordaba la institutriz con su mirada inquisitiva. Además, aquello dejaba su cicatriz al aire y lo hacía sentirse expuesto.

Miró a su hermano James, que se regodeaba desde su posición. Definitivamente iba a matarlo. Decidió hacer caso a la señora Clark y marcharse de nuevo a su habitación para acicalarse como correspondía. Sin mediar palabra, abandonó el vestíbulo a paso vivo.

Eso sí, cuando volviera iba a averiguar qué demonios había pasado la noche anterior.

# Capítulo 11

—¿Cómo es posible que no se acuerde? —preguntó Cassie a su institutriz una vez estuvieron las dos a solas en la biblioteca.

Se suponía que era la hora de la clase diaria, pero tras los acontecimientos producidos recientemente, esta había quedado relegada a un segundo plano. La señora Clark todavía estaba sorprendida por la actitud de Elliot, aunque no tanto como la propia Cassie.

—Te sorprenderías de lo que es capaz el alcohol en grandes cantidades —replicó la mujer—. Y por lo que me has relatado, el duque bebió mucho ayer. Alice estaba algo enfadada por no haberse percatado de nada de lo que había pasado la noche anterior. Al final había sido un día muy ajetreado y estaba agotada cuando se fue a dormir. Fue una lástima habérselo perdido. Aunque quizá haya sido mejor que no estuviese allí. Si llegara y viera al duque encima de su niña, probablemente le hubiese roto otro jarrón en la cabeza.

Por suerte, se habían encargado de limpiar el desastre antes de que el servicio hiciese muchas preguntas y la participación de Cassie había quedado en secreto.

—Menos mal que lord Lanley apareció en aquel momento —siguió diciendo Alice, aparentando indiferencia.

Cassie, por su parte, enrojeció de nuevo y bajó la mirada hasta su regazo, donde no hacía más que jugar con las manos, nerviosa. La institutriz se preguntó si los sucesos de la noche pasada habían afectado a su pupila más de lo que a esta le gustaría admitir.

—¿Qué sientes por Elliot? —le preguntó de sopetón, pues Alice nunca había sido una mujer que se fuese por las ramas. Cassie levantó la mirada sorprendida, para después desviarla a la ventana de la habitación.

—Antipatía —respondió, intentando que la voz no le temblara. Cassie era demasiado transparente, nunca había sabido mentir.

Esta vez no era distinto.

—Y yo soy la reina de Inglaterra —replicó Alice mordaz. La muchacha pelirroja la miró de nuevo, angustiada, y ella suavizó su tono—. Dime la verdad, no voy a juzgarte.

La joven respiró hondo antes de volver a hablar. Parecía estar preparándose para confesar un horrible asesinato y no sus sentimientos. A veces, aceptar lo

que siente el corazón es un acto de valentía mucho mayor que cualquier otro acto heroico. Sobre todo, asumirlo ante uno mismo.

—No lo sé —respondió al fin, con sinceridad.

Alice sonrió con comprensión y se sentó junto a ella, que apoyó la cabeza en su hombro. A veces se sentía más como una madre que como una institutriz. Había visto crecer a Cassie y la quería con locura. Ella no pensaba volver a casarse y, aunque sabía que jamás podría sustituir a su madre, la mujer pensaba en la muchacha como en la hija que nunca tuvo.

Por eso debía intentar ayudarla como fuese.

—Quizá sientas cierto interés por él, ¿no crees? —preguntó animándola.

Cassie se encogió de hombros, tratando de demostrar una vez más que el duque no le importaba un ápice. Quizá intentando convencerse de ello. Qué equivocada estaba. Aquello era mucho más fuerte que la razón. Donde el corazón manda no hay lugar para la mente. El corazón no recibe órdenes de nadie, solo siente. No se puede predecir, no se puede evitar ni revertir.

Solo se puede aceptar e intentar que no te destruya.

—Sea lo que sea, no importa —replicó la muchacha con tristeza—. Él quiere casarme con otro para cumplir las condiciones del testamento de mi padre y no va a impedírselo nada ni nadie.

Sonaba tan desdichada que la institutriz quiso ir a buscar al duque y provocarle otro dolor de cabeza con algún objeto contundente. ¿Cómo podía estar tan ciego? Ella había visto cómo miraba a Cassie, y no era indiferencia. Por muy borracho que estuviese, tampoco era normal que se comportase con ella de aquella forma la noche anterior. ¿Por qué no lo admitía? Tenía que haber otra solución al problema, estaba segura. Cassie estaba demasiado apegada a Weston Manor y al orfanato para tener que marcharse contra sus deseos. ¿Quién sabe qué marido acabaría a su lado? Ella no podía ser la esposa de alguien que la apresara y no quisiese dejarla libre. Se moriría de tristeza. Alice suspiró y, de súbito, se le ocurrió una idea. Era descabellada, pero podía funcionar.

—Bueno, tu padre dijo que el duque debía casarte, pero no con quién —dijo la mujer, eligiendo sus palabras con cuidado—. No especificó que el marido no pudiera ser el propio duque.

Cassie la miró con los ojos desorbitados, como si creyera que se estaba volviendo loca o que estaba bromeando. Sin embargo, la expresión de la señora Clark revelaba absoluta seriedad.

—¿Insinúas que me case con él? ¿Yo? —preguntó con un deje de alarma en la

VOZ.

Alice sonrió con picardía. Su niña no podía disimular sus sentimientos hacia Elliot y quizá el duque solo necesitaba un empujón para admitir lo mismo.

—¿Y por qué no? —preguntó la mujer en tono práctico—. Es la solución perfecta. Te quedarías en esta casa y podrías seguir cuidando de los niños del orfanato.

Cassie se levantó del sillón, visiblemente afectada por sus palabras.

—¡Porque no! Él no quiere tenerme siquiera cerca, ¿cómo voy a casarme con él? —las palabras de Cassie salían de su interior con dolor y rabia.

—¿Tan segura estás de eso? —replicó Alice con seriedad—. Sinceramente, no creo que no quiera tenerte cerca. Para mí es todo lo contrario.

La muchacha resopló para mostrar su desacuerdo, pero no dijo nada. En cambio, salió de la habitación como alma que lleva el diablo en dirección, supuso Alice, al invernadero. Ella también se puso en pie, tenía que ir a hablar con alguien.

Lo encontró en la biblioteca, de pie ante la ventana, como aquella noche que trataba de olvidar, pero no podía borrar de su mente. Aprovechando que no se había percatado de su presencia, la institutriz le observó a su antojo, con detenimiento. Le pareció que estaba más relajado que otras veces, como si hubiese bajado la guardia. Respirando hondo, hizo notar su presencia.

—¡Buenos días, milord! —exclamó.

James se giró hacia ella, visiblemente sorprendido. Alice pudo ver que enseguida componía su sonrisa alegre para ocultar sus pensamientos. Le hubiese gustado saber qué le pasaba por la mente en aquellos momentos.

—¿En qué puedo ayudarte, Alice? —respondió él mirándola fijamente.

Ella frunció el ceño, visiblemente molesta.

—No recuerdo haberle dicho que podía tratarme con tanta confianza —dijo con fastidio.

Él se acercó con lentitud a la mujer, que se obligó a no retroceder ni un ápice ante su avance. Cuando estuvo a pocos centímetros, James esbozó una sonrisa ladeada.

—Pues yo sí lo recuerdo bien, y fue en esta misma habitación —dio un paso más hacia ella y Alice tuvo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos. Se sentía muy pequeña a su lado—. ¿Quiere que la ayude a hacer memoria? —le preguntó en voz baja, haciendo que su pulso se acelerara sin remedio.

Como si hubiese podido olvidarlo. Todavía no entendía cómo había podido perder el dominio de sí misma de aquella forma. Su cercanía le trastocaba



todos los sentidos y le impedía pensar con claridad. Sin embargo, antes de que pudiera hacer alguna locura, como cerrar aún más la distancia que había entre ellos, fue el marqués quien dio un paso atrás. Alice no pudo evitar sentir una punzada de decepción por ello.

—¿Y bien? —preguntó James, lanzándole una extraña mirada. Se le habían oscurecido los ojos, pero Alice se obligó a sostenerle la mirada para explicarle su idea. Él arqueó las cejas en un principio, pero luego sonrió—. ¿Estás segura de que funcionará?

La institutriz sonrió con confianza.

—¿Acaso usted no?

James compuso una mueca divertida, mostrando su acuerdo.

—Absolutamente.



Cassie llegó al vestíbulo en el mismo momento en que Elliot bajaba por las escaleras a paso veloz. Ambos se miraron en silencio y la muchacha tuvo que apartar la mirada para que no se le acelerara el pulso. Estaba cansada de que ese hombre la alterara de aquella manera, pero no sabía cómo evitarlo. Una imagen de la noche anterior inundó su mente y sacudió la cabeza para apartarla.

Debería irse hacia el invernadero, como tenía previsto, pero él se acercaba a ella con la clara intención de hablarle y sería una idiotez huir cuando al final acabaría por alcanzarla. Quizá fuese mejor fingir que no había pasado nada la noche anterior. Si no lo recordaba sería porque el destino lo quería así, y Cassie no lo ayudaría a averiguarlo.

Cuando Elliot estuvo a su altura, se obligó a mantenerle la mirada. Se había bañado y el pelo mojado le caía por la frente en mechones separados. Por suerte, se había puesto una camisa limpia blanca, un chaleco negro y la chaqueta del mismo color, ya que la visión de su pecho desnudo la había hecho apretar los puños por el deseo irracional de acariciarle la enorme y profunda cicatriz de su espalda. Nunca había tenido tanta curiosidad por saber algo como por averiguar el motivo de esa herida. Pero preguntar no era una opción.

Las palabras de Alice resonaron de nuevo en sus oídos. Casarse con él... No,

no era posible. Podía parecer una estupidez, pero Cassie prefería casarse con cualquier otro y tener un matrimonio sin amor, que ser la esposa de Elliot y saber cada día de su vida que él no sentía nada por ella.

Porque ella sí sentía algo por él. Cassie no sabía qué era, pero su institutriz tenía razón. Y aquello era un error terrible que no sabía cómo solucionar.

—Espero que ahora sí me cuente qué sucedió anoche —la voz de Elliot la sacó de su ensimismamiento, sobresaltándola. No iba a dejarlo pasar.

Antes de que pudiera encontrar alguna excusa para dejar las cosas como estaban, alguien llamó a la puerta. El mayordomo ya venía a abrir cuando Cassie se le adelantó. Era una falta total de protocolo que los dueños de la casa abriesen la puerta a las visitas, pero la muchacha estaba demasiado alterada como para preocuparse por las normas. Suerte que el mayordomo ya la conocía y no objetó nada. En Weston Manor nunca había existido mucho amor hacia las normas.

Cuando la muchacha abrió, la señora Castle le devolvió una angustiada mirada.

—Cassie —espetó Hope, sin pararse a saludar—. Jack ha desaparecido.



Elliot cerró los ojos un momento para disfrutar de la brisa que soplaba por los terrenos de Weston Manor. Todavía le dolía la cabeza, pero el golpeteo se había silenciado hasta convertirse en un ruido sordo en un rincón de su cráneo. Montado en Darkness, que resoplaba contento por el paseo, seguía de cerca a Cassandra, que se había vuelto a poner pantalones para poder montar con total comodidad en su propio caballo. Aunque no fuese un comportamiento propio de una dama, parecía del todo natural en ella, como si el llevar vestido fuese lo que estaba equivocado. Elliot intentó no fijarse demasiado en su esbelta figura.

Llevaban un buen rato buscando al pequeño Jack. Según la dueña del orfanato, el niño había pedido permiso para jugar en el jardín de la casa y ya no había vuelto a entrar. Poco después, tras buscarle sin éxito, habían encontrado una nota escrita con su torpe letra en la que decía que se marchaba a buscar a su padre.

Elliot lo sentía por él. Debía ser duro no conocer nunca a tus padres, no saber

ni sus nombres. Miró a los lados del camino, esperando verlo. Rochester estaba cerca del orfanato, pero no lo suficiente para que un niño tan pequeño fuese a pie. Cassandra estaba convencida de que aún estaba cerca, porque Jack no conocía bien la zona y era fácil que se perdiese. Aparentaba serenidad, pero Elliot la notaba nerviosa. Él también esperaba que no le hubiese pasado nada al pequeño.

Decidió preguntarle algo que le rondaba por la mente desde hacía un tiempo. No tenía ningún derecho a hacer aquella pregunta, lo sabía, pero quería saber más de ella. Conocerla mejor, averiguar sus miedos y sus anhelos.

Era estúpido, sí. Pero la gente hace necedades todo el tiempo. Dejarse guiar por el corazón, ignorando lo que dicta la lógica, suele llevar a los humanos a hacer cosas de las que no saben medir las consecuencias.

Y él era un experto en hacerlo.

—¿Por qué le importa tanto ese orfanato?

Ella no se giró, pero supo que lo había oído por cómo tensó la espalda sobre el caballo. Se preguntó si le respondería. Al fin y al cabo, él era quien había amenazado con destruir aquel lugar.

—Cuando mis padres murieron, el duque me acogió —comenzó con un deje de tristeza en la voz—. Si no hubiese sido por él, habría acabado en un orfanato como ese, o mucho peor.

Elliot apretó el paso para ponerse a su altura. Cassandra no lo miró, tenía los labios fuertemente apretados, como si se arrepintiese de haberse abierto así con él.

—Se identifica con ellos.

Cassandra asintió con la cabeza, todavía mirando al frente. Por primera vez, se preguntó cómo fue para ella el perder a sus padres siendo tan pequeña. Ella debió de leerle la mente, porque sonrió con tristeza.

—No los recuerdo apenas —le explicó con calma—. Mi padre murió de un infarto, y pocas semanas después mi madre lo siguió. Mi padrino me dijo que murió de pena.

Elliot sintió admiración. Era muy fuerte para haberlo pasado tan mal. Es cierto que era una niña demasiado pequeña para recordar, pero aun así debía de ser muy complicado para ella vivir sin sus padres. De repente, se sintió muy avergonzado por su comportamiento de ayer. Había bebido para olvidar, en lugar de enfrentarse a ello. Su hermano tenía razón, era un cobarde. Se aclaró la garganta para eliminar el nudo que se le había formado en la garganta.

—Me gustaría disculparme por mi comportamiento de la noche anterior —

intervino de nuevo, vacilante—. No sé qué hice, pero no debió de ser nada caballeroso.

Ella por fin lo miró fijamente, aunque con cierta reticencia. Sin embargo, algo debió de ver en su rostro, porque esbozó una sonrisa burlona.

—No se preocupe. De todas formas, usted no es un caballero, ¿no? —replicó fingiendo despreocupación.

Se podía percibir en la voz de la muchacha diversión y amargura a partes iguales, como si ella tampoco quisiera recordar lo sucedido la noche anterior, pero no pudiese evitarlo.

Elliot la observó en silencio y, de repente, algo terrible le cruzó la mente como un rayo. Dios santo, se le había pasado por la cabeza, pero la idea no había arraigado en su confuso cerebro hasta ahora. Se sintió mucho más enfermo que aquella mañana al despertar. Paró el caballo de golpe y Cassandra lo hizo también, con la extrañeza pintada en el rostro.

—¿No habré... intentado...? —Ella lo miró desconcertada unos segundos, hasta que la comprensión se abrió paso hasta sus ojos, que abrió como platos.

—¡Oh, por Dios, no! —exclamó mientras un intenso rubor calentaba sus mejillas, intentando hacer juego con su pelo—. ¡Desde luego que no!

Elliot la observaba con perplejidad, pero también aliviado ante su contundente negativa. Hubiese sido terrible haberla deshonrado. Imaginaba que su hermano no lo hubiese dejado vivir si hubiese pasado eso, pero tenía que asegurarse. Cassandra seguía mirándolo con estupor.

—Mejor separémonos para buscar y cubriremos más terreno —intervino la joven antes de que Elliot pudiese abrir la boca de nuevo.

La muchacha marchó al galope dejando al duque atrás con rapidez, que esperó a verla perderse en la lejanía, con la melena pelirroja al viento.

—Mejor.

## Capítulo 12

Cassie estaba muy preocupada por Jack. Si de verdad había decidido ir a buscar a su padre, no creía que hubiese llegado muy lejos hasta perderse por aquellos caminos. ¿Cuánto podía aguantar un niño de seis años? Esperaba que estuviera bien y que no se hubiese encontrado con algún extraño con malas intenciones. Cansada de avanzar sin resultado, paró su caballo y se decidió a ponerse en el lugar del pequeño.

De repente, una idea cruzó su mente. ¿Cómo no lo había pensado antes? Instó a Cheese a dar media vuelta y pronto estuvo galopando en dirección al orfanato. Antes de llegar a la casa, había un enorme claro en el bosque, rodeado de árboles altísimos. En uno de ellos, uno muy grande y antiguo, los niños habían construido una especie de casa de madera para jugar. La propia Cassie había ayudado a hacerla hacía un par de años. Quizá no estuviese allí, pero valía la pena intentarlo. Si ella se hubiese escapado de casa y no quisiese volver, al menos habría ido a algún lugar conocido.

Llegó a la base del árbol y gritó el nombre del niño, pero no hubo respuesta. Aun así, su instinto le decía que subiera por si acaso. ¿Qué podía perder? Estaba cansada de dar vueltas por aquellos caminos. Ató a Cheese en el árbol de al lado, donde se puso a olisquear todo lo que había a su alrededor. Cassie agradeció haberse puesto pantalones antes de salir, para poder trepar por la escalera de cuerda que se instaló como acceso a la pequeña casita. Una parte de su mente registró que su comportamiento haría desfallecer a toda la sociedad y eso la hizo sonreír. Ella no era una dama noble, y no deseaba lo más mínimo serlo.

Con rapidez, llegó arriba y se asomó por la ventana para observar el interior de la casita. A pesar de estar en un rincón, como si tratase de fundirse con la madera, Jack se distinguía perfectamente en la penumbra. Cassie sonrió mientras el alivio la inundaba de pies a cabeza por haberlo encontrado sano y salvo.

—¿Jack? Soy yo, Cassie. —El chico no dijo nada, todavía intentando pasar desapercibido sin éxito—. Sé que estás ahí, no te puedes esconder.

El niño seguía sin decir una palabra, pero Cassie vio cómo negaba con la cabeza furiosamente, como si estuviese muy enfadado con el mundo. Decidió probar otra táctica.

—Bueno —dijo en voz alta de forma despreocupada—. Pues yo voy a sentarme en esta rama tan bonita a observar el paisaje. Dejaré sitio para ti, si quieres venir a hacerme compañía.

Sin esperar respuesta, se sentó en una de las gruesas ramas laterales al árbol, que crujió un poco ante su peso, y esperó. La verdad era que el paisaje desde allá arriba era muy bonito, a pesar de ser tan gris. Como siempre, las nubes cubrían el cielo, pero la luz del sol lograba introducirse por algunos resquicios, y el verde de la campiña inglesa la llenaba de paz. Cassie vio a Cheese estirando de una planta que salía del tronco de un árbol y se resistía a separarse de sus raíces. Sonrió distraídamente ante la tenacidad del animal.

Minutos después, oyó crujir los tablones de madera de la casa, pero siguió mirando el paisaje como si nada. Cuando Jack se hubo sentado a su lado por fin, esperó a que él se decidiese a hablar. Solo tuvo que aguantar durante un par de minutos.

—Quería ir a Londres, pero no sabía cómo.

Cassie centró la vista en su caballo.

—¿Y qué pensabas hacer cuando llegaras? —su voz sonaba tranquila, sin asomo de reproche.

—No lo había pensado —admitió el niño con voz lastimera—. Yo solo quería encontrar a mi papá o a mi mamá. Si me viesen seguro que me querrían. —Las palabras salían con apenas un hilillo de voz. Jack sorbió por la nariz—. ¿Por qué no me quieren?

Cassie cerró los ojos un momento. En aquella pregunta sentía toda la tristeza de Jack. El orfanato, hecho para que los nobles dejaran allí a sus bastardos para que no manchasen su preciada reputación, no podía hacer nada cuando los niños comenzaban a preguntar por sus padres. Muchos no echaban de menos algo que no conocían, pero otros sí pensaban en ello. ¿Qué le decías a un niño al que su padre o madre había abandonado porque su posición era más importante? Que consideraban a los pequeños como un desliz que ocultar. La muchacha no podía encontrar las palabras adecuadas. Quizá no existieran.

Lo miró por fin.

—Cuando mis padres se... fueron —comenzó la joven—, yo estaba muy triste. Pero gracias a la gente que me quería, conseguí volver a ser feliz. Y tú tienes mucha gente que te quiere, Jack.

El niño la miró con sus enormes ojos azules, pendiente de sus palabras, como si estas fuesen una tabla de salvación en medio de una tormenta arrolladora.

—¿Tú me quieres?

Cassie sonrió y le revolvió el pelo, que provocó que el pequeño protestara con un leve quejido.

—Claro que sí, muchísimo —respondió con sinceridad—. Y la señora Castle, Anna, Charlie, Mary, Dean, Sophie, Bran... ¡Hasta Queen!

Jack frunció su pequeño ceño, como si no terminara de creerse sus palabras.

—Queen me bufa cuando me ve.

—Eso es porque le tiras de la cola. —Rio la muchacha—. Pero también te quiere mucho.

Tras unos instantes de silencio, en los que solo se oía el rumor del viento entre las hojas de los árboles, el niño asintió convencido de que lo que Cassie decía era cierto.

—Es verdad —dijo—, tengo mucha gente que me quiere.

—¿Ves? —La muchacha lo abrazó y él hizo otro tanto, haciendo que la rama del árbol se tambalease un poco.

Jack se puso en pie con cuidado y avanzó hacia la escalera de la casa del árbol como un mono experto que se balancea por los árboles de la selva.

—Voy a volver, la señora Castle estará preocupada. ¡Gracias, Cassie! —exclamó regalándole una amplia sonrisa desdentada que le iluminó el corazón.

La muchacha le devolvió la sonrisa y observó al niño, ya en el suelo, correr en dirección al orfanato. Se alegraba de que todo hubiese salido bien al final. Cassie los quería a todos, pero con Jack había una conexión especial, como si tuviera que protegerlo a toda costa de cualquier mal. Él fue el primer niño del orfanato que conoció.

Tras unos instantes más, Cassie se decidió a bajar también. Pensó en Elliot y se preguntó si habría vuelto ya a Weston Manor. No sabía muy bien por qué antes le había hablado de sus padres, pero se sentía mejor después de hacerlo. Era extraño, a pesar de que la estaba obligando a casarse con un desconocido y amenazaba con cerrar el orfanato, Cassie se había sincerado con él sin esfuerzo. Quizá fuera porque la noche anterior había visto su parte más vulnerable y eso lo hacía parecer otra persona distinta.

Cuando ya estaba a mitad de bajada, distraída, una de las sujeciones de la escalera se soltó a causa de su peso y Cassie perdió pie, cayendo al suelo sin remedio. ¡Oh, Dios Santo! Por instinto, la muchacha intentó asirse a algo, pero solo tocó aire. Se tensó, preparada para el impacto. Al menos no había mucha altura. Como mucho se torcería un tobillo.

¡Paf!

En lugar de suelo duro, Cassie notó que caía sobre algo distinto. Palpó tejido bajo sus manos y un olor que le resultaba familiar, a jabón y a él. Levantó la vista, todavía algo aturdida, y se encontró con unos ojos castaños que la miraban con preocupación. Por un segundo, se le paró el corazón, que enseguida comenzó a latir frenéticamente, amenazando con salirse del pecho. —Tenemos que dejar de vernos así —dijo él rompiendo el silencio entre los dos, con un deje de diversión en la voz.

El cruel destino se reía de ella y había logrado que cayese de nuevo sobre el duque. Cassie no podía hablar, estaba demasiado impresionada para hacerlo. Por fin, con dificultad, tragó saliva.

—Ya van dos veces que detiene mi caída —susurró, vacilante—. Quizá debería considerarle mi héroe.

—Esta vez no ha sido tanta caída como la primera vez, no tiene mérito —replicó él con una sonrisa torcida que le aceleró el pulso aún más si cabe—. Pero no me importaría ser tu héroe.

La muchacha contuvo la respiración. En ese momento, Cassie fue consciente de que Elliot la tenía agarrada por la cintura y que todo su cuerpo estaba en contacto con el de él. A pesar de la ropa, la joven sentía su calidez como si ambos estuviesen piel contra piel. Mientras se levantaba rápidamente, rompiendo la unión, se dijo que no volvería a trepar a un árbol jamás.

Él se levantó también y tuvo la decencia de parecer algo avergonzado. Se sacudió la ropa y la miró de nuevo de una forma que Cassie no supo descifrar.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —respondió ella rápidamente, quizá demasiado. Se aclaró la garganta con disimulo—. Gra... Gracias.

Ambos se miraron, totalmente conscientes de la presencia del otro. Había espacio entre ellos, pero Cassie notaba la tensión que emanaba del cuerpo de él. ¿O era del de ella? No estaba segura. Lo que sí sabía es que debería romper el contacto visual, pero no podía hacerlo. Sus ojos oscuros la sujetaban sin esfuerzo, provocando que Cassie fuera incapaz de mover un músculo del cuerpo. Rezó para que la liberase, antes de volver a caer presa de su hechizo. Una pequeña parte de su mente registró que Elliot había abierto la boca para hablar, pero ella estaba demasiado ocupada manteniendo a raya sus caóticos pensamientos.

—¡Os dije que estaban prometidos!

Elliot dio un respingo y Cassie lo miró, repentinamente confusa. Tardó un segundo en procesar que no era él quien había hablado. Entonces, vio a una



niña acercarse corriendo a ellos, seguida de una tromba de chiquillos, entre los que se encontraba Jack. La pequeña Mary era quien había hablado. El duque fue el primero en reaccionar ante aquella inesperada comitiva.

—No estamos prometidos, pequeña —le explicó con paciencia. Cassie tuvo la sensación de que eso no iba a zanjar el asunto.

No se equivocaba.

La niña se había acercado a ellos, moviendo la cabeza de lado a lado para observarlos a los dos. Los demás se pararon detrás de ella en silencio, como un pequeño ejército de guardaespaldas.

—Pues la señora Castle dice que un hombre y una mujer solteros no pueden estar solos si no están prometidos —replicó la niña con voz de sabihonda—. Así que estáis prometidos, no mientas.

Cassie sabía que se había sonrojado, pues notaba la cara alarmantemente caliente. Las palabras de Alice volvieron a su mente, totalmente inoportunas, y sacudió la cabeza para atajarlas. Elliot, por su parte, miraba a la pequeña Mary perplejo, totalmente descolocado. Los niños daban la razón a su compañera y esperaban, ejerciendo presión con la mirada, que alguno de los dos se pronunciase sobre el asunto a tratar. Cassie quería huir, pero no lo vio apropiado.

Por suerte, la señora Castle hizo acto de presencia en aquel momento, salvándolos del apuro. Cassie tuvo ganas de ir a abrazarla, llena de gratitud y alivio.

—¿Qué hacéis todos ahí parados como buitres esperando carroña? —preguntó a sus pupilos con el ceño fruncido. Tenía los brazos en jarras, pero sus ojos reflejaban diversión—. Cassie, excelencia, espero que no estuviesen haciendo nada inapropiado. No hay que dar mal ejemplo a los niños.

Cassie la fulminó con la mirada, aquello era el colmo. Hope se limitó a sonreírle inocentemente, como si no hubiese roto nunca un plato. Los pequeños les observaban sin comprender aquel intercambio de miradas.

—Vamos niños, todos hacia la casa —los aludidos protestaron, todavía mirando a sus presas, dispuestas a saltar de nuevo sobre ellas—. ¡Venga!

Tras la contundente orden, el ejército de buitres marchó con rapidez hacia el orfanato, para alivio de Cassie. Por la cara que puso Elliot, la muchacha pensó que también estaba contento de perderlos de vista. La señora Castle se acercó a ellos con una sonrisa.

—Marchaos antes de que provoquéis otro escándalo —dijo severa. Ambos abrieron la boca para protestar, pero ella los cortó—. Gracias por encontrarlo,

Cassie. No sé cómo pagarte todo lo que haces por nosotros.

La muchacha hizo un ademán con la mano, restándole importancia.

—Vosotros hacéis más por mí, créeme —respondió.

Cassie vio cómo Elliot la observaba con intensidad, atravesándola, y se dirigió a su caballo para huir de aquella mirada que la alteraba tanto. Hope los miró a ambos y soltó una risita nada propia de ella.

—Volved pronto —les dijo.

Ella asintió con sequedad y miró a Elliot, que se había dirigido a su propio caballo y ya se marchaba al galope tras despedirse brevemente de la señora Castle. Hope dirigió a la pelirroja una mirada socarrona.

—Parece que se ha asustado, ¿eh? —dijo, divertida. Cuando Cassie la miró sin comprender, la mujer hizo un gesto con la mano para restarle importancia —. Cosas mías.



¿Dónde se había metido Cassie? Alice la buscó por toda la casa sin éxito, muy preocupada por ella. Aquella mañana la vio muy desanimada y no quería que cometiese ninguna locura. La conocía muy bien y era muy capaz de ello. La institutriz esperaba que lo que la joven sentía por Elliot no acabase en una desgracia. Ella sabía lo que era amar para después perder al ser amado, y no deseaba esa clase de dolor para su niña.

Miró al cielo, cada vez más negro. Se avecinaba tormenta. Se disponía a seguir buscándola por los jardines cuando apareció James por una de las puertas laterales y fue hacia ella a través del camino de grava que comunicaba con la entrada de la casa. Alice trató de ignorar la nerviosa reacción que le provocó la visión del hombre, vestido solo con una camisa blanca remangada hasta los codos que dejaba a la vista sus bronceados antebrazos. Parecía que venía de cabalgar, y Alice se preguntó si James pasaba mucho tiempo al aire libre cuando vivía en Londres.

—¿Has visto a mi hermano, Alice? —preguntó, tras saludarla con cortesía.

Frunció el ceño ante el trato familiar, pero no dijo nada. A aquellas alturas sabía perfectamente que James haría lo que quisiese. Como mandar al diablo el protocolo, por ejemplo.

—No, milord —respondió poniendo énfasis en el título. Le pareció que James

apretaba imperceptiblemente los labios—. ¿Y usted a Cassie?

El hombre negó con la cabeza, y después esbozó una sonrisa traviesa que estaba pensada para provocar desmayos, estaba segura. Maldiciendo por no ser insensible ante él, Alice miró interrogativamente a su interlocutor, que ensanchó su pícara sonrisa y procedió a explicarse.

—Seguro que están juntos. Elliot estará persiguiendo a la señorita Price para que le cuente lo que pasó ayer. —Rio James con regocijo, visiblemente satisfecho por la situación.

—Quizá —respondió Alice distraídamente. Fijó la mirada en un punto lejano de los jardines, totalmente ensimismada. Por un lado, Cassie y Elliot debían arreglar sus diferencias, pero eso no impedía que se preocupase. De repente, sintió una mano que le levantaba la barbilla, conectando sus ojos con los de él, que se habían vuelto hambrientos. La mujer se puso en guardia—. ¿Qué?

Él no respondió de inmediato. Siguió mirándola con fijeza hasta que el nerviosismo de Alice aumentó y, asustada, quiso romper el contacto. Pero él la retuvo con una simple caricia en la mejilla, dibujando círculos con el pulgar lentamente. La mujer contuvo la respiración, incapaz de hacer o decir nada más que mirarlo a los ojos, que se habían vuelto más claros por la luz del sol. Él bajó la vista a su boca, rompiendo el contacto visual, y ella no pudo evitar fijar la vista en su mandíbula apretada, en esos labios que deseaba besar. ¿Qué le pasaba? Quiso decir algo, lo que fuese, para romper aquel silencio lleno de tensión que la abrumaba. Pero antes de que Alice pudiese apenas separar los labios, fue él quien habló primero:

—Al diablo —gruñó.

Le apresó la cara entre las manos y la besó con fiereza. Alice abrió los ojos por la sorpresa, ahogando un grito. James aprovechó su parálisis momentánea para saquear su boca a conciencia, mordisqueando sus labios hasta que ella no pudo impedir soltar un gemido involuntario. Hacía tanto que no la besaban así, que no la hacían sentir deseada, que no pudo controlar sus propias reacciones. Y entonces se perdió.

Sus manos cobraron vida propia y se aferró con fuerza al cuello de James, que la apretó más contra su cuerpo mientras seguía besándola. Ambos estaban unidos sin que apenas quedase espacio entre sus cuerpos. Sus lenguas bailaban al mismo compás, conociéndose la una a la otra. Alice enterró los dedos en el pelo de él, que gruñó en respuesta. El sonido llegó a lo más hondo de su cuerpo, alterando su pulso todavía más. Le hervía la sangre por su contacto.

Cuando se separaron para poder respirar, James no le dio tregua. Dibujó con

sus labios un reguero de besos por su barbilla, por su mandíbula, hasta llegar al punto sensible que unía el cuello con el hombro, donde mordisqueó con fuerza, provocando que Alice volviera a gemir. Sintió cómo le flaqueaban las piernas, pero él la tenía bien sujeta contra su pecho.

¡Dios la ayudara!

Sabía cómo alterarla de todas las formas posibles y había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvo con un hombre. Con su marido. No obstante, a ese juego podían jugar dos. Antes de que James le embotase más la mente, cogió las riendas de la situación. Le acarició el pecho con lentitud y, sin apenas reconocerse a sí misma, acercó la boca a su cuello, donde lamizó la piel en un recorrido hasta su oreja, mordiéndole el lóbulo con fuerza. Ahora fue él el que soltó un gemido, con el que Alice se sintió poderosa, al conocer que también podía provocarlo.

James volvió a besarla, esta vez de forma más apremiante. Ella respondió a cada caricia, a cada beso, con la misma intensidad que él. Fue arrollador. Todo el deseo que sentían había explotado, arrasando todo a su paso. Ambos respiraban con dificultad. Alice tuvo que sujetarse a él para mantenerse en pie. James apoyó su frente en la de ella sin abrir los ojos mientras el pecho le subía y bajaba con rapidez.

Cuando sus respiraciones se hubieron acompasado, él por fin la miró. El corazón de Alice dio un vuelco cuando James sonrió, la sonrisa más sincera que le había visto hasta aquel momento. Era brillante y la dejó sin aliento.

—Supongo que deberíamos hablar —dijo algo avergonzado, rompiendo el silencio que había entre los dos. Ya no era tenso, sino apacible.

—Supongo —respondió ella con cautela.

James se incorporó y respiró hondo antes de decir todo lo que le rondaba por la mente.

—Quiero que sepas que no tenía intención de... propasarme —comenzó mirándola a los ojos con intensidad—. Pero soy un hombre imperfecto, y al final no he podido reprimir el deseo que siento por ti.

Alice contuvo la respiración ante aquella confesión, tan parecida a lo que ella misma sentía.

—Yo no... yo solo soy... —balbuceó incoherentemente.

—La mujer más maravillosa que he conocido.

Alice no sabía qué responder.

—No te prometo amor eterno, pues jamás lo haría sin sentirlo —siguió diciendo él—. Pero me gustaría que me dieras una oportunidad de conocerte

mejor.

Ella creyó en sus palabras. A pesar de estar asustada al principio por lo que aquel hombre desvergonzado le hacía sentir, ahora se sentía extrañamente segura con él. Alice había recordado a su marido desde que este murió, anclada en un pasado corto, pero feliz. Se había resignado a permanecer soltera el resto de su vida pues, ¿quién iba a interesarse en una institutriz viuda? Y ahora aquel hombre quería cortejarla, como si fuese una debutante. Sonrió ante la estampa que se le presentaba en la mente. Él le devolvió la sonrisa.

—¿Y bien?

Ella estuvo a punto de aceptar, de veras que sí. Pero entonces recordó con quién estaba hablando y las entrañas se le congelaron. Se alejó unos pasos de él, poniendo toda la distancia posible entre ellos. Sacudió la cabeza cuando él hizo ademán de acercarse, confuso.

—Esto no puede ser —dijo angustiada—. Usted va a ser duque y yo no soy más que una simple institutriz —lo cortó antes de que él pudiese abrir la boca—. La sociedad jamás lo aceptaría.

Era cierto. Ella no era noble, no podía casarse con él. En la alta sociedad solo encajaría si ella fuese la amante del duque, no su esposa. Jamás podría ser, era impensable planteárselo siquiera. Una desagradable sensación de inseguridad recorrió su cuerpo y sintió ganas de llorar, pero se controló hasta que se marchó corriendo y se hubo asegurado de que él no la seguía.

## Capítulo 13

Cuando Cassie llevaba apenas unos metros recorridos, vio a Elliot parado en una de las curvas del camino. Eso sorprendió a la muchacha, que detuvo a Cheese a su lado. En realidad, esperaba no verlo de nuevo hasta haberse recuperado del todo de lo que había pasado bajo la casa del árbol. Todavía podía sentir cada centímetro de su cuerpo sobre el de él, cálido y fuerte.

—¿Qué hace, excelencia? —le preguntó con cierto desdén, para provocarle.

Necesitaba ver de nuevo al duque frío y distante que la había chantajeado un mes atrás, y no al amable hombre que la había vuelto a salvar de una caída. Con el primero sabía cómo tratar, con el segundo... no era tan fácil.

Él contestó sin mirarla, tenía la vista fija en el cielo.

—Estaba esperándola, parece que va a llover y no quería que le pasara nada por el camino —dijo con una calma exasperante.

En efecto, nubes negras se arremolinaban amenazantes sobre sus cabezas. Una vez que parase el viento, las nubes descargarían su contenido. Cassie intentó que la actitud de Elliot no la afectase. Solo la había esperado porque se sentía obligado, no porque ella le importase lo más mínimo.

Mientras se convencía de que no le importaba, la primera gota comenzó a caer, y luego otra y otra, hasta que en apenas segundos comenzaron los primeros vestigios de lo que sería un fuerte aguacero. Cassie maldijo el clima de Inglaterra y sujetó a Cheese, que comenzaba a ponerse nervioso. La muchacha sabía que la tormenta estaba a punto de arreciar, no llegarían a Weston Manor a tiempo.

—¡Sígame! —le gritó al duque mientras espoleaba su caballo. Él lo hizo sin decir palabra, aunque con cierto desconcierto.

Cassie le condujo hasta una especie de cueva que conocía muy bien de sus exploraciones por aquellos caminos. No era muy grande, pero dos personas y sus caballos cabían perfectamente. Cuando llegaron, la lluvia ya era una espesa cortina de agua, que los había empapado sin remedio. La muchacha maldijo de nuevo para sus adentros. Si no hubiese estado tan distraída, se habría dado cuenta de que se avecinaba una buena tormenta y no la hubiese alcanzado.

Los dos caballos se asentaron a la entrada de la cueva, resoplándose el uno al otro. Era gracioso ver que, en cierta forma, se parecían a sus dueños. Con

reticencia, Cassie miró a Elliot, y se percató de que la observaba con fijeza de nuevo. Desvió la vista.

—¿Sabía que esta cueva estaba aquí? —Lo escuchó preguntar.

Ella no respondió de inmediato. En cambio, se giró hacia el fondo de la cueva, donde tenía lo que necesitaba para mantenerse ocupada y enterrar los sentimientos que aquel hombre le provocaba. Sujetó un poco de leña y buscó en las alforjas de Cheese lo necesario para encenderla. Por suerte, estaba acostumbrada a hacer aquello desde hacía años y podía realizarlo mecánicamente mientras su cabeza bullía de actividad por tenerlo allí con ella. Era frustrante.

—No es la primera vez que me sorprende la lluvia —susurró al final como respuesta. Cuando el fuego estuvo encendido, por fin se enfrentó a su mirada, no sin reticencia. Se sentía como una cobarde—. He pasado aquí muchas horas.

Él asintió sin decir palabra, mientras se sentaba en el suelo con la espalda pegada a la pared rocosa. Como si entendiese que había estado en aquella cueva mucho tiempo después de que la lluvia parase, sin querer volver a casa y enfrentarse a una vida que no había pedido. Como si viese desde el principio que ella nunca había querido ser una dama, que no había nacido para eso, que no era buena ni siquiera intentándolo. Como si lo entendiese todo. Y Cassie lo odió por ello. Le odió por entenderla y aun así, querer apresarla como a una paloma en una jaula de oro.

“No me importaría ser tu héroe”.

Un trueno sacudió la cueva y Cassie fue a calmar a Cheese y Darkness, hablándoles con voz tranquilizadora. Cuando los hubo quietado, la muchacha se acercó de nuevo al fuego para calentarse, a la vez que intentaba escurrir un poco el agua de su ropa. Maldijo para sus adentros. ¿Por qué tenía que estar aquí con ella? ¿Por qué la había esperado? Cassie estaba cansada de mantenerse en tensión cuando estaba cerca de él y, sin embargo, estaría decepcionada si estuviese sola.

¡Qué patético!

Volvió a levantar la vista y ahí estaban de nuevo esos ojos castaños que la observaban con intensidad. Demasiada. Cassie intentó convencerse de que el sonrojo de sus mejillas era debido a la calidez de las llamas y no a él. Esta vez hizo acopio de todo su valor para sostenerle la mirada. Necesitaba romper aquel silencio insoportable.

—Acérquese al fuego o se pondrá enfermo —le dijo aparentando una

indiferencia que no sentía—. Tiene la camisa empapada.

Elliot apartó la vista de ella, como si quemase, y se dio la vuelta para quitarse la prenda, que se pegaba a su piel. Cassie no pudo evitar fijarse de nuevo en aquella larga cicatriz que cruzaba la espalda del duque, al igual que la primera vez que la vio, dos meses atrás. Era extraño que solo hubiesen pasado sesenta días, parecía mucho más tiempo.

Él se giró y la joven no apartó la mirada lo suficientemente rápido. Elliot sonrió amargamente mientras escurría la tela, que soltó un hilo de agua.

—Horrible, ¿verdad?

Cassie negó con la cabeza, mientras seguía mirando su regazo.

—Solo pensaba... qué puede provocar una herida así —respondió en apenas un susurro, que se confundía con el estruendo de la lluvia en el exterior.

Elliot la miró fijamente, como si buscara algo en ella, hasta que Cassie comenzó a ponerse nerviosa ante su intenso escrutinio. El silencio entre ellos era realmente ensordecedor.

—Fue en un accidente de carruaje —respondió al fin con un extraño tono de voz. Era como si nunca lo hubiese contado y no supiera muy bien cómo hacerlo—. Hace un año.

Cassie ató cabos en su mente con rapidez. Levantó la cabeza de nuevo y esta vez, sí lo miró a los ojos, que se veían más apagados que de costumbre.

—¿Iba con Lillian? —se aventuró a preguntar con cierto reparo. No quería ver de nuevo en su mirada el dolor de la noche anterior, pero se mentiría a sí misma si no admitiera que quería saber qué era lo que había pasado con esa mujer.

Elliot la miró con cierta sorpresa, preguntándose cómo sabía Cassie ese nombre, para acto seguido mover la cabeza con resignación.

—Parece que anoche dije más de lo que debiera —su voz sonaba enfadada, pero no con ella, sino consigo mismo. Fijó la vista en la entrada de la cueva, como si allí fuese a encontrar los secretos del universo.

—Quizá necesitaba sacarlo —arguyó Cassie con cautela, tras una pausa que se le antojó insoportable.

Elliot no apartó la vista de la lluvia mientras asimilaba sus palabras.

—Quizá.

Se hizo de nuevo el silencio y Cassie esperó, apretando los labios con firmeza para no hablar de nuevo. Esperó a que él se decidiera a hablar o le dijera que no era asunto suyo. Fuera lo que fuese, ella lo respetaría.

La espera le resultó eterna.



—Lillian era mi prometida —comenzó con voz queda. A Cassie se le encogió el corazón al escuchar sus palabras—. Faltaba un mes para la boda cuando... todo pasó.

La muchacha siguió sin decir una palabra. Temía que, si lo hacía, el hechizo se rompería y Elliot volvería a cerrarse de nuevo, ahora que por fin parecía querer sincerarse con alguien. Con ella.

—La conocí en un acto social en Londres —siguió diciendo, más para sí mismo que para ella. Parecía sumido en un trance—. Era la mujer más bella de la sala. Brillaba con luz propia, con su pelo dorado y sus grandes ojos azules. No parecía real. —Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios del duque al recordar.

Cassie sintió una fuerte punzada en el pecho y acto seguido se avergonzó por ello. ¿Qué le pasaba? ¿De verdad estaba celosa de una mujer a la que no había visto nunca y que probablemente...? Se sentía una persona horrible. Él seguía sin mirarla, concentrado en su relato. A su lado, Darkness estiró el cuello y comenzó a morder su camisa empapada, ahora en el suelo, pero él no pareció percatarse. Cassie tragó saliva antes de decidirse a hablar por fin:

—¿La amaba? —preguntó antes de poder pensarlo mejor.

Elliot asintió lentamente. Un trueno retumbó con fuerza en el exterior y en el corazón de Cassie. Aquella mujer se había llevado todo de él, no quedaba nada para ella.

—Me enamoré de Lillian sin apenas darme cuenta. Era encantadora y derrochaba una alegría contagiosa —siguió relatando. Era la primera vez que la joven veía sus ojos brillar—. Tras cortejarla el tiempo de rigor, nos prometimos. Fui el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra al saber que ella me correspondía.

—¿Qué pasó? —logró preguntar Cassie en apenas un susurro, que resonó por toda la cueva. En ese momento sintió que ya no quería saberlo, pero no había vuelto atrás. Elliot había reventado la presa que tenía retenidos aquellos recuerdos. Ahora fluían como un torrente incontenible.

Lo observó respirar hondo.

—Aquel día no tenía planeado verla, pero fui a buscarla a su casa de campo en carruaje para dar un paseo con ella sin carabina, a escondidas —contó con la voz llena de tensión, como si no pudiera soportar la avalancha de recuerdos—. Ella aceptó de inmediato, dijo que también me echaba de menos.

Hizo una pausa. Cassie tenía el corazón en un puño y, por la expresión en el rostro de Elliot, parecía estar a punto de subir al cadalso a recibir a la

muerte.

—Al parecer, una serpiente se cruzó en el camino y asustó a los caballos. — Sacudió la cabeza, imperceptiblemente, perdido en aquel instante—. Recuerdo el relinchar asustado de los caballos, el estruendo del carruaje al volcar y destrozarse... Recuerdo un dolor abrasador en la espalda antes de desmayarme. —Elliot apretó los dientes y Cassie tragó saliva incapaz de decir nada—. Lo siguiente que recuerdo es despertarme en una cama, delirando por la fiebre, mientras me intentaban sacar astillas y cristales de la herida. Era insoportable.

Un estremecimiento recorrió a Cassie de pies a cabeza al imaginarlo tendido en una cama con la espalda sangrante y llena de esquirlas. Ahora entendía esa cicatriz tan profunda. Inspiró con fuerza mientras encontraba el valor para preguntar por ella. Aunque, en realidad, la respuesta ya flotaba en el aire sin que Elliot la hubiese pronunciado.

—¿Y Lillian?

El duque cerró los puños con fuerza.

—No me lo dijeron hasta que me bajó la fiebre y pude pensar con claridad — respondió con el dolor tiñendo su voz—. Se dio un golpe en la cabeza demasiado fuerte. Cuando nos sacaron de allí... estaba muerta.

Cassie ahogó un grito mientras él se echaba las manos a la cabeza, enterrando la cara entre ellas. A la muchacha le dolía en el alma verlo así, derrotado y vulnerable, como un niño perdido.

—Tendría que haber sido yo —murmuró contra las palmas, por lo que apenas se le entendía—. Ella no debería haber estado allí. Fue mi culpa, yo debería estar muerto y no ella. Fue mi culpa —repitió como una retahíla.

Una imagen de Elliot la noche anterior, triste y derrotado, inundó la mente de la muchacha. Cassie salió de su estupor y se acercó a él despacio. No sabía qué, pero debía hacer algo para hacerle entender lo que ella veía con tanta claridad. Con cierta sorpresa, vio que se había puesto a llorar sin darse cuenta. Al secarse la humedad de las mejillas, se percató de que estaba sintiendo el dolor de Elliot como si fuese el suyo propio. En ese momento, todo encajó en su lugar y entendió muchas cosas de su forma de ser, de sus reacciones, de sus palabras. Entendió por qué le era tan difícil sonreír.

Se arrodilló junto a él. Con suavidad, le apartó las manos de la cara para que la mirara. Él también lloraba como un niño y Cassie se encontró pensando en que daría lo que fuese para que volviese a lanzarle una de sus sarcásticas sonrisas, que tanto la hacían enfadar. Odiaba verlo así.

¿Qué era aquello? ¿Amor? Cassie siempre había sido de las que, a pesar de no sentirse con fuerzas, acababa enfrentándose a cualquier obstáculo que se le presentara. Y admitir aquello era algo que le había costado demasiado, pero ahí estaba, claro como el agua: se había enamorado de él como una auténtica idiota.

Pero aquello no era importante en ese momento. Ya lidiaría con ello más adelante.

—Escúchame —le dijo con ímpetu. Elliot la miró con sus hermosos ojos y Cassie se obligó a mostrarse firme en sus palabras. Tenía que lograr que viese lo que ella veía con tanta claridad—. No fue tu culpa. ¡Escucha! —repitió cuando él iba a abrir la boca para interrumpirla, haciéndole callar—. Tú no sabías qué iba a pasar, y fue ella quien decidió subir a ese carruaje contigo. Estoy segura de que Lillian te diría lo mismo si estuviese aquí. —El dolor seguía impregnando la mirada del duque como un tinte permanente, y ella deseó borrarlo de un plumazo como fuese—. ¿Y sabes qué más te diría? Que fueses feliz. Pero no por ella, ni por mí, ni por nadie. Por ti. —Hizo una pausa. Él la observaba totalmente atento a sus palabras, como si las necesitase para seguir respirando—. Sé feliz, Elliot, porque es lo que te mereces.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada, se limitaron a mirarse a los ojos. Hasta que no se escuchó nada más que sus agitadas respiraciones, hasta que las lágrimas se secaron en la piel. El corazón de Cassie latía con demasiada rapidez, intentando salirse del pecho. Quería que le llegasen sus palabras, que entendiera que no había sido su culpa, y así se lo decía con los ojos. Tenía miedo que viese lo que sentía por él, y a la vez deseaba que lo supiese. Si lo supiera, quizá todo sería diferente. Cuando él se levantó despacio, ella hizo otro tanto, hasta que quedaron frente a frente. En el rostro de Elliot se dibujaba una expresión que Cassie no supo descifrar. Se apartó de ella lo suficiente para poner distancia entre ellos, rechazándola.

Aquello dolió. Mucho.

Cuando habló, le daba la espalda.

—No puedo ser feliz, ese es mi castigo —murmuró con la voz llena de dolor—. Era a mí a quién buscaba la Muerte, y se la llevó a ella.

Durante unos segundos, Cassie lo miró perpleja. Después apretó los puños con fuerza hasta herirse las palmas; estaba harta.

—¡No eres más que un cobarde! —le gritó enfadada con todas sus fuerzas. Elliot no se giró, pero Cassie notó cómo tensaba la espalda ante sus palabras—. Te escudas en ese montón de excusas para no aceptar la verdad: que no

quieres permitirte ser feliz porque tienes un miedo indecible a volver a sufrir como hace un año. —Cassie hizo una pausa, resoplaba por la ira, y tenía las mejillas encendidas. Apretó los puños a los lados hasta hacerse daño en las palmas—. Pues deja que te diga una cosa, la vida no funciona así. Si no demuestras valor, te hunde y te derrota. —Él no se movió. Ella respiró hondo e intentó moderar su tono de voz—. Una vez me dijiste que ya habías tocado fondo. ¿No crees que ya es hora de subir de nuevo?

Por fin, él se giró hacia ella. La dura mirada que le dirigió le hizo bajar la vista. Ahora la cobarde era ella, fantástico. Pero no quería que viera el dolor que le causaba su actitud. Notó cómo volvía a acercarse a ella hasta pararse a pocos centímetros, acortando el espacio que había entre ellos. Cassie percibía su calor y su olor, abrumando sus sentidos.

—Mírame —le dijo Elliot.

Algo en su voz la hizo obedecer. Él la miraba con tanta intensidad que la atrapó sin remedio. En la boca del duque se dibujó algo parecido a una sonrisa. Pero no una como las de siempre, fría e insensible. La sombra de una verdadera sonrisa, de las que cortan el aliento en apenas segundos.

—Eres la mujer más exasperante que he conocido —murmuró.

Antes de que pudiese replicar, le cogió la cara entre las manos y la besó con ímpetu. Era un beso plagado de furia contenida, de verdades no dichas en voz alta, de sentimientos encontrados, de noches en vela mirando por la ventana. Cassie se percató de nuevo en lo mucho que deseaba aquello, unir de nuevo sus labios con los de él y sentirse como lo hizo la primera vez.

Una de las manos de Elliot se enterró en su larga melena pelirroja, provocándole un dulce cosquilleo. Cassie le acarició el pecho y la espalda desnudas, incapaz de mantenerse quieta, mientras él no le dejaba ni un segundo para respirar, saqueando su boca sin piedad. Aquel beso no se parecía al primero que compartieron, este era más pasional, más sensual. En apenas segundos, se sumergió por completo en él, incapaz de pensar en nada que no fuese seguir sintiendo su contacto. Se apretó todo lo posible contra el hombre, y la muchacha sintió en su cadera la erección de Elliot, haciéndola sonrojar y a la vez anhelar algo que no conocía. Que quería conocer con su ayuda.

Elliot no le dio tregua. Cuando liberó sus labios, recorrió su cuello con los labios, lamiendo y mordiendo, dejando un reguero de fuego que incendiaba la piel de Cassie con cada toque. Ella no quiso ser menos y devolvió cada beso y cada caricia con el mismo ímpetu. Le mordisqueó el labio como él le había hecho la primera vez y, cuando oyó gruñir a Elliot, la joven se sintió poderosa

al darse cuenta de lo que podía provocarle con sus caricias. Envalentonada, y antes de que el duque volviera a embriagarla con otro beso abrasador, las manos de Cassie se movieron hasta llegar al pantalón del hombre, donde la tela estaba tirante. Apenas hubo rozado el bulto con las yemas de los dedos, Elliot gimió con fuerza y le apartó la mano.

—Cuidado, pequeña guerrera —susurró jadeante contra su boca, con una sonrisa ladeada dibujada en el rostro—. Si sigues por ahí, no seré capaz de controlarme.

Al comprender sus palabras, Cassie se sonrojó y retiró la mano, que él acercó hasta sus labios para besarle los nudillos sin dejar de mirarla a los ojos. Por alguna razón, ese gesto le pareció mucho más íntimo que todos los besos que habían compartido. Se controló para no desviar la vista.

—No me importa —le respondió ella con más valentía de la que sentía. No sabía qué le estaba pidiendo exactamente, pero sí sabía que lo deseaba con toda su alma. ¿Estaba mal? Probablemente. Pero en ese momento, con las mejillas encendidas y el pulso acelerado, no le importaba lo más mínimo.

Elliot la besó de nuevo, un beso corto pero apasionado. Cassie no sabía cómo debía sentirse, cómo debía actuar. Solo sabía dejarse llevar.

—Cuando estás cerca, pierdo la poca cordura que me queda —le dijo cuando se separaron—. Si tú no me paras, tendré que hacerlo yo. No puedo deshonrarte así.

Aquello, por alguna razón, la enfureció. Toda su confusión se evaporó, reemplazada por rabia. ¿Qué estaba haciendo con un hombre que la había empujado hacia una boda que no deseaba? No debería haberla besado siquiera, si después pensaba irse. Se formó un nudo en su garganta, y luchó por contener las lágrimas. Usó la rabia que sentía para ello, para protegerse. Quizá estaba siendo irracional, pero no le importaba. Estaba enamorada de un hombre que no la correspondía, que no iba a hacerlo nunca. Estaba enamorada de un hombre que la empujaba hacia otros brazos. Y no quería, lo odiaba por ello. Le gustaría arrancarse el corazón y así dejar de sentir todo aquello que la corroía por dentro: tristeza, rabia, impotencia... Hacerse fría y fuerte como una roca.

Pero hasta las rocas pueden romperse si las golpean con la suficiente fuerza.

—Entonces, no tenemos nada más que hablar —le dijo Cassie fríamente, apartándose. Él la miró con desconcierto—. Mejor me marchó, no sea que no te puedas controlar y pierda valor ante el mejor postor.

Elliot frunció el ceño, totalmente perdido. Cuando por fin entendió sus

palabras, abrió los ojos por la estupefacción. Parecía dolido, pero no le importó. No dejó que le importase. Estaba cansada de aquello.

—No he querido decir eso —replicó él con rapidez. Pero ella ya había montado en Cheese, cabalgando bajo la lluvia—. ¡Cassandra! —Le oyó gritar a su espalda.

Ella no se giró y las lágrimas volvieron a caerle por las mejillas, sin poder contenerlas más, mezclándose con el agua que todavía caía furiosamente del cielo. Pero no le importaba, ya no. Quizá si lloraba en ese momento lo suficiente, ya no tendría que llorar por él nunca más.

—¿Qué estoy haciendo? —Sollozó contra el cuello de su caballo.

Ojalá lo supiese.

## Capítulo 14

—¡Hijo mío!

Elliot pensó que estaba sufriendo una alucinación cuando vio aparecer por la puerta principal de Weston Manor a Brandon Wise, actual duque de Lennox, también conocido como su padre.

Lo observó con detenimiento, siempre tan enérgico, mientras se acercaba a él y le daba el sombrero y la capa a un extrañado mayordomo. Cabello negro, que había heredado James, figura atlética y sonrisa encantadora, que se reflejaba en sus ojos azules.

El hombre dio un fuerte abrazo a un todavía perplejo Elliot, que se lo devolvió con torpeza. Su padre siempre había sido para él un ejemplo a seguir desde que era pequeño, con su vitalidad y su saber estar. Brandon había estado muy preocupado por él desde que ocurrió lo de Lillian, y Elliot odiaba causarle problemas. Tanto a él como a su madre. Pero por mucho que lo intentase, no podía evitar ser un idiota insensible.

Y últimamente se estaba luciendo más de lo normal.

—Tranquilo, Brandon, que vas a dejarlo sin respiración —dijo una voz suave desde la puerta, llamando su atención.

—¿Madre? —preguntó Elliot, mirando por encima del hombro de su todavía efusivo padre.

Julia Lennox le sonrió contenta. Se quitó el sombrero, dejando al descubierto su brillante cabello castaño. Sus enormes ojos color avellana, que ambos hermanos habían heredado de ella, escrutaban todo a su alrededor con curiosidad. Llevaba un sencillo vestido azul claro, sin demasiados adornos, como a ella le gustaba. Toda ella irradiaba ternura, y Elliot se sintió de nuevo como un niño, como cuando apoyaba la cabeza en su regazo y ella le acariciaba el pelo con delicadeza, diciéndole que todo saldría bien.

—Qué alegría verte de nuevo, cariño —le dijo acercándose para darle un beso en la mejilla—. Te veo diferente —añadió escrutándole detenidamente con los ojos entrecerrados, hasta que Elliot se puso nervioso. Su madre siempre había sido demasiado perspicaz.

—¿Estás segura, madre? Yo lo veo tan imbécil como siempre —respondió su hermano en su lugar, asomándose en lo alto de la escalera del vestíbulo, con un deje de diversión en la voz.

Elliot puso los ojos en blanco y su madre rio, acostumbrada a las constantes riñas de sus hijos.

—¡James! —exclamó su padre en ese momento, palmeándole la espalda con fuerza a su primogénito, que hizo una mueca de dolor.

—Padre, deberías controlar tu fuerza —replicó el aludido con una mueca, masajeándose el hombro derecho cuando el duque lo liberó por fin de su estrecho abrazo—. Un día vas a arrancarle la cabeza a alguien.

Brandon soltó una ruidosa carcajada como respuesta, que acabó por contagiar la risa a todos a su alrededor. Al ver a su familia reunida de nuevo, Elliot se sintió bien por primera vez en muchos días. Desde el episodio de la cueva, dos semanas atrás, apenas había hablado con Cassandra. En parte porque ella lo evitaba, en parte porque no sabía qué decirle. Le estaba muy agradecido por haberle escuchado y por haberle asegurado que no era su culpa, siendo valiente por los dos. Pero ella era peligrosa para su cordura. Todavía intentaba entender qué se había apoderado de él aquel día. ¿Era solo deseo? ¿O algo más? No quería averiguar la respuesta. No había sentido nada así desde... bueno, desde Lillian. Y eso lo asustaba.

Cassandra tenía razón. Con pensar en volver a sufrir de nuevo otra pérdida, todo su ser se rebelaba contra aquella idea. Solo estaba seguro de algo: él no la merecía. No era bueno para ella. Así que no volvería a tocarla de nuevo. La joven no merecía que jugasen con ella, no cuando él no podía darle lo que necesitaba. Pero no estaba pensando en nada de eso cuando la besó en la cueva. Solo quería sentirla bajo sus manos. Fue egoísta, pero no pudo evitarlo.

—Qué alegría estar todos juntos de nuevo —exclamó el duque de Lennox, con la satisfacción de un cabeza de familia orgulloso que se reúne de nuevo tras mucho tiempo.

—Lo que me lleva a preguntar... ¿qué hacéis aquí? —intervino Elliot, frunciendo el ceño—. Si hubieseis avisado, habríamos preparado vuestra llegada.

—Nos invitó James —respondió Brianna, acercándose a su hijo mayor para darle un beso—. Tú también te ves diferente, hijo —dijo, escrutándolo.

James se encogió de hombros, sin responder nada concreto.

Elliot frunció el ceño levemente, sabiendo de las preocupaciones de su hermano. Le había contado la conversación que tuvo con Alice Clark y sabía de buena tinta que James llevaba estas dos semanas buscando la forma de hacerle ver a la mujer que le importaba bien poco que ella no fuese noble. Pero la institutriz era un hueso duro de roer y no estaba poniéndole las cosas



fáciles. Sin embargo, él no parecía tener ganas de rendirse.

Estaba algo asombrado por la actitud de su hermano, al que nunca había visto interesarse así por ninguna mujer. Eso era porque de verdad le importaba. Se alegraba mucho por él y esperaba que pronto pudiese arreglar las cosas con ella.

Elliot sabía que sus padres también se alegrarían en cuanto se enterasen, sin importarles que Alice no tuviese un origen aristocrático. A pesar del ducado, los cuatro formaban una familia poco convencional.

—¿Quiénes son ustedes? —interrumpió una voz en ese momento. Una voz que alteraba todos sus sentidos.

Cassandra bajaba en ese momento por la escalera, seguida de Alice. Aquella mañana se había vestido con un corpiño color beige y una falda un poco más oscura. La melena pelirroja estaba recogida de forma intrincada y elaborada, nada propia de ella. Elliot frunció el ceño al verla, pero ella no le dedicó ni una mirada, como de costumbre.

Alice la reprendió por su falta de modales, pero ella siguió frunciendo el ceño a los recién llegados. Elliot recordó cuando él mismo llegó a Weston Manor y casi sonrió. Cassandra recibía a todas las visitas de la misma forma, con descaro.

—Estos, señorita Price, son nuestros padres —respondió James con una inclinación de la cabeza hacia ambas mujeres—. Les presento a Brandon, duque de Lennox, y Julia Lennox, su esposa.

—No es necesaria tanta ceremonia, James —le reprendió su madre mientras Cassandra y Alice saludaban con una reverencia al duque y la duquesa—. Estamos en familia.

Sonrió a Cassandra.

—¡Es cierto! —corroboró Lennox—. La pupila de mi primo Thomas es como mi propia hija.

El duque besó la mano a Cassandra con un gesto galante, y ella lo miró asombrada.

Elliot sabía que su padre había estado muy unido al viejo duque de Weston, por lo que sabía que Cassandra sería bien recibida entre ellos. Se dio cuenta de que su madre lo estaba observando con atención y se apresuró a desviar la vista de la mujer que le estaba quitando el sueño.

—Se lo agradezco, excelencia —estaba diciendo en ese momento Cassandra a su padre, levemente ruborizada.

—Llámame Brandon —respondió mi padre con un ademán de la mano,

restándole importancia a su título—. Los ingleses somos demasiado estrictos con el protocolo en público, no hace falta serlo también en privado.

Cassandra sonrió. James aprovechó ese momento para presentar a Alice a los duques de Lennox, que la saludaron con su acostumbrada simpatía. Elliot se fijó en que su madre se había dado cuenta del modo en que la miraba James. No le extrañó que Alice se sonrojara ante tanta atención.

—¿Y si pasamos dentro? —intervino Elliot, salvando a Alice del aprieto, cosa que le agradeció con la mirada. Los demás asintieron y se adentraron al salón principal mientras su padre seguía hablando sin descanso—. Ordenaré que lleven el equipaje a vuestra habitación. ¿Cuánto vais a quedaros?

—Lo que haga falta, cariño —respondió Julia con una sonrisa enigmática—. Lo que haga falta.



Cassie y Alice acompañaron a la duquesa de Lennox a dar un paseo por Rochester, pues la mujer quería hacer algunas compras.

—¿No había estado nunca aquí, excelencia? —le preguntó Alice. Por alguna razón, la madre de Elliot le transmitía serenidad y se sentía cómoda a su lado. En cierto modo, James se parecía mucho a ella, con esa sonrisa encantadora y cálida que lo caracterizaba.

Trató de no pensar en él, pero fracasó estrepitosamente, al igual que en todas las ocasiones anteriores. James había tratado de hablar con ella muchas veces, pero Alice siempre había alegado alguna tarea para escabullirse lo antes posible. No entendía la tenacidad del hombre, porque estaba claro que ella tenía razón. No tenían futuro juntos, venían de lugares muy distintos.

Sin embargo, le era imposible dejar de pensar en él y en el beso que se habían dado. James la había hecho sentir viva de nuevo y no sabía cómo lidiar con esas renovadas sensaciones que intentaban dominarla. Por mucho que quisiese aceptar la proposición del futuro duque, sabía que no era correcto. La reputación de él se vería afectada por cortejar a una mujer que lo llevaría a un matrimonio poco ventajoso, y ella no quería eso para él.

Alejarse era lo mejor.

—Una vez, hace muchos años, cuando vinimos a visitar a Thomas —respondió la duquesa con una sonrisa—. Pero por favor, llámame Julia. Los

formalismos sobran entre amigas.

Ambas le sonrieron. Alice se sentía como si tuviese escrito en la frente lo que sentía por su primogénito y Julia pudiese verlo con facilidad cada vez que la miraba. Cuando supo que los padres de los hermanos al fin venían de visita, Alice no sabía qué esperar. Pensaba que se encontraría con los típicos aristócratas estirados que miraban a los demás por encima del hombro, pero nada más lejos de la realidad. En realidad, no debería sorprenderla al haber conocido a sus hijos. Los Lennox eran una familia muy distinta a lo que ella había imaginado, muy cercana y amable.

Aunque eso no la ayudaba con los nervios por la situación. Hacía demasiados años que no se sentía deseada por un hombre y aquello la inquietaba como si fuese una debutante. Era ansiedad y alegría a partes iguales, una sensación maravillosa. Aunque no había conseguido hablar con ella cara a cara, James había conseguido comunicarse de otra forma.

El día anterior se había encontrado sobre su cama tres rosas rojas atadas con una cinta del mismo color y todavía se preguntaba asombrada cómo había averiguado James que eran sus flores favoritas. Junto a ellas había una nota que ponía: “Si me dejas, me gustaría regalarte muchas más”. Mentiría si dijese que no había sonreído al verlo. Pero en realidad, la tenacidad de James lo hacía todo mucho más difícil.

Alice intentó entrar de nuevo en la conversación. La duquesa estaba interrogando a Cassie, que respondía a todas sus preguntas como mejor podía. La institutriz la miró preocupada. Su pupila llevaba unos días triste y abatida. Procuraba que no se le notase, pero Alice leía en ella como en un libro abierto. También sabía perfectamente a qué se debía: Elliot. Por su parte, el duque parecía estar en la misma situación, su rostro sombrío comenzaba a dar miedo. Alice esperaba que la visita de sus padres arreglara de algún modo la situación. Al menos, James lo creía así, tal y como le aseguró cuando ella fue a verlo para comunicarle su plan de unirlos.

El carruaje se detuvo en la calle principal de Rochester y Julia se apeó con rapidez, diciéndoles por gestos que se diesen prisa. Pasearon un rato hasta que vieron una preciosa tienda de moda y la duquesa entró como si fuese cliente de toda la vida. La institutriz miró a Cassie, que observaba el establecimiento como si fuese el mismísimo cadalso.

—Vamos —le dijo con una sonrisa para darle ánimos. Cassie le devolvió la sonrisa, pero parecía más una mueca. Alice sabía muy bien lo poco que le gustaban aquellos sitios.

Cuando entraron, la tienda hervía de actividad. Alice imaginaba que era porque era de las más cercanas y parecía tener buena reputación, así que las damas de la zona y alrededores debían encargarse aquí su ropa y complementos. Costureras iban de aquí para allá llevando telas y cosiendo dobladillos. Una de las empleadas las llevó a una sala para servirles un té mientras Julia escogía la tela para un vestido nuevo.

—Os voy a regalar uno a vosotras también —había dicho resueltamente, cortando sus protestas con un ademán de la mano.

Mientras la duquesa se colocaba en la peana para que le tomaran las medidas, Alice se concentró inconscientemente en las voces que salían de la sala contigua, donde dos damas también tomaban té mientras una tercera se probaba un vaporoso vestido verde oscuro que, para gusto de Alice, era muy recargado. La puerta de comunicación estaba entreabierta y las reconoció de inmediato: eran las hermanas Wallace. Aunque las tres estaban casadas con hombres ricos, todavía se las conocía por sus apellidos de soltera. Vivían muy cerca de Weston Manor, pero nunca se habían visitado porque el viejo duque las aborrecía. Aquellas mujeres eran conocidas por su amor a los cotilleos. Y no parecía que aquella vez fuera a ser distinto. Se preguntó quién sería esta vez el blanco de su conversación.

—Así me lo ha contado mi cocinera, que los vio llegar mientras volvía de hacer la compra —decía en ese momento la hermana que se estaba probando el vestido, mientras daba una vuelta para verse mejor la espalda en el espejo —, parece que los padres del duque han venido de visita. ¡El duque de Lennox, ni más ni menos!

Era increíble. Alice debía de haber imaginado que la visita de los duques no pasaría desapercibida para la alta sociedad. Eran como arañas en busca de moscas. Además, cuando no había temporada, cualquier acontecimiento por simple que fuera era digno de mención.

—Quizá estén aquí para instarle a que se case —dijo con voz anhelante otra de las hermanas, tras darle un sorbo a su taza de té—. Mi hija sería perfecta para él. ¡Duquesa de Weston, ni más ni menos!

—Antes de casarse, tendría que deshacerse de esa niña que tiene a su cargo —respondió la tercera malévolamente, echando un terrón de azúcar a su propia taza—. No sé en qué estaría pensando el viejo Weston cuando escribió aquel testamento. Seguro que no estaba en sus cabales. Ha condenado al nuevo duque a casarla con la mayor brevedad posible.

Alice entrecerró los ojos y apretó los dientes para no intervenir y decirles

cuatro cosas a aquellas brujas. Como muchas otras veces, habían convertido a su niña en tema de conversación, simplemente porque no era como ellas. A su lado, Cassie se había puesto tensa, y la institutriz supo que también estaba oyéndolo todo. Deseó que no estuviese allí para escucharlas.

—Pues le deseo suerte —intervino entonces de nuevo la del vestido—. No creo que ni con una dote millonaria pueda casarla. ¡Esa chica no tiene madera de aristócrata! ¡Ni modales! ¿Qué se puede esperar de la hija de unos simples comerciantes?

—Y encima es una desvergonzada —apostilló la tercera hermana, que parecía estar disfrutando con aquella conversación. Eran unas arpías—. Vivir con dos hombres solteros, aunque tenga un ejército de carabinas, sigue siendo una mancha enorme en la reputación de cualquiera.

—¿De qué reputación hablas? —preguntó con ironía la segunda hermana. Las tres mujeres soltaron ruidosas carcajadas; parecían tres gallinas cluecas.

Cassie apretó los puños en su regazo, le temblaban. Se estaba esforzando por no llorar. Alice estaba furiosa. ¿Cómo se atrevían a juzgarla de ese modo sin conocerla siquiera? Si había algo que odiase de la aristocracia, era aquello sin duda. Para ellos la reputación lo era todo, pero ¿qué te daba a cambio? Nada de nada. Y, sin embargo, no se podía sobrevivir sin ella.

—Se acabó —dijo Alice levantándose como un resorte, estaba harta de escucharlas—. Voy a darles su merecido.

Sin embargo, una mano la paró antes de que pudiese dar un paso más hacia las hermanas Wallace. La duquesa estaba a su lado y, a juzgar por su furiosa expresión, también lo había oído todo. Cuando abrió de golpe la puerta que comunicaba ambas salas, las tres mujeres se giraron hacia ella y, al verlas, se quedaron pálidas como muertas. Alice tuvo ganas de sonreír. Ahora ya no eran tan valientes.

—Buenas tardes, señoras —dijo Julia con naturalidad, todo sonrisas—. No he podido evitar escuchar que estaban hablando de mí y de mi familia, así que he creído conveniente intervenir en su conversación

Alice creyó ver cómo las tres mujeres tragaban saliva al unísono.

—Voy a ser breve —siguió diciendo la duquesa, endureciendo su expresión. Alice pensó que ya sabía de quién había heredado Elliot esa mirada—. Espero que no vuelva a oírlas hablando sobre mí, mis hijos, la señorita Price o cualquier miembro de mi familia, o yo misma me encargaré de que sus reputaciones sean enterradas en el fango. Espero haberme explicado con claridad.

Las tres mujeres asintieron como sonámbulas, todavía mirándolas con asombro. La gente siempre procuraba no contradecir a una duquesa si no quería suicidarse socialmente. La institutriz creyó que tardarían bastante en salir de su estupor. No le daban ninguna pena.

Dicho aquello, Brianna les cerró la puerta en las narices y sonrió como si no hubiese pasado nada. Se acercó a Cassie, que seguía sentada con la cabeza gacha, y le alzó el mentón para mirarla a los ojos fijamente. Alice miró asombrada cómo la duquesa le daba un beso en la frente a una avergonzada Cassie, que parpadeaba con rapidez para despejar su acuosa mirada.

—Tú eres maravillosa tal y como eres, no importan tus orígenes —le dijo con firmeza, en un tono que no admitía réplica—. A cualquiera que le importe eso no es digno siquiera de un simple pensamiento tuyo.

Alice la adoró en ese momento. Cassie le sonrió con timidez y ella le devolvió la sonrisa. La institutriz pensó que, al fin y al cabo, la visita de los duques traería muchas más cosas buenas de las que había pensado James. Y se alegraba mucho por ello.

—¡Bueno! —exclamó la duquesa, con renovado entusiasmo, levantando a Cassie de la silla—. ¿Continuamos con vuestros vestidos?

## Capítulo 15

El salón de baile de Weston Manor estaba a rebosar de invitados. Parecía que todo el condado hubiese aceptado la invitación del nuevo duque de Weston para el baile que, en realidad, había organizado contra su voluntad por instancias de su madre.

Alice había encontrado por fin una aliada para domar la rebeldía de Elliot en cuanto a asuntos protocolarios, y James había decidido no intervenir en aquella batalla que no se podía ganar. Ahora se preguntaba si tendría que haber acudido en auxilio de su hermano pequeño.

Hasta él se sentía asfixiado, y eso que no era ni por asomo el centro de todas las miradas.

—¿Llevas aquí casi tres meses y todavía no has organizado ningún acto social? —le había preguntado una sorprendida Julia a su hijo más joven.

Así que, frente a la mirada horrorizada de Elliot, y haciendo caso omiso de las protestas de este, su madre y Alice habían comenzado a organizar aquel baile en una semana. Y toda la sociedad de los alrededores y de algún que otro condado había acudido presta para asistir al que parecía que iba a convertirse en uno de los actos sociales más importantes del año.

James había oído que el viejo duque de Weston no solía acudir ni organizar actos sociales, así que no abría su casa a ninguna persona prácticamente. Eso era toda una ofensa, aunque la sociedad londinense siempre está dispuesta a perdonar a un duque algo rebelde. No tanto a su hija, sin embargo. Y menos cuando ni siquiera era su hija. James miró hacia la amplia entrada del salón, donde Cassie todavía no había hecho acto de presencia, a pesar de que ya hacía una hora que habían comenzado a llegar los invitados. En realidad, tenía sus dudas de que fuese a bajar. No podía culparla. Buscó a Elliot, que estaba a un lado con su madre recibiendo a los invitados, que parecían venir en oleadas, y casi río. Su hermano parecía que estuviese en un funeral y James sabía que Cassie no debía de estar mucho mejor.

A Elliot al menos lo adoraban. Todas las madres con hijas solteras estaban desesperadas por captar su atención. A Cassie la despreciaban por no ser como ellos, y eso era difícil de enfrentar.

Por el rabillo del ojo vio una figura aparecer sola en la entrada del salón, distrayéndolo de sus pensamientos. Al principio pensó que por fin Cassie

había decidido bajar, pero al mirarla bien, se quedó momentáneamente sin respiración.

¡Dios Santo!

Alice había decidido unirse a la celebración, pero no parecía ella. Había sustituido aquellos vestidos de institutriz, sobrios y sin forma, por un precioso vestido rojo intenso que dejaba a la vista sus preciosas curvas. James levantó la vista, despacio, desde la falda abombada, pasando por el escote redondo que enseñaba la cremosa piel de su pecho, hasta sus ojos verdes, que brillaban reflejando distintas emociones: nerviosismo, emoción, turbación. Se había arreglado el pelo de tal forma que unos cuantos rizos dorados cayesen por su hombro derecho. Estaba absolutamente preciosa.

James tragó saliva, sin poder quitarle la vista de encima.

Aquello no era un capricho, estaba convencido. Nunca había deseado tanto a una mujer como lo hacía con ella, y no creía que fuese algo pasajero. Le importaba bien poco que Alice no fuese de clase alta, quería casarse con ella. Era algo que había decidido en el mismo momento en el que se rindió a sus instintos y la besó. Su padre le dijo una vez que sabría con toda certeza que era la indicada en cuanto la viera, y James lo sentía. Era ella.

Pero no sabía cómo demonios hacérselo ver. Era muy terca cuando se lo proponía.

—¿Por qué sigues ahí como una estatua? —le dijo una voz conocida al oído, sobresaltándole. Su madre rio—. Creo que deberías salir de tu estupor e invitar a esa encantadora joven a bailar.

El hombre miró a su madre, todavía mudo. Enarcó una ceja al ver su expresión de aparente inocencia.

—Imagino que has intervenido en esto, madre —le preguntó entrecerrando los ojos.

Ella sonrió y se tocó con cuidado su impecable recogido. Estaba radiante. A pesar de las negativas de Alice, había decidido contarles a sus padres las intenciones que tenía con ella. Tras hacer su confesión, se había percatado de que su madre ni siquiera parecía sorprendida por la noticia. Estaba seguro de que lo había visto desde el principio, y ya había comenzado a urdir aquello desde el mismo momento en que puso un pie en Weston Manor. Lejos de impedirselo, sus padres lo habían animado a seguir intentándolo. Les estaba muy agradecido por ser como eran. Entendían lo que significaba amar sin reservas a alguien, sin importar sus orígenes.

—Definitivamente, el rojo es su color —respondió por fin con orgullo mal



contenido, confirmando sus sospechas.

James sacudió la cabeza, soltando una carcajada. Ella se unió a él.

—Te quiero —le dijo a su madre, que le dio un beso en la mejilla.

—Lo sé. —La cara de la duquesa reflejaba satisfacción—. Ve antes de que alguien se adelante y conquístala.

James no perdió más tiempo y marchó hacia ella, que no se había movido de la entrada y miraba a su alrededor con visible nerviosismo. La gente que también había reparado en ella, murmuraba en su dirección, preguntándose quién era aquella mujer salida de la nada. Sería la reina del baile. Su reina.

Mientras avanzaba entre la gente sin dejar de observarla, Alice reparó en su presencia y le sonrió con timidez. James recordó aquella tarde en el jardín, cuando ya no había podido soportarlo más, y se había apoderado de sus suaves labios. Jamás pensó que ella le respondería con idéntico deseo. Jamás había sentido nada como aquello y supo en ese momento que no podía dejarlo escapar.

No podía evitarlo, era un romántico.

Cuando llegó a su altura, James la saludó con una reverencia, que ella le devolvió con desenvoltura, como si hiciese aquello todos los días.

—Hermosa dama, espero que me conceda este baile —le pidió con una sonrisa traviesa.

Alice sacudió la cabeza, nerviosa por su presencia. James sabía lo que estaba pensando, que aquello era un error. Pero él no había estado tan seguro de algo como en ese momento.

—No debería —alegó ella con voz débil. Su resolución flaqueaba.

—Es una petición inocente —le dijo sin rendirse—. Siempre puedes pararme antes del tercer baile.

Finalmente, Alice rio. James sintió el sonido de su risa en todos los músculos de su cuerpo.

—Eso sería escandaloso, milord —le respondió.

—Pues demos de qué hablar, entonces —le susurró, tendiéndole la mano enguantada.

Alice vaciló, pero finalmente pareció rendirse y dejó que la guiara hasta la pista de baile. Era demasiado hermosa, siempre lo era. Sintió su calidez a través de la tela de los guantes, y la sujetó con más firmeza.

No pensaba dejarla ir.



Cassie estaba sentada frente a su tocador, mirándose al espejo sin saber muy bien qué esperaba ver. No sabía cuánto tiempo había pasado, si tan solo minutos u horas, pero sí sabía que no quería bajar. Desde allí se escuchaba la música que venía del salón, y estaba tentada de taparse los oídos, como si fuese una niña pequeña.

Quizá estaba siendo demasiado dramática. Nunca le había importado lo que dijese de ella, pero escuchar a las hermanas Wallace criticarla le había dolido mucho. Todavía volvían de vez en cuando a su mente retazos de aquella conversación, que desearía no haber escuchado nunca.

“¿Qué se puede esperar de la hija de unos simples comerciantes?”.

No era aceptada, ella lo había sabido desde el principio. Tampoco deseaba serlo. Pero aquellas horribles mujeres habían confirmado lo que ya sabía en su interior: era una carga para el nuevo duque y nunca podría casarla.

Una parte de ella se alegraba, porque nunca había querido un compromiso por conveniencia. Pero otra parte, más fuerte cada día que pasaba, aceptaría cualquier proposición que apareciera con tal de salir de aquella casa de una vez por todas.

Elliot había logrado que quisiese huir del único sitio que había considerado un hogar. El día que lo conoció, se había prometido a sí misma que no se dejaría vencer, que no dejaría que decidiese su destino. Pero sin apenas darse cuenta, la había hundido con él en aquel pozo del que no podía, ni quería salir.

Lo detestaba por ello. Por no ser capaz de enfrentarse a sus miedos, por no luchar. Por hacer que lo amase para después destrozarle el corazón sin ni siquiera saberlo.

Había creído que solo era un sentimiento vano y pasajero, pero se engañaba a sí misma y en la cueva pudo verlo con claridad. Hizo falta que él desnudara su alma para que ella pudiese ver qué había en la suya, y era un hecho que estaba completamente enamorada de él. Estaba perdida, el amor era su perdición, y ella había dejado que ocurriera.

El sonido de la puerta al abrirse la sacó de su ensimismamiento. Pensando que podía ser su institutriz, Cassie se sorprendió al ver a Julia Lennox en el umbral, sonriéndole a través del espejo.

—¿Puedo pasar?

La muchacha asintió con la cabeza y la duquesa se acercó a ella sin dejar de sonreírle. Cassie se sentía cómoda con ella, a pesar de que la conocía de apenas unos días. Esa sonrisa le daba confianza, se parecía mucho a la de James. Pero también veía a Elliot en ella, y eso estrechaba el nudo que tenía en su garganta.

—Me preguntaba por qué no habías bajado aún —comenzó con suavidad. Al ver que ella no contestaba, se sentó en una banqueta que había a un lado y siguió hablando—: Yo no era noble cuando me casé con Brandon, ¿sabes?

Cassie la miró sorprendida. Había supuesto que Julia era de clase alta antes de casarse, todo en ella parecía indicarlo. Era una dama espléndida y elegante. Ella sonrió ante su escrutinio.

—Mis padres eran de clase media. Mi madre sí era de noble cuna, pero su familia la repudió cuando decidió casarse con un abogado sin título nobiliario —relató la duquesa con nostalgia.

—¿Cómo acabó casada con el duque? —se aventuró a preguntar Cassie.

—Al cumplir los diecisiete años, la hermana de mi madre, que estaba casada con un marqués, me llevó a su casa dispuesta a enseñarme todo lo que ella sabía, para que tuviese una gran aparición en sociedad —explicó Julia—. Cuando debuté, me protegía el título de mi nuevo tío, pero nunca dejaron que olvidase de dónde venía.

Cassie bajó la mirada a su regazo, donde sus manos enguantadas descansaban, laxas. Podía reflejarse perfectamente en la historia de la duquesa, pero sin duda no iba a tener el final feliz que ella tuvo.

—¿Se casó por conveniencia? —preguntó Cassie antes de poder pensárselo mejor.

La mujer sacudió la cabeza.

—No exactamente —respondió levantándose y arreglándole una de las mangas del vestido a Cassie, que la dejó hacer con cierta vergüenza—. Es cierto que yo no amaba a Brandon cuando me casé, pero sí acepté casarme con él por propia voluntad cuando me lo pidió.

Cassie la miró con interés, pendiente de cada palabra.

—¿Por qué?

—Porque era bueno y amable conmigo, porque me hacía sentir deseada —respondió con total naturalidad—. Porque era y es un amante experto —añadió con picardía.

Cassie se sonrojó hasta la raíz del pelo y la duquesa rio al ver su aturullamiento.

—También sabía en mi interior que podría llegar a amarlo —siguió diciendo, más seriamente—. Así lo hice... y todavía lo hago.

—Y él a usted.

—Más le vale —respondió Julia con soltura, y ambas mujeres rieron. Entonces, la duquesa cogió las manos de Cassie y la miró con seriedad—. No importa qué digan de ti, o cuánto quieran herirte, la vida puede cambiar en un segundo y no puedes esconderte de ella.

A Cassie se le humedecieron los ojos y parpadeó para contener las lágrimas. Al verla, la mujer la abrazó con fuerza. No se había dado cuenta de lo mucho que había necesitado a alguien que le dijera aquello, que la entendiera y supiera qué decir para que se sintiera mejor. La señora Clark siempre había estado ahí como una amiga, y se lo agradecía enormemente, pero no era lo mismo. Cassie había echado de menos a una madre de la que apenas conservaba recuerdos, siempre deseando que estuviese allí con ella para darle consejos. Para abrazarla y que le dijera que todo iría bien.

Y ahora aquella mujer que apenas la conocía le daba su cariño.

—Bajemos —le dijo Cassie, más tranquila. No tenía por qué esconderse, todavía vivía allí y no era ninguna delincuente que debiese avergonzarse de su delito. Entraría allí con la cabeza alta.

—Una cosa más. —Julia sonrió y le deshizo el intrincado peinado en el que había recogido su melena pelirroja, haciendo que esta cayera libre sobre sus hombros. Cassie la miró con asombro mientras sentía el cabello acariciando su piel—. Estás mucho más guapa así, y creo que ya podemos romper todas las reglas.

La duquesa le guiñó un ojo de una forma nada decente y le enganchó unos cuantos mechones para tener el rostro despejado, pero dejando el resto del pelo cayendo en bucles por su espalda. Cassie no pudo reprimir una sonrisa. Desde luego, no era un peinado que siguiese la moda, pero le dio igual. ¿Qué más daba otro motivo de crítica? Además, a ella también le gustaba más así. Se acomodó los bucles rojos con la mano y se dirigió a la puerta, que Julia ya estaba atravesando.

Era la hora del baile.



Elliot miró a su interlocutor con seriedad, sentado tras el escritorio de su despacho. El marqués de Snowdon lo había abordado poco después de que hubiese acabado de recibir a los invitados, pidiéndole hablar a solas. Creía saber a qué se debía tanto secretismo, porque lo había visto en varios eventos de las últimas semanas rondando a Cassandra. Lo observó con detenimiento. Por lo que había oído, a las damas les parecía un hombre bien parecido, simpático y de buen talante. Además, era un hombre rico y con título. En resumen: un buen partido. Y él no querría menos para Cassandra. Sin embargo, no acababa de estar convencido de que el marqués fuera un buen marido para ella. Aunque no tenía ninguna razón de peso para pensar lo contrario.

Se aventuró a hablar para romper el silencio que se había impuesto entre los dos caballeros.

—Entonces, ¿a qué debo el honor?

El hombre sonrió con amabilidad.

—No voy a andarme por las ramas, Weston —respondió con la voz tranquila, todo él derrochaba serenidad. A Elliot lo ponía de los nervios—. Me gustaría cortejar a la señorita Price.

—¿Por la dote? —le preguntó sin poder evitarlo. Era descortés, pero necesitaba saber la respuesta a esa pregunta. Aunque complicara las cosas.

Snowdon negó con la cabeza.

—Por mí, puede quedarse la dote. A mí me importa ella, no su apellido —lo dijo con tal vehemencia que Elliot se sorprendió. Antes de que pudiese preguntarle, el marqués prosiguió—: Es bella, divertida... nada que ver con el resto de damas que he conocido. Me gusta y creo que puede llegar a corresponderme.

Podía ver sincero interés en el marqués y Elliot no pudo evitar la terrible punzada de celos que le inundó el pecho, dejándolo desconcertado. ¿Bella, divertida? Cassandra era mucho más que eso. Tenía una vitalidad que alcanzaba a todos los que hubiese a su alrededor, un carácter arrollador, unos ojos que parecían atravesarle el alma, averiguando todos sus secretos. Era una pequeña guerrera que lo volvía loco cada vez que la veía o hablaba con ella. Simplemente con mirarlo ya despertaba algo en él que creía muerto.

Cerró los ojos un segundo, frustrado. ¿Por qué demonios se sentía así? ¿Ella no debería ser nada para él! Solo se preocupaba por ella, por su bienestar, nada más. Snowdon la cuidaría bien, sería feliz a su lado. El resto no importaba, él no importaba.

Al ver que no respondía, Snowdon volvió a intervenir con un carraspeo.

—Vendré mañana a hablar con ella para comunicarle mis intenciones. Si ella me acepta, comenzaré a cortejarla —dijo levantándose. Elliot lo imitó, pero estaba muy lejos de allí, debatiéndose con sus emociones. Poco a poco, se percató de que el marqués le tendía la mano—. ¿Le parece bien?

Elliot asintió con sequedad, devolviéndole el apretón. Todavía estaba intentando ordenar sus pensamientos, sus sentimientos. A malas penas, logró despedirse del marqués, que lo miraba con curiosidad. Él ignoró su mirada y se giró hacia la ventana, esperando oír el ruido de la puerta del despacho al cerrarse.

Pero este no llegó.

—Parece que lo tienes todo muy bien pensado.

Elliot se giró sobresaltado, y se enfrentó a su padre, que lo miraba con expresión sombría. La seriedad no era un distintivo de Brandon Lennox, así que se sintió desconcertado.

—¿Qué?

Su padre entrecerró los ojos, tal vez preguntándose si su hijo era idiota. Cerró la puerta a sus espaldas, y Elliot se preguntó cuánto tiempo llevaba ahí sin que él se hubiese percatado de su presencia.

—Esa chica está sola, no tiene a nadie, y tú pretendes casarla con el primero que aparece como si fuese una simple pelusa en tu chaqueta que debas quitar —respondió Brandon con un deje de acusación en la voz.

—¡No es así! —gritó Elliot, enfadado. Su padre ni se inmutó ante su arrebató —. Snowdon es un buen partido, lo he investigado. Ella estará bien.

Brandon arqueó las cejas, escéptico.

—¿Y acaso le has preguntado lo que quiere?

—¡Estoy haciendo lo que su padrino me dijo que hiciese! —Elliot respiró hondo antes de volver a hablar, estaba empezando a perder los papeles. Se pasó una mano por el pelo, nervioso—. Lo que ponía en el testamento —añadió en voz baja.

—No creo que Thomas quisiese casar a su hija por conveniencia —respondió su padre sin perder la calma—. Él no aprobaba ese tipo de cosas. Estoy seguro de que prefería que su protegida eligiese con quién pasar el resto de su vida.

Elliot no respondió. Desvió la vista de nuevo hacia la ventana, con la mente hecha un absoluto caos.

—Es lo mejor para ella —repitió lo que tantas veces se había dicho a sí mismo.

—¿Intentas convencerme a mí o a ti mismo? —Brandon se acercó y apoyó una mano en el hombro de su hijo—. Sé que lo de Lillian fue duro, Elliot, pero en esta familia no huimos de los problemas, los afrontamos. Y esa chica te importa más de lo que estás dispuesto a admitir.

Elliot lo miró con fijeza, sin saber qué responder. Era verdad, le importaba. Por eso estaba haciendo aquello, porque la estaba hiriendo y ella no lo merecía.

—Piénsalo, hijo —le dijo Brandon antes de salir del despacho, dejándolo todavía más confuso de lo que ya estaba.

## Capítulo 16

James acompañó a Alice fuera de la pista de baile, conduciéndola hasta el jardín mientras atravesaban la marea de gente que conversaba animadamente. Pasada la novedad inicial, los invitados habían dejado de observarlos con tanto interés, cosa que James agradecía enormemente.

Eso les permitía escabullirse de allí con disimulo.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Alice cuando vio que James la conducía escaleras abajo, hasta los jardines.

—Quiero estar a solas contigo —le respondió él mirándola a los ojos. Ella no respondió, pero a James le pareció que se ruborizaba. La luna llena ayudaba a ver su rostro con mayor claridad. Él le levantó el mentón—. ¿Quieres?

Alice se mordió el labio antes de asentir, haciendo que James desviara la atención hacia su encantadora boca. Con rapidez, se internaron más en los jardines hasta que llegaron al cenador y James estuvo seguro de que nadie les podía ver. Entonces la encaró con seriedad.

—Quiero decirte algo. —Ella hizo ademán de hablar, pero él la cortó—. Déjame hablar, tengo esto preparado desde hace una semana. —Alice guardó silencio, mirándolo con cautela—. Alice, no me importa que no tengas un título ni lo que eso pueda repercutir en mí. Hace mucho me prometí a mí mismo que no dejaría que las normas sociales me coartaran, y pienso cumplirlo.

Escuchó cómo ahogaba una exclamación, pero James no le dio cuartel.

—Necesito que entiendas que jamás me he sentido así con nadie, solo contigo. Vio cómo ella se emocionaba y una lágrima escapaba de sus ojos. Él se la secó con un beso y la oyó suspirar.

—Bésame —le pidió, mirándolo con sus enormes ojos verdes.

James no dudó un momento, tomando aquella petición como una aceptación tácita. La cogió entre sus brazos y le devoró la boca con pasión, como había deseado hacer desde que la había visto aparecer en el baile, con ese vestido que invitaba a quitárselo despacio, disfrutando al apartar cada capa de tela.

Se deleitó al sentir el contacto de sus labios, de su cuerpo pegado al suyo. La estrechó con fuerza mientras ella dejaba escapar un jadeo que él contuvo con su boca. A pesar de su reticencia, Alice se entregó por completo al beso, respondiéndole con idéntica pasión, haciendo que James casi perdiese la



razón ante sus caricias. Jamás había sentido algo tan poderoso como cuando la besaba a ella. No fue solo el primer beso que compartieron, este era igual de arrollador. Quizá más.

Era por ella, por Alice.

Sin dejar de besarse, fueron retrocediendo hasta que chocaron contra la barandilla del cenador. Alice se sujetó a él y profundizaron el beso. Le mordió el labio inferior y la oyó gemir.

La apretó contra él, haciéndole notar su excitación. James se separó de su boca para hablarle al oído:

—Dios, te deseo tanto —le dijo antes de mordisquear el lóbulo de su oreja. La sintió retorcerse contra él, rozando su entrepierna hasta casi hacerlo enloquecer.

—James... —Suspiró contra su cuello. Por fin había dicho su nombre y era el sonido más erótico que hubiese escuchado nunca.

La besó de nuevo con fuerza mientras le levantaba la falda del vestido con las manos. Alice gimió de nuevo, sosteniéndose en sus hombros para no caerse. Despacio, la mano de James se abrió paso a través de las capas de ropa hasta llegar a su entrada, húmeda y caliente. Introdujo un dedo, y después otro, incrementando los jadeos de la joven, que enterró la cara en su cuello mientras él la torturaba con esa dulce y placentera caricia.

—Más —le pidió con la voz amortiguada, totalmente desinhibida.

—Te lo daré todo —le respondió James con voz ronca, sin dejar de acariciar su interior. Le subió más la tela del vestido mientras seguía estimulándola—. Todo lo que desees.

Ella gimió contra su cuello, y él incrementó las caricias, trazando círculos rítmicos que comenzaron a llevarla al límite. Cuando James sintió que todo el cuerpo de ella se tensaba, incrementó la intensidad de la caricia, lanzándola al precipicio. Él sintió el momento exacto en el que ella estalló en pedazos, quedándose exhausta entre sus brazos, con un grito que amortiguó contra su cuello. La había ayudado a alcanzar el éxtasis, y él estaba encantado de haber sido el ejecutor de tan noble tarea.

Le acarició el pelo hasta que su respiración se acompasó y Alice levantó la cabeza por fin para mirarle. Con timidez, le sonrió. Una sonrisa preciosa y satisfecha, que llegó hasta el corazón de James, cautivándolo.

—Ha sido muy... —dijo ella en voz baja, tratando de encontrar la palabra adecuada.

James rio.

—Sin duda lo ha sido —le dijo besándole la nariz y los párpados—. Pero se me ocurren unas cuantas cosas más que también son muy...

Alice sonrió con picardía.

—¿Quieres enseñármelas? —preguntó con sus preciosos ojos verdes todavía nublados por el placer.

Él la besó en el cuello. Era una diosa que lo incitaba a darlo todo por ella con tan solo una mirada. Dios, cómo deseaba enterrarse en su interior. Quería que fuese suya, y ser suyo. Por completo.

—Todas y cada una de ellas —respondió antes de poseer de nuevo su boca.



Elliot salió del despacho justo a tiempo para ver a Cassandra en lo alto de la escalinata del vestíbulo. Pensaba que ya no iba a bajar en toda la noche, porque había pasado la velada mirando de reojo la entrada del salón por si aparecía en algún momento. Y ahora estaba allí, mirándolo todo desde arriba como una emperatriz observando a sus súbditos.

Se quedó sin aliento.

Aquel vestido era el pecado hecho tela. El escote, demasiado bajo para que pasara los controles de calidad de la aristocracia, dejaba al descubierto la piel pálida de su pecho, que contrastaba con el verde esmeralda de la prenda. Pero Elliot no podía quitar la vista de encima de su pelo medio recogido, cayendo en cascada por sus hombros. Era una marea de fuego rodeándola, brillando a la luz de las velas. Los dedos le hormiguearon por el deseo de enterrarlos en la hermosa melena.

No era capaz de apartar la vista, aunque sabía que debía hacerlo. Desvió la vista hacia sus ojos grises, que lo miraban directamente a él, como si quisiesen atravesarlo de parte a parte. Sintió un tirón en el pantalón. Era un escándalo, era preciosa.

Maldita sea, cómo la deseaba.

Había más gente en el vestíbulo, que paró de conversar para girarse a mirarla. Todos estaban pendientes de ella, murmurando en su dirección. Pero Cassandra parecía inmune a cualquier cotilleo. Bajó los escalones con altivez, con la cabeza alta. Una oleada de orgullo le sobrevino de repente. Estaba rompiendo todas las reglas de protocolo, pero no le importaba lo más mínimo.

Era ella misma, cualquier otra cosa hubiese parecido artificial. Incluso se le hacía extraño verla enfundada en un vestido, tan acostumbrado estaba a que llevase pantalones.

Era única.

Hizo ademán de acercarse, sin saber muy bien qué hacer cuando la tuviese delante. ¿Qué iba a decirle? No hacía más que cometer un error tras otro. Sin embargo, antes de que pudiese dar un paso, Snowdon apareció de la nada y se acercó a Cassandra para pedirle un baile. Elliot vio su cara de sorpresa, que trató de disimular como pudo, antes de aceptar y coger el brazo del aristócrata con su mano enguantada. Una nueva punzada cruzó su pecho, y se dio la vuelta para no ver cómo le sonreía a ese idiota. Pero el único culpable era él, que se lo había buscado.

Aunque le hubiese gustado marcharse, estaba en su propia casa y no podía desaparecer. Era el anfitrión, pero no podía prohibirle a Snowdon que bailase con Cassandra, ya que él mismo la había lanzado a sus brazos.

Se había vuelto a condenar.



Cassie procuraba ignorar todas las miradas que la atravesaban desde cualquier punto del salón de baile. En brazos del marqués, parecía un enorme farol al que se acercaban los mosquitos. Lo detestaba, pero se había dicho que no volvería a huir de nuevo. Sin embargo, la mirada que más la había afectado venía del dueño de un par de ojos avellanados, que la habían atravesado de pies a cabeza.

Era consciente de que su vestido no era del todo decente, pero tanto Alice como Julia lo habían aprobado durante la tarde de compras. Era extraño que su institutriz accediera a algo así, por lo que todavía debía de estar muy enfadada por lo que habían oído en la tienda de Rochester. De cualquier forma, la mirada que Elliot le había lanzado compensaba cualquier murmuración que cayese sobre ella. Lo había visto en sus ojos, la deseaba.

Y no podía negar que la había inundado la satisfacción.

Miró a su pareja de baile, sabedora de que no estaba prestándole atención. Él la miraba a los ojos con una sonrisa amable dibujada en el rostro. Su preciosa mirada azul le transmitía tranquilidad, hecho que agradecía. No sabía bien por

qué se había acercado a pedirle un baile justamente a ella. No era la primera vez que se veían, pero nunca se había sentido tan nerviosa.

—¿Quiere saber por qué la he sacado a bailar? —le preguntó en ese momento él, leyendo sus pensamientos.

Cassie esbozó una media sonrisa.

—La verdad, sí. No soy la mejor opción en este baile.

El marqués sacudió la cabeza, rechazando sus palabras.

—Tonterías —respondió mirándola con seriedad—. Es usted la dama más interesante de toda la sala.

Sus palabras fueron tan vehementes que Cassie se ruborizó. Estuvo segura de que nunca, en toda su vida, le habían dicho que fuese interesante. Lo miró con los ojos entrecerrados, pero le pareció que era totalmente sincero. Se relajó un poco.

—Gracias, milord —dijo ampliando su sonrisa.

Ambos se sumieron en un silencio agradable, que no necesitaba ser llenado. Sin poder evitarlo, comparó al marqués con Elliot. No tenían nada en común. Con el duque nunca podía soportar estar en silencio, necesitaba hacer algo, decir algo, o simplemente escapar de su presencia. Con él era todo un vaivén de emociones que la dejaban agotada.

Se preguntó si las intenciones del marqués iban más allá de considerarla interesante. Si le pidiera la mano... ¿aceptaría? Probablemente sí. Cassie sabía perfectamente que no podría amarlo, porque su corazón pertenecía a otro, pero quizá con él pudiese olvidar a Elliot. Podría salir de aquella casa. Miró con atención a su pareja, que seguía observándola con idéntica curiosidad. Cassie creía que podría llegar a apreciarlo y tomarle cariño.

El baile terminó sin que apenas se diese cuenta y el marqués hizo una reverencia cortés antes de dedicarle otra sonrisa, que ella le correspondió sin apenas esfuerzo.

—Deseo que podamos hablar pronto, señorita Price —le dijo el hombre, conduciéndola fuera de la pista de baile.

Antes de que Cassie pudiese preguntarle a qué se refería, la muchacha sintió una presencia a su espalda. Si la postura tensa que adoptó el marqués de Snowdon no le hubiese dado una pista sobre la identidad del recién llegado, lo sabría por el escalofrío que le recorrió la columna. Lentamente, se giró para encarar a Elliot, que la miraba con el rostro sombrío. Pero no, no la miraba a ella. Al que fulminaba con la mirada era al marqués, como si quisiese que lo partiera un rayo.

—¿Desea algo, Weston? —preguntó el marqués con voz grave.

Elliot guardó silencio durante un momento, y Cassie llegó a pensar que no respondería. Sin embargo, consiguió esbozar una sonrisa, como si no pasase nada.

—Me gustaría pedirle un baile a la señorita Price —respondió con naturalidad, aunque no dejaba de fulminarlo con la mirada.

Cassie abrió los ojos por la sorpresa. ¿Bailar con Elliot? Lo miró atentamente, pero su expresión era imposible de descifrar. Snowdon, por su parte, esbozó una extraña sonrisa.

—Ya veo —dijo como si hubiese comprendido algo de repente. Cassie, en cambio, no entendía a qué se debía aquel intercambio entre ambos hombres. Miró a su alrededor, todo el salón estaba pendiente de ellos y, por alguna razón, ahora le molestaba más que antes. ¿Por qué tenía que ser siempre Elliot el que la provocara? Snowdon seguía mirando al duque con interés—. Como quiera, Weston. Pero primero pregúntele a la dama, ¿no?

Elliot la miró en respuesta, esperando a que hablase. La tentación de estar entre sus brazos de nuevo, aunque fuese solo para bailar, era muy fuerte. No podía negarse. No debía hacerlo. Sería otro escándalo más que sumar a su lista. Pero ya no le importaba nada.

Lo miró a los ojos, y lo supo. No podía hacerlo.

—Me temo que debe disculparme, excelencia, pero no me encuentro bien —respondió al fin, poniendo énfasis en el título. Él entrecerró los ojos, molesto. Se giró hacia el marqués—. Gracias por el baile, milord.

El aludido hizo una reverencia y ella se encaminó hacia la entrada del salón, con todos los ojos de la sociedad puestos en ella. Un par de ojos en concreto, la vigilaban con mucho más interés que los demás. Cassie no se percató de aquella mirada que la atravesaba con fría maldad. Fue un alivio cerrar las puertas de su habitación tras ella, libre de la censura.

Por fin pudo permitirse venirse abajo.

## Capítulo 17

Fue un alivio despedir al último de los invitados de aquel baile que prefería olvidar. Por suerte, sus padres se habían encargado de casi todo, y él solo tuvo que poner buena cara hasta que se marcharon.

¡Y diablos lo que le costó!

Porque los nervios estaban matándolo. Porque había sido una tortura ver marcharse a Cassandra y no poder seguirla. Una y otra vez repasaba la escena en su cabeza y se preguntaba cómo demonios se las ingeniaba para meter la pata una y otra vez. No había pensado en lo que estaba haciendo, solo quería apartarla de los brazos de Snowdon.

Subió las escaleras mientras se deshacía de la corbata. La casa estaba silenciosa, ya que sus padres se habían retirado a dormir y quién sabía dónde estaba su hermano con Alice Clark. Cuando llegó a la habitación de Cassandra, estuvo un buen rato mirando la puerta hasta que la resolución lo inundó. No podía pasar de largo sin más, estaba cansado de huir. Respiró hondo antes de abrir despacio. Quizá estaba dormida, y no quería molestarla.

Cassandra estaba de espaldas a él, acariciando distraída a Winter. Todavía llevaba aquel vestido que le sentaba tan condenadamente bien y miraba por la ventana. Se había soltado el resto del pelo, que le ensombrecía el rostro, del que solo veía su perfil. El perro se dio cuenta de su presencia y se levantó de golpe para saludarlo, haciendo que ella se diese la vuelta hacia él. Se puso en pie como un resorte, y cruzó los brazos sobre su pecho, protegiéndose. Se había quitado los guantes.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó acusatoriamente. Podía percibir el dolor en su voz, y se le encogió el corazón.

Se tomó su tiempo para responder, mientras acariciaba a Winter y lo hacía salir de la habitación. Cuando cerró la puerta tras su espalda, Cassandra seguía esperando una respuesta. Y Elliot no pudo decirle más que la verdad.

—Vengo a pedirte disculpas.

Ella arqueó las cejas.

—¿Por qué? ¿Por dejarnos en ridículo a los dos esta noche? —preguntó sarcásticamente.

—Por todo. Por comportarme como un auténtico imbécil desde que nos conocimos —respondió acercándose a ella. Paró cuando Cassandra retrocedió

un paso—. Pero sobre todo, por mentirte.

—¿Mentirme? —preguntó con extrañeza en la voz.

Elliot volvió a acercarse, esta vez ella no retrocedió. La tenue luz de la habitación dejaba parte de su rostro en sombras, y él quiso verla completamente, sin ninguna restricción.

—Jamás pretendí, ni pretendo, expulsar a los niños del orfanato —dijo en voz baja, confesando por fin—. Solo lo dije para que te alejases de mí.

Cassandra lo miró sorprendida, apartándose el pelo de cara con un gesto impaciente. Él quiso enrollarlo en sus manos y besarlo.

—¿Por qué? —Una sencilla pregunta que, a la vez, contenía tanto. Y, una vez más, volvió a decirle la verdad:

—Porque vi lo que me provocabas. Porque cuando Lillian murió me rompí en mil pedazos que se soldaron mal. Porque un nuevo golpe me destruiría —respondió pasándose la mano por el pelo con impaciencia—. Y aquel día comprendí lo frágil que era y lo fácil que me resultaría venirme abajo de nuevo.

Ella no dijo nada, pendiente de cada palabra. Estaba tan hermosa, ahí frente a él, que dolía. Quería que lo perdonara, necesitaba su perdón. Pero sabía que era imposible esperarlo. En su camino por no herirla, había acabado haciéndole más daño.

Suspiró, derrotado.

—Y ahora he conseguido que me odies, y eso es algo que tampoco puedo arreglar.

Por fin ella se movió. Se acercó a él sin decir palabra y colocó la mano en su mejilla. Elliot cerró los ojos ante el contacto con su cálida piel. Cassie respiró hondo antes de hablar, como si estuviese dispuesta a poner todo su corazón en esas palabras.

—No te odio —le susurró con firmeza, mirándole a los ojos—. Lo he intentado, pero me es imposible hacerlo. En realidad, ya me arruinaste hace tiempo.

Aquellas palabras se colaron en su mente y se instalaron allí, sinceras y perfectas. Cassie se puso de puntillas y rozó sus labios con los de él.

Y se perdió.



Elliot la besó con avidez. Era un beso distinto, menos desesperado, como si se hubiese rendido. La estrechó con fuerza e, incluso a través de todas las capas de ropa que llevaban, Cassie podía sentir el calor que los consumía a ambos. Sus manos adquirieron vida propia, acariciando su espalda de forma ascendente, hasta rodearle el cuello con los brazos.

Él la instó a separar los labios y profundizó el beso. Cassie no pudo reprimir un gemido, acercándose más a él, dispuesta a no dejar ni un centímetro de aire entre ambos.

—Mi pequeña guerrera... ese vestido lleva horas torturándome —dijo él con la voz ronca. Sus palabras la alcanzaron con fuerza, y su cuerpo se tensó ante un deseo que no sabía cómo satisfacer.

Pero él, sí.

Cassie lo observó con detenimiento antes de girarse y darle la espalda. Apartó a un lado su pelo para dejar a la vista la larga hilera de botones que enganchaban el vestido. Una clara invitación. Oyó cómo Elliot respiraba hondo tras ella, antes de acercarse para comenzar a desabotonarlos con una lentitud enloquecedora. Cuando hubo acabado, la tela se deslizó sobre su piel mientras caía al suelo. Elliot le besó la nuca y sintió un escalofrío de placer recorrerla de pies a cabeza.

El duque la ayudó a salir del montón de seda amontonado en el suelo para acto seguido desabrocharle el corsé con rapidez, tirando de los cordones. Cassie se descalzó mientras observaba cada uno de los movimientos de Elliot al quitarse la chaqueta, el chaleco y la camisa, dejando al descubierto su musculoso pecho. Tragó saliva ante la visión y supo que nunca se acostumbraría. La impaciencia la sacudió, pero enseguida volvió a tocarla, liberándola de las enaguas. La apresó con la mirada, no necesitaba nada más.

Con cuidado, él la tumbó en la cama, colocándose encima de ella y volviendo a poseer sus labios con pasión. Cassie jadeó; podía sentir cada centímetro del cuerpo de Elliot sobre el suyo a través de la camisola. El duque le quitó por la cabeza la fina tela y los pololos. Acto seguido, y con una lentitud que la hizo retorcerse por la anticipación, Elliot le quitó las medias, tomándose su tiempo en acariciar cada centímetro de piel que se cruzaba en su camino.

Cuando Cassie estuvo totalmente desnuda ante él, Elliot se apartó un poco para observarla de pies a cabeza. El pecho de la joven subía y bajaba con rapidez, nerviosa ante su escrutinio.

—Eres preciosa —murmuró al fin con voz suave, antes de besarla en el cuello



e ir bajando poco a poco, beso a beso, por su piel. Atormentándola con sus caricias.

Cassie sintió una nueva oleada de placer ante sus palabras. Con los dedos, el duque estimuló sus senos hasta que las cimas estuvieron tensas y ella se retorció por la dulce tortura. Elliot lamió la irritada piel, calmándola con su boca, hasta que Cassie no pudo evitar gemir ante sus caricias. Le acarició el pelo castaño con la mano, acercándolo más a ella, y él gruñó sobre su piel.

—¿Qué deseas, mi guerrera? —le susurró al oído mientras su mano bajaba hasta la entrada de su cuerpo, caliente y húmeda. Ella jadeó—. Te daré lo que me pidas.

“Que me ames”, pensó ella entre la neblina sensual que la envolvía.

No, eso no podía pedírselo. No se lo daría.

—Elliot... —Suspiró. Lo único que era capaz de decir en ese momento.

—Me encanta cuando dices mi nombre.

Él sonrió mientras introducía un dedo en su interior, haciendo que ella abriera los ojos de golpe a causa de las nuevas sensaciones que le provocaba aquella exquisita intrusión. Sentía como si fuese a explotar de un momento a otro. Él la obsequió con otro beso sin dejar de acariciarla. Con el pulgar, dibujó círculos sobre el centro de su placer, y ella gimió contra sus labios. Pensó que iba a volverse loca por las múltiples sensaciones que la embargaban, que no sabía cómo gestionar.

Elliot descendió sobre ella y besó el interior de sus muslos, provocándola. Involuntariamente, Cassie alzó las caderas, y él la sujetó con las manos para que no se moviera, abriéndole más las piernas.

—¿Es esto lo que quieres? —preguntó soplando con delicadeza sobre su entrada, martirizándola.

—Por favor... Elliot —suplicó. La estaba matando.

—Si me lo pides así... —Cassie podía notar en su voz que estaba sonriendo.

Elliot posó la boca en su intimidad. Besó y lamió hasta que ella tuvo que morderse el labio para no gritar. La empujó a surcar una ola de placer que jamás pensó que pudiese experimentar. Su cuerpo se tensó hasta que explotó en mil pedazos, cuando hubo alcanzado la cúspide.

Mientras Cassie se recuperaba, respirando con dificultad, Elliot se levantó para desprenderse de los pantalones y las botas, quedando gloriosamente desnudo ante ella. Lo observó con atención, fascinada por ver todo su cuerpo desnudo. Lo sometió a un intenso escrutinio, deteniéndose en aquella parte de su anatomía que no había visto nunca. Sintiendo cómo se ruborizaba, Cassie se

sentó en la cama y le tendió la mano para que se reuniera con ella. Él se la cogió de inmediato y le besó la palma.

—Hacía mucho que quería tenerte así, entre mis brazos —le dijo en un susurro—. Aquel día en la cueva no quería parar, pero pensé que merecías algo más. Algo más que un sitio húmedo y frío, algo más que yo.

Cassie se acercó a él, hasta que prácticamente estuvo sentada en su regazo. Le acarició la espalda con las yemas de los dedos, demorándose en la cicatriz que la cruzaba. Elliot aguantó la respiración con los ojos cerrados, tenso ante su contacto. Quería hacerle ver con sus caricias que no le importaban los errores cometidos, sus defectos. Cassie le besó un hombro y él abrió los ojos de nuevo.

—No quiero más —le respondió—. Solo te deseo a ti.

Elliot volvió a besarla como respuesta, nublándole la mente con la pasión que amenazaba con ahogarlos. Cassie llevó la mano hacia su miembro, curiosa por conocer su tacto. Era sorprendentemente suave. Elliot gimió su nombre contra sus labios y ella se sintió poderosa al ver lo que era capaz de provocarle.

—Detente, mi guerrera, antes quiero estar dentro de ti —susurró, deteniendo sus caricias.

Ella tragó saliva ante sus palabras. Nerviosa, pero también deseosa de sentirlo en su interior. Volvió a posar la espalda sobre la cama, mientras Elliot la besaba y la estimulaba mientras no dejaba de susurrarle lo hermosa que era. Cuando estaba segura de no poder soportarlo más, Elliot se introdujo poco a poco en su cálido y húmedo interior. Ella apretó los dientes ante su invasión, y él siguió avanzando con lentitud, dejando que su cuerpo se acostumbrase a él. Elliot, tan tenso como ella, la acarició suavemente para que se relajase.

—No puedo evitar que te duela —le confesó afligido—. Pero te compensaré.

Cuando por fin estuvo completamente dentro de ella, tras una larga embestida, Cassie cerró los ojos para asimilar lo que sentía. Era abrumador.

Él se inclinó para darle un largo y profundo beso y Cassie jadeó. Elliot no se movió, aunque estaba deseando hacerlo, dejando que ella se acostumbrara a su presencia, dilatándola.

—No quiero hacerte daño —le dijo con la mandíbula apretada, y Cassie estuvo segura de que se refería algo más—. Ojalá fuera el hombre que te mereces.

Ella lo miró con seguridad.

—No me importa qué es lo que crees que merezco o no —respondió observándolo con fijeza—. Yo soy quién decide.

Elliot cerró los ojos al escucharla, y la besó de nuevo antes de comenzar a moverse en su interior, con profundas y rítmicas embestidas. Pronto el dolor se convirtió en placer y Cassie se vio alzando las caderas instintivamente para recibirlo. Ella gimió ante la maravillosa sensación, viendo cómo él apretaba los dientes, con los tendones del cuello tensos. Se movieron al unísono, como una sola persona.

—Oh... —jadeó contra su cuello, incapaz de expresar con palabras lo que estaba sintiendo.

—Mi hermosa Cassandra... —respondió él con la voz ronca por el placer. Ella cerró los ojos—. Mírame. Quiero verte cuando alcances el éxtasis.

Le supuso un tremendo esfuerzo, pero lo hizo. Elliot aumentó el ritmo y la fuerza de sus embestidas, dándole a Cassie todo aquello que no sabía que deseaba tanto.

Lo amaba. Siempre lo haría.

Y con ese pensamiento el placer la inundó por completo. Todavía estaba temblando cuando él la siguió, con una última y profunda estocada, susurrando su nombre en aquellas cuatro paredes, testigos de su pasión.

## Capítulo 18

*Elliot corría por una de las largas calles principales de Londres. Apretó el paso, porque sabía que al final del camino lo esperaba Lillian, pidiéndole ayuda. La oía sollozar desde algún rincón y él no podía correr lo suficientemente rápido. Sus pasos resonaban fuertemente cada vez que daba una nueva zancada. De repente la calle se terminó y apareció en una enorme plaza. Lillian estaba de espaldas a él, el pelo rubio ondeando sobre su espalda.*

*Elliot resoplaba por el esfuerzo de la carrera. Intentó acercarse a ella, pero estaba clavado en el suelo.*

*—¿Lillian? —preguntó con voz estrangulada.*

*Ella se giró, pero no le devolvieron la mirada unos ojos azules, como él esperaba. Eran grises. Cassandra estaba ante él, la melena pelirroja rodeándole la cara como un halo. Lo miraba con una extraña mezcla entre furia y decepción. El suelo de la plaza comenzó a resquebrajarse, formando un horrible precipicio. Elliot corrió hacia ella, pero no llegó a tiempo. Cassandra cayó al vacío, todavía atravesándolo con la mirada.*

*—¿Por qué no me salvaste, Elliot? —La oyó preguntar mientras caía. Sus palabras resonaron en sus oídos, grabándose en su memoria para siempre.*

*—¡No! —chilló, despertándose.*

*—Elliot —dijo una voz que le resultaba familiar. Una mano cálida le tocó el pecho, que subía y bajaba con rapidez—. Ha sido una pesadilla, ya está todo bien.*

*Se concentró en la voz y en el contacto de esa mano hasta que sus sentidos se desembotaron y pudo pensar con mayor claridad.*

*—¿Cassandra? —preguntó buscándola en la oscuridad. Tenía que sentirla contra él, pues los restos de la pesadilla seguían en su mente, demasiado reales para su cordura.*

*Ella dejó que la abrazara y enterrara la cara en la curva de su cuello sin decir palabra. Con suavidad, la joven le acarició el pelo mientras él intentaba serenarse, como un niño asustado. Se sentía demasiado bien con ella allí reconfortándolo, sintiendo su menudo cuerpo alrededor de él. Cassandra le susurró dulcemente al oído palabras de ánimo, hasta que Elliot pudo respirar de nuevo con normalidad.*

—Siento haberte despertado —dijo contra su piel, avergonzado.

Pero ella no parecía molesta. Elliot creyó sentirla sonreír. Cassandra bajó la mano hasta su espalda desnuda, recorriendo con los dedos la cicatriz. Elliot se sorprendió al darse cuenta de que no le molestaba. Normalmente la cicatriz le ardía después de una pesadilla, pero en ese momento, el contacto de Cassandra lo aliviaba. Al igual que horas antes, cuando había destrozado sus últimas barreras.

Era un bálsamo para sus heridas.

—No te preocupes —susurró la joven, posando los labios en su frente. Elliot cerró los ojos ante ese sutil contacto, ligero como una pluma—. Me alegra estar aquí para espantar tus demonios.



Cassie despertó temprano. Se removió inquieta en busca de algo que no halló. En cambio, al alargar el brazo hacia el otro lado de la cama, sus dedos tocaron un trozo de papel doblado donde debería haber estado Elliot. La muchacha abrió por fin los ojos y se desperezó para sentarse sobre el colchón. Algo decepcionada por no encontrarlo a su lado, abrió la nota con rapidez para leer su contenido.

“Discúlpame por irme sin decirte nada, pero estabas preciosa dormida y me parecía un crimen despertarte. Cuando te levantes, búscame, tenemos una conversación pendiente. Quiero que sepas que gracias a ti no tuve más pesadillas; hacía mucho que no dormía así de bien. Sin duda, eres milagrosa. Tuyo, E”.

No pudo evitar que una sonrisa se instalara en su cara, involuntaria e inconsciente. Recordó los acontecimientos de la pasada noche, cuando él se abrazó a ella tras la pesadilla, como si fuese una tabla de salvación. Pero, sobre todo, recordó todo lo anterior. Sus caricias, sus besos, la sensación de tenerlo en su interior. Recordó las palabras de Elliot, sus confesiones y temores, que ella había intentado eliminar. El corazón le latió con rapidez, sintiendo una mezcla de alegría y miedo. Elliot anoche se había rendido por fin, había acabado con sus reticencias. Pero ¿y si ahora las había vuelto a levantar? ¿Y si lo de anoche no había sido más que algo casual? ¿Y si...?

Sacudió la cabeza, eliminando los funestos pensamientos de su mente. Era una

pérdida de tiempo darle vueltas a aquello. Es cierto que tenían que hablar, y entonces averiguaría cuál era la posición de Elliot respecto a lo que había pasado entre ellos. La suya ya la sabía.

Lo cambiaba todo.

El día anterior había deseado salir de aquella casa de una vez, dejando su hogar. Había estado dispuesta a casarse con quien él dispusiera, para poder salvar a los niños del orfanato. Todo con tal de no verlo cada día. Pero ayer Elliot le confesó que jamás hubiese cumplido su amenaza, que era una mentira para alejarla de él. Cassie vio en sus ojos que no mentía. Por primera vez, le fue fácil leer en ellos la verdad.

Y eso le daba esperanza.

Esperanza de que Elliot pudiese salir de aquel pozo autoimpuesto. Esperanza de que consiguiese volver a ser feliz, volver a vivir como algo más que un alma en pena.

Esperanza de que pudiese llegar a amarla.

Ni siquiera era capaz de pensarlo sin que el pulso se le acelerase. Pero no podía hacerse ilusiones. Era evidente que él sentía algo por ella, pero ¿qué? ¿Deseo? Se lo había dicho más de una vez, se lo había demostrado la noche anterior. Sintió las mejillas calientes bajo las yemas de los dedos. Sin embargo, no sabía si había algo más allá.

Tenía que averiguarlo.

Se levantó rauda y llamó a su doncella para que la ayudara a bañarse y vestirse. El agua caliente le relajó el cuerpo y la ayudó a calmarse. Sin ser demasiado consciente de lo que hacía, porque su mente se hallaba a varios kilómetros de allí, se puso un vestido azul claro y dejó que la doncella la peinase. Cuando estuvo lista, bajó las escaleras hasta la planta baja y se dirigió al despacho de Elliot.

Por el camino se preguntó, distraída, dónde estaría Alice. No la había visto durante el baile, y tampoco a James. Esperaba que su institutriz hubiese tenido una noche preciosa, tal y como se merecía. Aunque no le había dicho nada, tenía claro que sentía algo por el futuro duque.

Antes de poder llamar a la enorme puerta maciza, esta se abrió y dio paso a un hombre que reconoció de inmediato. ¿Qué hacía allí el marqués de Snowdon? Detrás de él, Cassie vio a Elliot, que miraba al visitante de la misma forma que la noche anterior, con visible enfado. Parecía que deseara chasquear los dedos y que se evaporase en el aire. Cuando desvió la vista hacia ella, su mirada se suavizó y a la joven le dio un vuelco el corazón.

—Señorita Price, me alegra verla de nuevo —la saludó el marqués con una sonrisa, viéndose obligada a desviar la atención hacia el invitado.

Cassie se esforzó por recordar las normas de cortesía e hizo una reverencia.

—Buenos días, milord. ¿Qué le trae por aquí? —preguntó con otra sonrisa.

Elliot, a su espalda, se tensó. Cassie pudo ver cómo apretaba los dientes para no intervenir. ¿Qué estaba pasando allí?

—He venido a verla, me gustaría hablar con usted —respondió, ofreciéndole el brazo para que lo acompañase.

Ella parpadeó, confusa. Nadie venía a verla nunca, aquello era toda una novedad. Lo miró en silencio durante un momento, hasta que vio que el marqués comenzaba a impacientarse. Sabía que sería descortés negarse, así que aceptó con una sonrisa y posó la mano en el antebrazo del hombre mientras salían al soleado jardín, donde todo el mundo podía verlos. Cassie sintió la mirada de Elliot atravesándole la espalda y tragó saliva involuntariamente.

Comenzaba a entender aquella situación.

El marqués la condujo hasta uno de los bancos del jardín y ambos se sentaron. Curiosa, Cassie miró a su interlocutor, que parecía algo intranquilo, y esperó a que se decidiese a hablar. Intuía qué iba a decirle y no estaba segura de cómo proceder.

—Verá, no pienso ir con rodeos —comenzó el marqués con firmeza, aunque Cassie notó un leve temblor en la voz—. He venido a decirle que es usted la mujer más encantadora que he conocido nunca. Me gustaría que me concediese el honor de casarse conmigo.

Lo dijo rápido, con nerviosismo. Bajo aquella aparente seguridad, Cassie podía entrever su creciente timidez. Estaba pasando apuros y aquello la enterneció. Ahí estaba, la proposición que había esperado que llegase desde que supo del testamento de su padre. Por fin entendió aquellas conversaciones silenciosas entre el marqués y Elliot. ¿Había orquestado el duque todo esto? No, no quería pensarlo en ese momento. Se concentró en el hombre que tenía delante, que esperaba una respuesta.

El día anterior hubiese aceptado con los ojos cerrados.

Hoy... no podía.

No quería herir los sentimientos del marqués, así que buscó las palabras adecuadas. Con delicadeza, tocó la mano enguantada del hombre, que alzó su mirada azul para enfrentarse a la suya. Cassie sonrió con amabilidad.

—Alan —dijo utilizando por primera vez su nombre de pila—. Es usted un

gran hombre...

—Pero no puede casarse conmigo —la cortó él. No parecía sorprendido, más bien resignado.

Ella negó con la cabeza, confirmándose.

—¿Puedo saber por qué? —le preguntó el hombre. Cassie supo que le debía una respuesta, y decidió ser honesta.

—Estoy enamorada de otro hombre —dijo con sencillez. En Inglaterra nunca habían estado de moda los matrimonios por amor, y bien que lo sabía, así que nunca pensó que podría enamorarse. Aquella razón le parecía la más adecuada de todas para rechazarlo. Y la más válida.

Él asintió, como si ya lo supiese.

—¿Y él la ama también? —preguntó. No era una pregunta maliciosa, solo sencilla curiosidad.

Cassie pensó en Elliot, y se le encogió el corazón. Volvió a responder con la verdad, la única que tenía.

—No lo sé. —El marqués la miró con intriga, y ella sonrió con tristeza—. Es... complicado.

—Suele serlo cuando hablamos de amor —respondió él con una pícaro sonrisa, contagiosa—. Sin embargo, no se rinda, creo que no todo está perdido. Antes de que apareciese, su enamorado ha intentado impedir por todos los medios que hablase con usted.

Cassie abrió los ojos, sorprendida por su perspicacia, y el marqués soltó una carcajada.

—Vi cómo la miraba en el baile —explicó para que lo entendiese—. Weston es como un libro abierto. Sin embargo... tenía esperanzas.

La joven bajó la mirada, algo avergonzada. Así que Elliot no había querido que el marqués hablase con ella. ¿Por qué? ¿Había pensado que podía aceptar su proposición? Qué tontería. No después de lo que había pasado entre ellos.

—Lo siento —se disculpó con Alan.

Él hizo un ademán, restándole importancia al asunto. Parecía algo decepcionado, pero no herido. Cassie supo que se recuperaría del rechazo y eso la llenó de alivio. No quería hacer daño a nadie.

—No se disculpe —dijo levantándose para marcharse. Ella lo imitó—. Tendré que seguir buscando a mi futura esposa. —Se inclinó hacia ella, en tono conspiratorio—. Si la ve, avíseme.

Cassie rio, divertida. Aquel hombre era amable y simpático, no tardaría en encontrar a la mujer de su vida. Estaba convencida de ello.



—Será el primero en saberlo.



Cassie volvió a la casa tras despedirse del marqués y encontró a Elliot en su estudio, paseando de un lado a otro como un león enjaulado. Cuando la vio, paró su paseo y la miró con fijeza, atravesándola. Ella sonrió con serenidad, sin revelar nada por su expresión.

Se iba a enterar.

—El marqués me ha pedido matrimonio.

Desde su posición, casi podía escuchar los dientes de Elliot rechinar. Cassie mantuvo su expresión neutral y esperó a que dijese algo. Pero él se limitó a observarla con los ojos entrecerrados.

Entonces, se encogió de hombros y se dispuso a marcharse. Sin embargo, antes de que pudiese dar un par de pasos, Elliot se acercó a ella y cerró la puerta del despacho, apresándola contra la madera. Cassie sintió el aliento de él contra su piel, haciéndole cosquillas. Se obligó a mantenerle la mirada con serenidad, poniéndolo aún más nervioso de lo que ya estaba.

Se lo merecía por ocultarle información.

—¿Qué le has respondido? —preguntó él con admirable contención, apoyando las manos a ambos lados de la cabeza de Cassie.

Ella sonrió con inocencia, mientras jugueteaba con un mechón suelto de su recogido. Estaba dispuesta a sacarlo de sus casillas si hacía falta. Su proximidad la ponía nerviosa, abrumando sus sentidos, pero se obligó a parecer tranquila.

—¿Tú qué crees? —le dijo con voz tranquila. Le costaba mucho no sonreír al verlo tan claramente celoso—. Si estabas deseando casarme desde que llegaste aquí...

Elliot resopló, interrumpiéndola.

—Cassandra...

—¿Qué?

—¿Le has dicho que sí? —A Elliot cada vez le costaba más no perder los estribos.

—Quién sabe —respondió ella ambiguamente, encogiéndose nuevamente de hombros. Podía sentir su alteración y le costaba horrores no soltar una

carcajada.

El duque entrecerró los ojos, claramente enfadado por su descaró, y Cassie ensanchó su sonrisa, hecho que lo enervó aún más.

—Si no quieres decírmelo, supongo que tendré que persuadirte.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —le preguntó, desafiante, a la vez que su cuerpo temblaba por la anticipación.

Antes de que pudiese decir o hacer algo más, Elliot capturó su boca con fiereza, estrechándola contra él. Cassie le devolvió el beso con idéntica pasión. Fue profundo y pasional, y los dejó a ambos jadeantes. Elliot trasladó los labios a la curva del cuello femenino, mordisqueando levemente la piel blanca.

—¿Me vas a responder ahora? —preguntó de nuevo.

Cassie se esforzó por concentrarse, sumergida en una sensual neblina.

—No estoy segura de querer —afirmó, reprimiendo un jadeo cuando Elliot lamió con delicadeza el lóbulo de su oreja.

Volvió a besarla, esta vez de forma más lenta, más calmada. Se tomó su tiempo para explorar su boca a conciencia, apretándola aún más contra él. Cassie tuvo que sujetarse a sus fuertes brazos para no perder el equilibrio. Elliot finalizó con un mordisco en el labio inferior que hizo que le flaquearan aún más las piernas. La joven comenzaba a perder el hilo de sus pensamientos.

—¿Qué me dices ahora? —dijo acariciando suavemente su mejilla con la nariz.

—Mmmm... —respondió ella incoherentemente—. No lo sé.

Elliot suspiró, derrotado. Se apartó un poco de ella, pasándose una mano por el ya desordenado pelo. La miraba con ojos suplicantes.

—Cassandra... me estás matando.

Ella decidió claudicar por fin para que dejase de sufrir.

—Le he dicho que no.

Elliot abrió los ojos levemente, y después los cerró. Todos sus músculos parecieron relajarse a la vez, dejándolo desinflado. Cassie rio con ganas y él la fulminó con la mirada.

—¿Lo has hecho a propósito? —preguntó al comprender por fin su actitud.

—Te lo mereces, por no avisarme de las intenciones del marqués —le respondió sin pizca de remordimiento.

El duque la miró arrepentido.

—Tenía miedo de que le dijeras que sí.

Cassie sacudió la cabeza. ¿Cómo podía ser tan obtuso? ¿Acaso lo de la noche

anterior no había significado lo mismo para él que para ella? Decidió presionarlo, consciente de que la respuesta que esperaba era demasiado importante.

—¿Y qué si lo hubiese hecho?

Elliot la observó como si la viese por primera vez, atravesándola con sus bellos ojos avellanados.

—Que ya estás comprometida conmigo —soltó a bocajarro.

Abrió los ojos sorprendida por tal falta de tacto. Sus palabras la enfurecieron. ¿Qué se creía? ¿Que estaría inmensamente agradecida por su suerte? ¡Ella no era ningún objeto que adquirir en una subasta! Lo miró con rabia, no solo porque hubiese tenido el mismo tacto y romanticismo que una planta, sino también porque no le gustaba que diese las cosas por hecho. Y menos cuando se refería a ella.

—No lo creo —respondió cruzándose de brazos fuertemente—. Yo no estoy comprometida con nadie.

Elliot gruñó ante su negativa.

—¿Acaso debo recordarte lo que pasó anoche, Cassandra? —le dijo acercándose a ella—. Te he arruinado.

—¿Y qué? —respondió ella como si no pasase nada—. Primero, ¿¿acaso me lo has pedido siquiera?! No, lo has dicho como si ya estuviese decidido. —Él tuvo la decencia de parecer avergonzado. Antes de que abriese la boca, Cassie lo cortó. La furia fluía por sus venas—. ¡Y segundo...!

“Tú no me amas como yo lo hago”.

Se calló antes de decirlo, no hubiese podido abrirse de aquella forma ante él. No en ese momento. Respiró hondo para calmarse, aunque no funcionaba. Elliot la miraba, intentando descifrar sus pensamientos. Cerró los ojos, segura de que él sería capaz de leer la verdad en su mirada.

—¿Y segundo, qué? —la instó.

—Nada. Necesito tomar el aire —respondió dándose la vuelta. Lo miró por encima del hombro—. No me sigas.

Antes de que Elliot pudiese replicar, Cassie se levantó las faldas y se marchó del estudio en dirección a los jardines. Necesitaba marcharse de allí antes de que pudiese decirle algo de lo que se pudiese arrepentir. ¿Cómo podía ser tan insensible? ¡Hombres!

Al salir al exterior, respiró el aire puro y pareció encontrarse mucho mejor. Pero todavía necesitaba alejarse de allí. Con paso firme recorrió el sendero que salía de los terrenos de Weston Manor y se dirigió al camino principal,

que estaba desierto. Decidió pasear un rato para calmarse y después volvería para dejarle las cosas claras. De repente, oyó un leve ruido a su espalda. Antes de que pudiese girarse para averiguar su procedencia, sintió un fuerte golpe en la base del cráneo.

Todo se volvió negro.

## Capítulo 19

Tendría que haberla seguido para disculparse, aunque ella no quisiese. Pero también sabía que hubiese sido contraproducente. Cuando Cassandra se enfadaba, era complicado que entrase en razón hasta que se calmaba. Si bien no había sido la forma más acertada de pedirle matrimonio —no lo había sido en absoluto—, Elliot se sentía frustrado por aquella mujer, que le hacía perder el control sobre sus emociones. La angustia lo había consumido por la perspectiva de que Cassandra aceptase casarse con Snowdon, y no había sabido medir sus palabras. Sentado en el sillón de su estudio, la conversación que habían mantenido se repetía una y otra vez en su mente.

Era un maldito idiota.

No era porque la hubiese deshonrado, era por ella. Simplemente. Por su carácter, por sus locuras, por esa mirada que lo hacía sentir vulnerable cuando estaba con ella. Le daría todo lo que le pidiese y más. Ya dijo en una ocasión que no quería casarse con nadie que le impusieran, y él había hecho exactamente eso. Ciertamente no había sido romántico, pero no recordaba cómo serlo. ¿Qué era lo que se había callado? Elliot sabía que había algo más, aparte de su pésimo comportamiento. Nervioso, decidió ir a disculparse y pedirselo de nuevo, esta vez con más tacto.

Antes de que pudiese levantarse, su hermano entró por la puerta con una sonrisa alegre en el rostro, más alegre de lo habitual. Llevaba un sobre en la mano, que dejó sobre la mesa antes de sentarse frente a él, al otro lado del escritorio.

—Te veo contento. —Elliot esbozó una sonrisa burlona, y James sonrió.

—Lo estoy, hermanito —respondió con una pícaro sonrisa. Sin duda Alice y él habían pasado una muy buena noche. Se alegraba mucho de que ella hubiese cambiado de opinión—. Tú, sin embargo, tienes la misma cara de amargado de siempre.

Elliot frunció el ceño, y James rio con ganas.

—Le he pedido matrimonio a Cassandra —soltó Elliot a bocajarro, cortando de golpe la risa de su hermano.

—¿Qué?! —preguntó mirándolo como si le hubiese dicho que se iba a unir a la Compañía de las Indias Orientales. Leyó en su expresión la respuesta a la pregunta que tenía en la punta de la lengua—. Y te ha dicho que no.

El duque asintió sin decir nada. Tuvo ganas de golpearse la cabeza con la madera del escritorio.

—¿Qué demonios has hecho, Elliot? —preguntó James fulminándolo con la mirada.

—¿Por qué asumes que es culpa mía? —le respondió molesto.

James puso los ojos en blanco.

—Porque siempre es culpa tuya.

En lugar de responderle, como siempre hacía, Elliot suspiró resignado, asumiendo que su hermano tenía razón. Este, que pareció compadecerse de él, suavizó la mirada.

—¿Qué ha pasado?

Elliot contó todo lo que había pasado desde el baile, bajo la atenta mirada de James, que escuchaba cada vez más sorprendido. Cuando terminó su relato, Elliot se sentía todavía más miserable que antes. James lo observó en silencio unos segundos antes de romper a reír.

—Definitivamente, hermanito, eres un idiota —dijo acomodándose mejor en el sillón.

Elliot resopló.

—Gracias. Siempre deseo que me digas cosas tan bonitas —respondió sarcásticamente.

—Es que no te das cuenta de lo que tienes delante de las narices. —James parecía enfadado—. Ella te ama, igual que tú la amas a ella, y sigues tirando piedras a tu propio tejado.

Se hizo el silencio en el despacho, mientras Elliot asimilaba las palabras de James. El ruido de algo al romperse en algún lugar de la casa, lo sacó de su estupor.

—Ella... ¿me ama? —preguntó con voz estrangulada.

James parecía querer zarandearlo.

—Es evidente.

Elliot se sumió en sus pensamientos. Cassandra lo amaba. Un sentimiento cálido lo sacudió por entero, y tuvo que reprimir una sonrisa. Aquello explicaría por qué lo había rechazado, porque ella quería que le correspondiese. ¿Lo hacía? Pensó en ello, comparando lo que sintió una vez por Lillian con lo que sentía por la joven pelirroja. No, no era lo mismo. Estaba seguro.

Aunque él tampoco era el mismo.

Frustrado consigo mismo, Elliot se fijó en el sobre que había traído James

hacía un momento. Distráido, lo abrió sin mucho interés. Cuando leyó el contenido de la nota, se quedó de piedra. James, percibiendo su cambio de actitud, lo miró confuso.

—¿Qué pasa?

Sin decir nada, Elliot le pasó la nota y comenzó a pasearse de un lado a otro de la habitación, esta vez con mucha más ansiedad que antes. James, preocupado, leyó la nota en voz alta. El duque no lo necesitaba. Podía ver en su mente, grabada a fuego, aquella escueta frase.

“A las cuatro, cerca del puente del río Medway, a las afueras de Rochester. Ven solo o la encantadora pelirroja sufrirá las consecuencias”.

—¿Qué demonios...? —James se levantó como un resorte, arrugando la nota en su puño—. ¿Es el mismo tipo de hace un año? ¿El de aquella nota?

La mente de Elliot estaba bloqueada, incapaz de pensar nada más.

“... o sufrirá las consecuencias”.

Otra vez no. Otra vez no. Otra vez no.

¡OTRA VEZ NO!

La furia inundó todo su ser, mezclándose con el más puro miedo a perderla. No podía pasar de nuevo. Ahora que se había vuelto a enamorar, no podía ocurrir de nuevo. Se quedó paralizado.

La amaba.

James tenía razón, estaba enamorado de ella. Su hermosa Cassandra había conseguido entrar en su alma y quedarse allí de forma permanente. Había reconstruido sus pedazos de nuevo, consiguiendo que volviese a sentir. Que su marchito corazón volviese a latir con fuerza. Había sido ella, con su sonrisa y su asombrosa forma de ser. Con aquella enorme y trascendental revelación, por fin pudo dejar ir a Lillian, pudo liberar su recuerdo. Siempre sería parte de él, pero la recordaría con cariño, no con dolor.

Cerró los ojos un momento, antes de volver a abrirlos. Su mirada era férrea. Un sentimiento nuevo se unió al caos que ya era su interior: determinación.

Cassandra no podía morir. No pensaba permitirlo. La salvaría, aunque fuese lo último que hiciese en la vida.

Cogió lo que necesitaba y, sin apenas darse cuenta, estaba lanzándose a por su caballo, con James pisándole los talones. Se giró hacia él, mientras los mozos ensillaban a Darkness, que resoplaba como si percibiera la alteración de su dueño.

—Quédate aquí —le ordenó a James.

—¿Estás loco? —replicó él, alterado—. ¡Ese tipo es peligroso! ¡Voy contigo! Lo era. Aquel monstruo había matado a Lillian y casi había conseguido lo mismo con él. Nadie dio crédito a sus sospechas en aquella ocasión, pero él estaba seguro de que habían provocado el accidente. Ahora tenía pruebas de ello, y no permitiría que tuviese éxito de nuevo. Otra pérdida lo destruiría para siempre.

—La nota dice que vaya solo. No pienso ponerla más en peligro —le dijo, intentando que entrase en razón—. Ve y cuida de Alice.

Antes de que su hermano pudiese rebatirlo de nuevo, Elliot se subió a Darkness de un salto. Como siempre, el caballo respondió a todos sus movimientos con rapidez y pronto partieron al galope hacia el bosque, hacia el río.

Hacia Cassandra.



Poco a poco volvió en sí, demasiado aturdida para apercebirse de nada de lo que había a su alrededor. Gimiendo por un agudo dolor de cabeza, la muchacha intentó incorporarse con dificultad, hasta lograr sentarse en el frío suelo. Miró a su alrededor, cada vez más asustada. ¿Dónde estaba? Tenía la espalda apoyada en un enorme árbol, pero el entorno no le resultaba familiar. Tras unos segundos, escuchó el rumor del agua corriendo y consiguió ubicarse. Era un claro cercano al río Medway. Intentó recordar cómo había llegado allí, pero el fuerte dolor de cabeza le impedía pensar con claridad. Recordaba la discusión con Elliot, que se había marchado enfadada, y después... nada. La angustia la invadió.

Apoyándose en el árbol, tardó una eternidad en ponerse de pie, demasiado mareada para mantener el equilibrio. Echando de menos llevar pantalones, rasgó la tela del vestido en un mal movimiento, provocando un horrible crujido que resonó en el silencio del enorme bosque. ¿Alguien sabía que estaba allí? Si pudiese llegar a Rochester, podría pedir ayuda...

Sin embargo, antes de que pudiese ponerse en marcha, oyó a su espalda un ruido de pasos que se acercaban con lentitud.

—Yo que usted no me movería, señorita Price.



Lentamente, la muchacha se giró hacia la voz, asustada. Un hombre de unos cincuenta años la apuntaba con una pistola. Lo observó con detenimiento, segura de haberlo visto en algún sitio anteriormente. Pelo negro, que ya encanecía por las sienes. Mirada oscura. La compresión acudió a su mente a través del dolor de cabeza y abrió los ojos con asombro.

—¿Conde de Rutland?

El hombre le dirigió una mirada extraña, totalmente desquiciada. Cassie tragó saliva, procurando no mostrar el temor que sentía.

—El mismo, querida —respondió sin bajar el arma un ápice—. Espero que me perdone al secuestrarla de este modo. Era necesario.

Cassie no daba crédito a sus oídos. Jamás había hablado con ese hombre, solo lo había visto en algunos actos sociales, y de lejos. Siempre parecía amable y simpático con la gente. Pero en ese momento, parecía alguien completamente distinto. ¿Qué le había hecho para que la tratase así?

—¿Por qué? —se aventuró a preguntar.

—No es nada personal —dijo con naturalidad, como si no estuviese apuntándola con un arma—. Pero usted es muy importante para alguien a quien quiero ver muerto, así que era necesario traerla aquí.

—¿De quién habla? —preguntó cada vez más confundida.

Rutland sonrió, como si la respuesta fuese evidente.

—De Elliot, por supuesto —pronunció aquel nombre como si quisiese escupir sobre su tumba—. El nuevo y desgraciado duque de Weston.

La muchacha seguía sin entender nada. ¿Qué tenía que ver Elliot con aquel hombre? En ningún momento se había dado cuenta de que se conociesen. El duque jamás había hablado de él.

Debía conseguir que siguiese hablando, mientras buscaba una escapatoria.

—¿Por qué lo odia tanto?

—Bueno, querida, es natural que lo odie —respondió con una mueca de desprecio pintada en sus arrugadas facciones—. Él mató a mi hijo.

El silencio se instaló entre ellos, como una espesa niebla que se colaba por su garganta, ahogándola. Cassie negaba con la cabeza de forma involuntaria, incapaz de asimilar lo que aquel hombre estaba diciendo. ¿Elliot un asesino? Absurdo. Debía de estar más loco de lo que parecía.

—Eso no es posible —consiguió decir al final.

—Oh, es totalmente posible, señorita Price. —El hombre se acercó un par de pasos, y ella se alejó hasta que notó el tronco del árbol a su espalda, impidiéndole la huida—. Elliot le llenó la cabeza de tonterías, hasta que mi

Leo se suicidó. —Las facciones del conde se contrajeron por el dolor y la rabia.

Por primera vez, Rutland pareció perder el interés en Cassie, que trató de escapar lo más rápidamente posible. Pero antes de que pudiese moverse apenas unos pocos pasos, el conde ya tenía la mirada puesta en ella y el cañón de la pistola apuntaba directamente a su frente.

—Así que prometí que haría de su vida un infierno para después acabar con él, señorita Price. Llevo mucho tiempo esperando para esto —siguió diciendo con voz fría y calmada. Le puso los pelos de punta—. Cuando aparezca, todo acabará por fin —añadió quitándole el seguro al arma de forma elocuente.

Cassie entrecerró los ojos, aterrada. Pidió a los cielos que Elliot no acudiera, que no apareciera por allí nunca. Prefería morir a verlo muerto a manos de ese maníaco.

Pero los cielos no la escucharon.

—Rutland.

Aquella única palabra le provocó un escalofrío de miedo, resonando con fuerza en el silencioso bosque. La voz de Elliot sonaba fría, afilada como un cuchillo. Clamaba sangre. El conde y ella se giraron hacia el recién llegado, que tenía la mirada puesta en Rutland. Su expresión era de pura furia. Antes de que pudiese hacer o decir algo, el conde la cogió por el cuello, acercándola a él. No tuvo que mirar para saber que ahora la pistola apuntaba a su sien. Con terror, miró a Elliot, que se había puesto lívido y apretaba los puños, como si quisiese estamparlos en la cara de su secuestrador.

—Suéltala —ordenó con fría calma.

Rutland rio. Cassie sintió su aliento en la oreja y se estremeció de pies a cabeza. No recordaba haber estado tan asustada como en ese momento. Ni siquiera cuando su padrino murió, sintió aquel helador terror, que la inmovilizaba con sus frías manos. Trató de serenarse y no perder los estribos.

—Creo que no, Elliot —dijo estrechando el cerco de su brazo. Cassie comenzaba a ahogarse por la presión contra su garganta—. Es muy bonita, aunque no puedo evitar apreciar lo poco que se parece a la otra.

Ante la mención de Lillian, las aletas de la nariz de Elliot se dilataron. Cassie sintió su dolor y su furia, a pesar estar separados por un par de metros de distancia.

—Tú la mataste. —No era una pregunta, porque ya sabía la respuesta.

—En realidad, ella no debería haber estado allí —respondió el conde con frialdad, riendo entre dientes—. Pero aunque tú no moriste, pensé que todo

había salido mucho mejor de lo planeado. ¿Por qué no dejar que murieses en vida? Así sentirías lo que sentí yo.

Cassie no podía concebir tanta crueldad en una persona. ¿Cómo alguien era capaz de planear un asesinato a sangre fría? ¿Cómo relatarlo después con tanta displicencia, con tanta indiferencia?

—¡Ella no tenía la culpa de nada! —Elliot le gritó con furia, el sufrimiento impregnado en cada una de las sílabas.

—¡Leo, tampoco! —respondió el otro con idéntica rabia, apretando el cañón de la pistola contra la cabeza de Cassie, que cerró los ojos un segundo e intentó tragar saliva. Tenía un enorme nudo en la garganta. Cuando volvió a enfocar la vista, la expresión de Elliot era una mezcla de terror y confusión a partes iguales—. ¡Y tú lo mataste!

—¿Qué? —preguntó sin dar crédito a sus oídos. Cassie pudo ver sincero asombro en su cara—. ¡Leo se suicidó!

—¡Por tu culpa! —le gritó el conde. Elliot demudó ante la furia que se apreciaba en la voz de Rutland—. ¡Tú lo confundiste!

Cassie cada vez entendía menos y, por la expresión de Elliot, él tampoco comprendía la situación. El conde, leyendo sus pensamientos, decidió ilustrarles.

—Él decía que estaba enamorado de ti. —El desprecio era apreciable en cada una de sus palabras, como si no pudiese creer que estuviese diciendo aquello—. Estaba enfermo y no quería admitirlo. ¡Se lo dije cuando lo descubrí! ¡Pero todo lo que sabía hacer él era defenderte!

Cassie comprendió de repente la situación. Un hijo que no se sentía atraído por las mujeres, como dictaban los cánones. Un padre que no quería aceptarlo y prefería pensar que su hijo estaba enfermo a admitir cualquier otra cosa. Un amigo que, evidentemente, no sabía nada de aquello. Y que tampoco podía corresponderle.

La muchacha comprendió el dolor de Leo, el sentirse distinto y desesperado, incapaz de ser aceptado. Miró a Elliot, y se dio cuenta de que todas las piezas encajaban también en su cabeza. Una mueca de dolor se instaló en su rostro, sufrimiento y culpa por el amigo al que no pudo salvar.

Pero la culpa no era suya, era del hombre que la apuntaba con aquella pistola, que lo había empujado a quitarse la vida.

—Déjala, Rutland —decía Elliot en aquel momento. Su mirada era puro miedo. Por ella—. Me quieres a mí, ella no tiene nada que ver.

—¿Bromeas? —Río con crueldad—. Como he dicho antes, hay mejores

formas de matarte que clavarte una bala en la cabeza. Primero verás cómo muere, y acabarás suplicándome que haga lo mismo contigo.

Cassie miró a Elliot, que trataba de transmitirle algo con la mirada. La joven movió levemente la cabeza, diciéndole en silencio que había comprendido.

Tenía que zafarse.

Entonces, todo sucedió muy rápido. Elliot sacó una pistola de la parte trasera del pantalón y Rutland lo apuntó a su vez. Cassie se percató de que tenía una oportunidad única para salir de su agarre. En el momento en el que ella le daba un codazo en el pecho al hombre, apartándose de él con rapidez, dos disparos resonaron en la inmensidad del bosque.

## Capítulo 20

Cuando Elliot cayó al suelo, Cassie gritó con todas sus fuerzas. Apenas fue consciente de que el conde también había caído a su espalda. Corrió todo lo que pudo para alcanzarlo antes de que fuese demasiado tarde. Todo lo que su mente podía pensar era “No, No, NO”. Una y otra vez.

Al llegar a su lado, se arrodilló junto a él y, trastornada, comenzó a buscar entre sus ropas para localizar dónde estaba la herida. Si había mucha sangre. Por favor, que no hubiese mucha sangre. Elliot le cogió las manos para parar su frenética búsqueda.

—Estoy bien, Cassandra —le dijo. Sonrió para dar énfasis a sus palabras—. La bala no me ha dado. Tú desviaste la trayectoria y me has salvado.

Le demostró que estaba totalmente ileso y el alivio la inundó como una oleada. Por alguna razón, comenzó a llorar incontrolablemente, entre hipidos. Elliot la estrechó contra él, y Cassie enterró la cara en su pecho, redoblando la fuerza de su llanto. No podía parar, aunque lo intentase. Había tenido tanto miedo por él...

—Ya está, mi pequeña guerrera —dijo él, calmándola con voz suave. Le pasaba la mano por el pelo, acariciándolo con suavidad—. Está muerto, no volverá a hacerte daño.

Cassie lo miró con desconcierto y se giró levemente hacia el conde, que yacía en el suelo, sin moverse. La bala le había dado en el pecho, justo en el corazón. Cerró los ojos para no verlo más, quería desterrar aquella cruenta imagen de su mente. De súbito, volvió girarse y comenzó a pegarle puñetazos en el pecho a un desconcertado Elliot, que trataba de sujetarla sin éxito.

—¿Crees que estaba preocupada por mí? —le espetó mientras seguía golpeándole sin tregua—. ¡No vuelvas a asustarme así, Elliot! ¡Nunca! —Sollozó de nuevo, incapaz de calmarse—. Creía... Creía...

Elliot le tocó la mejilla con suavidad. Su contacto hizo que dejase de golpearlo y lo mirara con fijeza. Sus ojos brillaban como nunca los había visto. La visión la dejó sin aliento.

—Lo siento —se disculpó, acariciando su mejilla con suavidad—. Pero yo también he vivido aterrado desde que supe que te habían secuestrado.

Le dio un vuelco el corazón al escuchar sus palabras. Sin darse cuenta, le cogió la otra mano y se la apretó. Elliot desvió un momento la vista hacia sus

manos entrelazadas antes de mirarla a los ojos de nuevo. Respiró hondo, como si se preparase para hacer algo muy difícil.

—Cassandra —comenzó con voz insegura—. Desde hace un año he estado muerto en vida, vacío por dentro. —La muchacha cerró los ojos al percibir el dolor en sus palabras. Sin embargo, también había algo más, algo que no supo identificar—. Pero entonces llegaste tú, cayendo desde aquel árbol. Llegaste cuando todo parecía perdido, cuando ya no era capaz de creer en mí mismo. —Se incorporó y le cogió la cara con ambas manos. Cassie era incapaz de moverse—. Apareciste como un huracán, sin pedir permiso y arrasándolo todo a tu paso. Sin importarte el caos que era mi interior. Estabas dispuesta a caer conmigo, a que te arrastrara...

Hizo una pausa, ordenando sus pensamientos. Las lágrimas volvían a caer por las mejillas de Cassie, y él se las secó despacio con los pulgares.

—Había olvidado muchas cosas, y viniste para hacerme entender que desistir no era una opción. Llegaste para quedarte y enseñarme que los corazones, aunque rotos, siguen latiendo.

Elliot la miraba con los ojos rebosantes de sinceridad, y Cassie no era capaz de apartar la vista. Quería quedarse allí, observándolo, por el resto de su vida.

—Te quiero —dijo finalmente.

En ese momento, todo pareció encajar en su lugar. Esas dos palabras provocaron que los sentimientos de Cassie explotaran como un torrente de agua que se libera de una presa. Lo acercó a él para besarlo y transmitirle que ella sentía lo mismo. Que lo amaba con toda su alma. Él pareció entenderlo y le devolvió el beso. Fue el mejor beso que habían compartido hasta ahora. Sincero, puro, sin ninguna barrera que se interpusiera entre ellos.

Los obstáculos habían desaparecido, estaban totalmente destruidos, hechos ruinas. Y Cassie se aseguraría de que no volvieran a construirse jamás.



Alice suspiró, tras cerrar la puerta de la habitación de Cassie. Le había resultado algo difícil quedarse dormida, tras todas las emociones pasadas, y ella no había querido dejarla hasta que cayese rendida. Las últimas horas habían sido las peores de su vida, cuando James le contó lo que había pasado

y a dónde había ido Elliot. Había suplicado por ir a buscarlos, pero James le dijo que tenían que tener fe en su hermano, que él la salvaría.

Tenía razón.

La institutriz pudo apreciar el cambio que se había producido en ellos cuando volvieron a Weston Manor, cogidos de la mano. La mirada de Elliot brillaba como nunca antes. Alice supo en ese momento que el duque por fin había comprendido lo que sentía por su niña.

Y se alegraba mucho por ellos.

—Gracias al cielo, que todo ha salido bien.

Aquella voz a su espalda la hizo sonreír. Se giró hacia James y las mejillas de Alice se encendieron al recordar la noche anterior. La joven siempre había pensado que jamás encontraría alguien que despertara su corazón como lo hacía su marido, que nadie se fijaría en una institutriz viuda como ella. Pero aquel hombre cariñoso y pasional lo había conseguido.

—Al final traer a tus padres no ayudó tanto como lo de hoy —dijo cogiéndole la mano, que él se llevó a los labios.

—Claro, debería habérsenos ocurrido —respondió en broma—. Un secuestrador loco era el plan perfecto. ¡Qué tontos hemos sido!

Alice rio, aunque apenada por aquel hombre que había estado tan equivocado. Si alguien mató a su hijo, fue él mismo. Elliot y el duque de Lennox ya se habían ocupado del cuerpo, para su alivio y el de todos. La pesadilla había acabado.

—Todo ha acabado bien, que es lo importante.

James se acercó a ella, cogiendo su rostro con las manos. La besó con suavidad, y Alice sintió la calidez inundando todo su cuerpo, de la cabeza los pies.

—Quiero que vengas conmigo a Londres —soltó él de repente.

La joven abrió los ojos por la sorpresa.

—¿Yo?

—Claro que tú, tontita —respondió él con una sonrisa irresistible—. Tengo que volver a la capital y quiero que vengas conmigo.

Alice pudo percibir el anhelo en su voz. No pudo evitar devolverle la sonrisa. Claro que lo acompañaría a Londres, ya no quería separarse de él. Echaría de menos a Cassie, pero ella estaba ahora en buenas manos.

James le había demostrado que se podía volver a empezar y quería darse la oportunidad de hacerlo.

—Me encantaría —respondió arqueando una ceja—. ¿Y qué dirás cuando te

pregunten sobre tu nada ventajosa relación conmigo?

Lo dijo con ironía, pero no pudo evitar esperar la respuesta con ansia. Él sacudió la cabeza, riendo entre dientes.

—Mi Alice. Seré duque, nada puede darme más ventaja —Se encogió de hombros despreocupadamente y se acercó a ella para acariciarle suavemente la mejilla. Sus ojos eran cálidos—. De cualquier forma, seguiría eligiéndote a ti de entre todos los matrimonios ventajosos que pudieran ofrecerme. Nadie puede compararse contigo.

Alice sintió que la felicidad la embargaba, instalándose en su corazón. No iba a dejarla marchar nunca.

—Iré contigo a Londres.

El grito de júbilo de James se oyó por toda la casa, acompañado por las carcajadas de ella.



# Epílogo

## Un mes después

Cassie miraba por la ventana de su habitación en Weston Manor, mientras Julia y Alice le arreglaban la parte de atrás del vestido, extendiendo la cola y el velo a su alrededor. Todavía no se había mirado en el espejo desde que comenzaron a vestirla y peinarla, un par de horas atrás. A pesar de la fatigosa mañana, no podía dejar de sonreír.

Cómo no hacerlo, si era totalmente feliz.

—¡Listo! —exclamó con alegría Alice, enderezándose—. ¡Vas a ser la novia más bella de todo el condado!

La joven se giró hacia aquellas dos mujeres maravillosas, que la habían ayudado desde el primer momento a planear aquella boda con tan poca antelación. Desde que Elliot le pidió por segunda vez matrimonio, esa vez de forma adecuada, y ella aceptó, el duque había declarado que no iba a dejar pasar más de un mes para verla convertida en la duquesa de Weston. Así que Julia y Alice habían estado muy atareadas ayudándola a planearlo todo. Elliot había conseguido la licencia especial en un abrir y cerrar de ojos y, sin apenas darse cuenta, el día había llegado.

—Mi hijo va a tener que sentarse cuando te vea —intervino Julia en ese momento con una pícaro sonrisa, y las tres mujeres rieron con complicidad.

Se miró al espejo, sorprendida por lo que veía. Llevaba un vestido sencillo, con pocos adornos, pero elegante. La modista había comprendido a la perfección lo que ella quería, y se lo había hecho con mucha rapidez. Se fijó en sus mejillas, sonrosadas, y en sus ojos, más brillantes y abiertos de lo normal a causa de los nervios. Porque estaba realmente alterada.

No veía el momento de dirigirse al jardín de la propiedad, donde Elliot la esperaba para casarse. Cassie estaba entusiasmada por casarse allí, en el hogar de su segundo padre. La ceremonia sería muy íntima, los dos habían estado de acuerdo en eso. Acudirían, por supuesto, los Lennox y Alice, que estaba segura pronto sería la esposa de James. La echaría muchísimo de menos cuando se marchase a Londres, pero se alegraba de corazón por su felicidad. Habían prometido visitarse muy a menudo.

Hope y todos los niños del orfanato también estarían allí. Cassie sabía que no podía casarse sin ellos a su lado, porque eran su segunda familia. Había oído

que los niños estaban muy entusiasmados, sobre todo la pequeña Mary, que decía todo el tiempo que ella había tenido razón desde el principio. ¡Estaban prometidos!

Sabía que la boda del cotizado duque de Weston con la escandalosa hija de unos comerciantes había suscitado muchas murmuraciones entre la nobleza inglesa, pero a Cassie no le importó ni un ápice. Por una vez, hablaban de ella por algo que la hacía muy feliz, y eso la ayudaba a ignorar las habladurías. Era todo un escándalo, pero acabarían por aceptarlo, aunque fuese a regañadientes.

Aunque sabía de buena tinta que se había producido más de un desmayo entre las madres aristócratas, que habían visto desaparecer la esperanza de ver a sus hijas convertidas en la nueva duquesa.

Sonriendo, se dirigió a la salida de la casa ayudada por Julia y Alice, que procuraban que el vestido se moviese lo menos posible. Ella no entendía tanta diligencia, solo quería salir y ver a Elliot.

En la puerta le esperaba el duque de Lennox, que se había ofrecido para acompañarla al altar. El hombre la miraba con orgullo, muy feliz de que su hijo se hubiese repuesto por fin de su tristeza. Al día siguiente del secuestro, Brandon la había cogido en un aparte para darle las gracias por ayudar a Elliot. Ella no creía que tuviese tanto mérito. Al fin y al cabo, uno no puede superar sus demonios si no tiene la voluntad de hacerlo. Elliot había tardado, pero lo había conseguido.

Llegaron a la improvisada capilla que se había construido al aire libre, en el cenador. Sonrió a todos los presentes, que la miraban radiantes, antes de fijarse en su futuro esposo. Elliot, que bromeaba con James, se volvió hacia ella y, al posar la mirada en Cassie, esbozó una enorme sonrisa que provocó que el corazón de la muchacha aleteara con alegría.

Cuando estuvo a su lado, ambos se miraron a los ojos, y Cassie supo que por fin había encontrado su lugar, aquel que había buscado toda su vida. Él era su verdadero hogar.

—Llegaste —le dijo observándola con sus increíbles ojos.

Cassie sonrió, asintiendo levemente.

—Para quedarme.

**FIN**

# Agradecimientos

No sabéis la alegría que siento al poder escribir estas líneas y debo dar las gracias a las personas que me han ayudado a recorrer el camino que fue la historia de Elliot y Cassie.

A mis padres, por todo. Gracias por apoyarme y, mamá, gracias por leer el principio de esta historia para darme tu opinión a pesar de que nunca te ha gustado quedarte a medias con un libro. A mi hermana, por todo lo que haces por mí y lo mucho que me animas para seguir escribiendo. Por traer a Sofía a mi vida.

A Desi. Gracias por entusiasmartelo con la historia de Cassie desde el minuto uno, pidiéndome siempre más. Tu apoyo fue indispensable para que terminase esta historia. Gracias por todo Lourdes, Elena, Miriam, Dani... Gracias por apoyarme en todo momento y alegraros tanto por mí. Gracias a todos por recordarme siempre que los locos son las mejores personas que hay. Por entender mis momentos de ensimismamiento cuando me venía la inspiración en medio de clase. Sois los mejores.

A Lena. Gracias por creer en mí y recordarme cuando lo necesito por qué escribir es tan bonito, por qué no hay que rendirse nunca. Gracias por tus consejos y por demostrarme que la distancia nunca debe ser un impedimento para la amistad.

El mundo literario ha traído a mi vida a personas maravillosas que están repartidas por todo el país. Meri, Lara, Caitt, Lore, Fati, Celia, Noa... Muchísimas gracias por todo. A la mafia blogger, por apoyarme siempre tanto y creer en mí con los ojos cerrados. Ro, Sargow, Teresa, Sheila, Belén, Ana, Alex, Tessa, Tere... Sois la caña.

Gracias a todo el equipo de Romantic Ediciones por confiar en mí y en la historia de Cassie. Por tratarme tan bien y ayudarme a cumplir este sueño. Sois maravillosas.

Y, por supuesto, a ti que estás leyendo esto. Muchísimas gracias por darle una oportunidad a esta historia. Ahora es tuya también. Nos vemos pronto.

## Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)